

ANT-XIV-1385/4

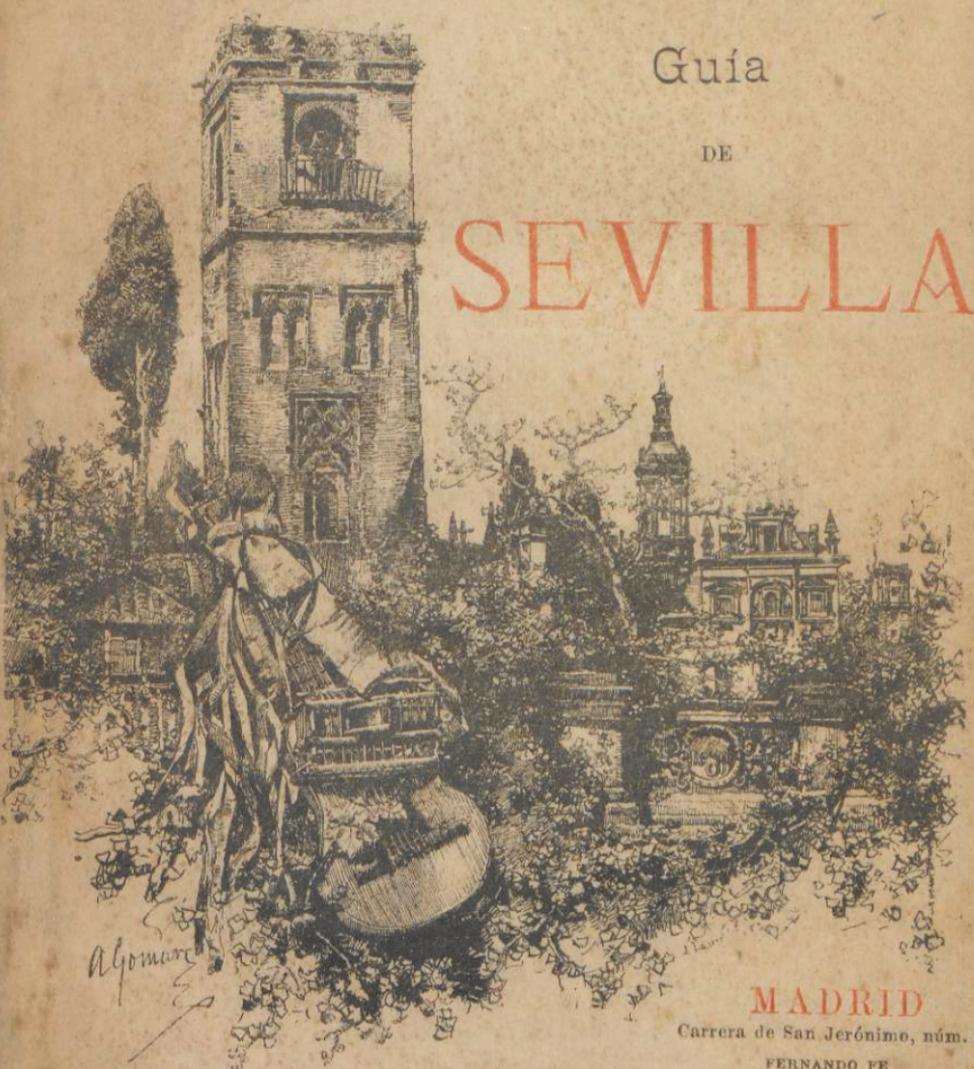
Bocetos de Semana Santa

Y

Guía

DE

SEVILLA



MADRID

Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

FERNANDO FE

SEVILLA

LIBRERÍA DE HIJOS DE FE

Sierpes, 100.



10000

BOCETOS DE SEMANA SANTA
Y
GUÍA DE SEVILLA

18 cm

R-91548



SATURNINO CALVO, ASISTENTE

BOCETOS
DE
SEMANA SANTA
Y
GUÍA DE SEVILLA



MADRID
FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

SEVILLA
HIJOS DE FÉ
CALLE DE LAS SIERPES, 100

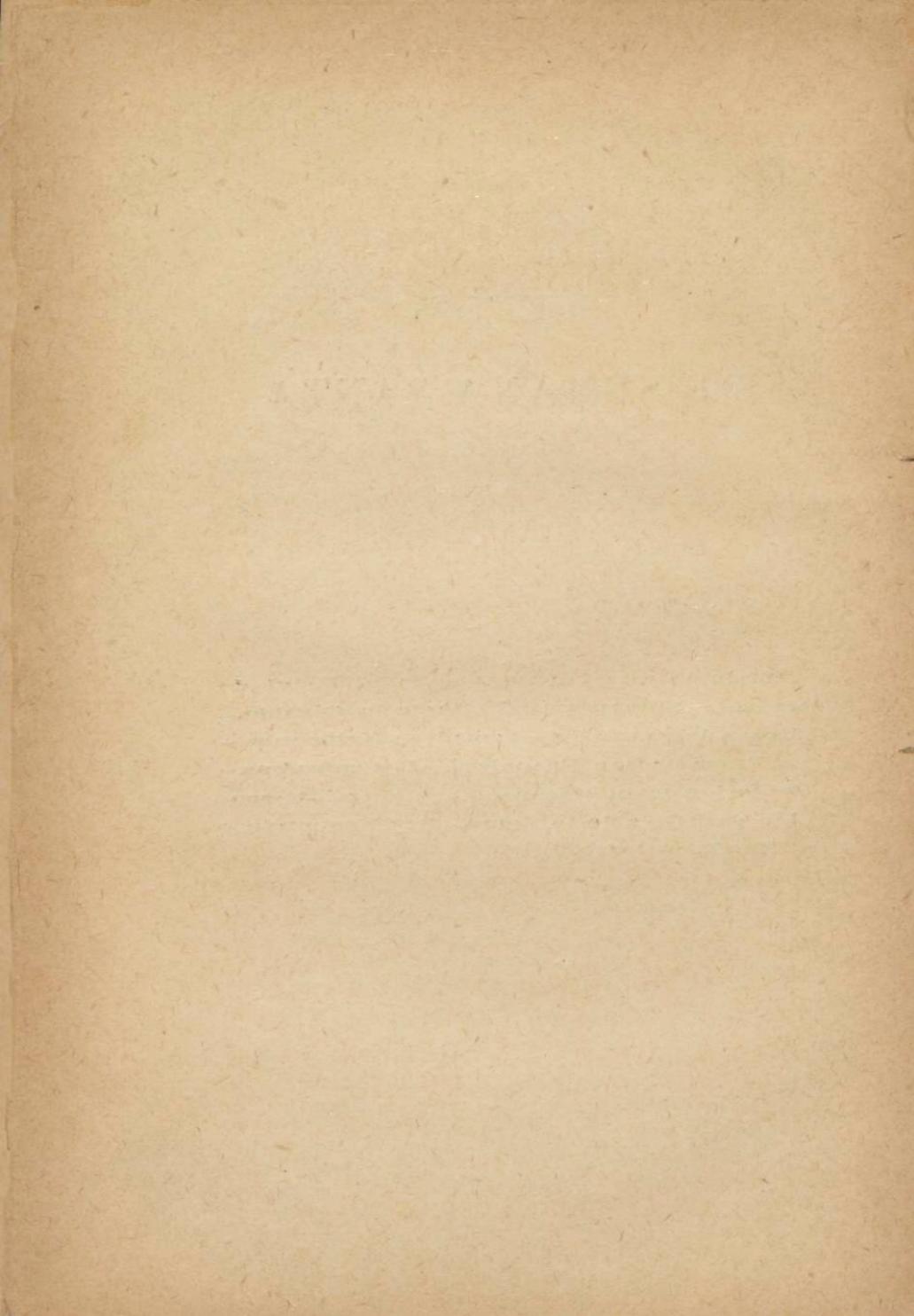
MDCCCLXXXVIII

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

BOCETOS
DE SEMANA SANTA



Desde la estación de Atocha al Hotel de Madrid.—¡Viva Sevilla!—Desde la Giralda.—Visitas de Sagrarios.—Armados y Nazarenos.—La Plaza de San Francisco.—Las cofradías.—Procesión de la Macarena.—¡Aleluya!—Ejecución de bailes de la tierra.—San Fernando y el Rey Don Pedro.





BOCETOS DE SEMANA SANTA

DESDE LA ESTACIÓN DE ATOCHA AL HOTEL DE MADRID

I

aso por alto la salida de Madrid en el expreso de Andalucía, los lunes, miércoles y viernes, y los preliminares de un viaje que cual todos empieza sin incidentes dignos de mencionarse; porque la aglomeración de viajeros, las idas y venidas precipitadas, las carretillas de equipajes que, atropellando á todo el mundo, ruedan veloces sobre el asfalto; este bulto que se perdió, aquel otro que no se pudo facturar; el coche-salón rodeado de personas y personajes de cariz político que despiden al prohombre del partido; un viajero que compra apresurado una resma de periódicos, de los cuales no hace luego uso alguno visible; otro

que disputa con un empleado de la compañía, y, en fin, mil rasgos fisonómicos de andén que son comunes á todas las estaciones de ferrocarriles.

Ya el tren en marcha, se despliegan las servilletas, bájanse de las redes las panzudas cestas de blancas mimbres, y se da comienzo á una de esas comidas hechas en el vagón, cuya mención siquiera, quizá se tache de trivial, pero la cual constituye un recuerdo, tanto más grato si va acompañado del de amigos queridos y de proyectos halagüenos que nos hacen sonreír. ¡Cómo no tener siempre presente la succulenta paella que humea gracias á los cuidados de amigo previsor, y regada con frecuentes tragos de excelente Borgoña; los platos delicados que acusan la mano maestra de ilustre jefe de cocina; los sabrosísimos guisotes tan del gusto de paladares españoles; el helado champagne, los postres; y cada uno de los contingentes presentados por los comensales, que son acogidos por todos con exclamaciones de ¡riquísimo!, ¡superior!, ¡succulento!, prorrumpiendo en alborotadas risas, lanzando gritos y haciendo toda clase de deliciosas locuras que, desgraciadamente, surgen tan sólo en momentos de expansión y de alegría!

Después de gustar el oloroso caracolillo y

aspirando un fresco y bien torcido veguero de Henry Clay, salen los viajeros al balconcillo del coche á contemplar las asperezas de Sierra Morena por entre las cuales el casi rápido expreso va á cruzar en breve.

Á favor de la luna se distingue la carretera que va serpenteando por lo alto de la sierra y sube haciendo graciosas curvas para salvar la divisoria, mientras que el ferrocarril sobre puentes atrevidos y otras cien obras de la bien trazada línea, atraviesa Despeñaperros por el fondo de la cuenca. Los abruptos contrafuertes iluminados por el astro de la noche, proyectan gigantescas sombras, las cuales se extienden por la montaña, y llegan hasta el fondo de los barrancos formando fantásticas y recortadas siluetas.

Aún duermen los viajeros cuando el tren llega al Empalme: ¡Ahí está Sevilla! Á este grito todos apresuran sus *toilettes*, para poder disfrutar del espectáculo que ofrece la ciudad de San Fernando.

II

El Hotel de Madrid durante las fiestas de la ciudad ofrece al observador contrastes variados y tipos curiosísimos. Cuesta un triunfo

ocupar una habitación, por modesta que sea; para sentarse en las mesas del restaurant, se necesitan altas y poderosas influencias. Aun cuando la amabilidad no es la virtud más saliente de los domésticos y dependientes de esta casa, en cambio los precios son fabulosos. Prescindiendo de un eterno *arroz al hotel Madrid*, y de otros fermentidos guisotes de abrumador repertorio, la comida no es de las peores que se sirven en Sevilla. Apesar de todo, aquí acuden celebridades europeas de todas castas y especies, sin renunciar por supuesto al legítimo derecho del pataleo.

Un *botones*, digno descendiente de aquellos inmortales Rinconete y Cortadillo, cruza por entre los macetones del patio, para cumplimentar presuroso algún encargo del personaje, que olfatea ha de darle buena propina, ó entra por una puerta para salir por otra, con gesto picaresco porque ha eludido el mandato del viajero ó visitante, que antójasele de poco *jugo*, con su rara perspicacia de *granuja*.

Sobre una mesa colocada en un ángulo del patio, se leen los nombres y el número del cuarto de trashumantes viajeros que han recorrido medio mundo. En ella extiende facturas y otros documentos de la contabilidad culinaria, un melencólico doméstico con aspecto

de bajo de ópera—muy bajo y muy malo por supuesto;—y, allí también, responde á las preguntas de los huéspedes, ó despacha sellos de correo á una inglesita de rostro aniñado, ojos redondos, inmóviles y azulados. Esta hija de la niebla, que ha estado fumando *cigarette* tras *cigarette*, ni más ni menos que pudiera hacerlo el más empedernido carabinero del reino, acaba de despachar su numerosa correspondencia y de ordenar notas y apuntes de viaje en un velador próximo á los corredores, cargado de periódicos, guías desencuadradas y un *Indicador de los ferrocarriles*, muy manoseado por cierto.

El Hotel es un punto constante de reunión, donde se encuentra á los amigos de Madrid: la dama de célebre hermosura que nos fué presentada en *Petesburgo* ó *Saratoga*, suele hallarse en el patio de la fonda rodeada de concurso cosmopolita de adoradores: allí saludamos multitud de caras que ya hemos borrado de nuestra memoria, convencidos de que no volveríamos á cruzarnos con ellas en nuestro camino. Las murmuraciones y los comentarios sobre el nuevo acompañante de las *yankes*, alterna con la noticia que se da de tal ó cuál cofradía: ¡que llegó un matrimonio americano! ¡que ella es una mujer de primera!

¡que habitan en aposentos muy separados! ¡y que...!! (aquí el que lleva la palabra baja la voz, y todos sonríen maliciosamente). ¡Que los príncipes rusos que causaron tanta sensación por su tren y ostentosos despilfarros, han desaparecido de la noche á la mañana, dejando á buena cuenta un numeroso surtido de maletas y cajas...vacías, por supuesto! ¡Que el *Pecoso* y la *Serneta*—dos jitanos de Triana—cantarán el domingo en casa del rector de la Universidad; y que el lunes se *dará la velada literaria* en la Capitanía General!; en fin, ¡Dios sabe cuántos y variados coloquios se cruzan en tres ó cuatro idiomas entre los viajeros del afortunado y flamante hotel!

El lóbrego vestíbulo que precede á los comedores, se halla envuelto siempre por pesados vapores de cocina que se pegan al zócalo de adulterados azulejos mahometanos, y á los lienzos de asuntos religiosos que penden de las paredes, esperando la buena voluntad y las mejores *libras* de algún inglés, de candidez notoria, para que los lleve á formar parte de su colección de pinturas, con la primera firma de ilustre pintor de la escuela sevillana que le antoje decir al marchante que se los venda. Por aquel vestíbulo espeso y mal oliente, desfilan damas de verdad; otras que lo parecen, y

algunas que ni lo son ni lo aparentan siquiera; *ladies* dignísimas, *misses* escurridas que parecen la quinta esencia del espiritualismo, pero que acaban de engullir un cuarto de vaca ensangrentada con la ayuda de un par de botellas capaces de dar al traste con el más fuerte gastador de la *cofradía de los armados*. Pasan figuras y figurones de todas las sociedades de Europa; allí se ven las últimas extravagancias de la moda; al lado de *toilettes* de verdadera distinción y riqueza, ridículos tocados; junto al sombrero de copa del señor sevillano, el *helmet* del inglés y el *fez* del turco; y á la vera de la muchacha de la tierra, que luce con donaire sin igual alta peina de concha y antigua mantilla de casco, el impropio prendido de alguna francesa que quiere imitarla, y que consigue tan sólo al salir á la calle que le digan los mancebos de la frontera barbería: ¡Eh!... *Madama, por la virgen de la Esperanza, que te quites esa cachucha, que si no, te van á prender como prendieron á Cristo!*





¡VIVA SEVILLA!

I

ALIMOS de Madrid con una temperatura bajo cero, y despertábamos en el más espléndido y plácido jardín de la andaluza tierra. Es tan rápido el viaje y la transición tan brusca, que el viajero apenas se da cuenta de si está despierto, ó si de aquello que ve es un país encantado que forjó en las quimeras de un sueño.

El ambiente que aspira, cargado de emanaciones de azahar, le trastorna; los gritos de los caleseros y de los vendedores que pregonan su mercancía con pronunciación dulce y graciosa, le marean; halagan su vista flores de variados matices, cuyo perfume embriagador, al fundirse con otros olores que salen de la ciudad forma un conjunto especial, y del cual debería

decirse, si permitido fuera, que huele á Sevilla; las casas de deslumbradora blancura, le sorprenden; y los patios de morisco azulejo, esmaltados de vistosas macetas y cerrados por cancelas de caprichoso y gentil dibujo, le encantan; pero cuando se llega al colmo del entusiasmo es cuando aparece la reina de aquella suntuosa decoración, la mujer.

Vivan las sevillanas,
viva Sevilla,

como dice la copla; ¡sí! viva la sevillana, y no se crea que yo pretenda sostener que su hermosura supera á la de otras mujeres de distintos países; no, en Sevilla como en todas partes se ven caras bonitas y caras feas; pero en el rostro de las sevillanas se observa tan graciosa movilidad y tal conjunto de mohines y de movimientos picarescos, que resultan encantadoras. Además, su donaire al andar, el grajeo y oportunidad de sus dichos y de sus réplicas, constituye un conjunto tal, que no puede menos de deleitar al hombre más frío de carácter y menos entusiasta por las mujeres de la tierra. Ahí va la más modesta obrera de la Cartuja ó de la Fábrica de tabacos hecha una reina, con un vestido de indiana que vale dos pesetas, el moño bajo, tres flores casi en la nuca colocadas de tal manera que hay que ver-

las. Un poco de almidón nunca le ha de faltar para dar mayor rumbo á su persona, y flores... en Sevilla, siempre las hay.

Las condiciones generales de carácter de la andaluza, son bien conocidas; por eso sólo indicaremos los rasgos típicos que acentúan su modo de ser; haremos notar su religiosidad, sus extrañas devociones, sus cultos apasionados y sentidos, como las mujeres saben sentirlos; sobre todo sus supersticiones. Es graciosísimo oír las confidencias, lo mismo de humilde cortijera que de la señorita de pueblo. ¡Que la va á tocar la lotería porque soñó que la cogía un toro negro!—tiene que ser negro precisamente:—soñar con gatos significa traición segura; con agua, lágrimas; con ropa blanca, que indudablemente recibe carta al día siguiente; y una sortija es la mayor garantía de próximo casamiento. Si le pica la nariz, riña; si siente ruido en los oídos, que se ocupan de ella; si llega á romperse el espejo, ¡María Santísima, la que se prepara!; y si sobre tal calamidad se vierte la tinta, entonces, ruinas, calamidades, y hasta la muerte es poco, comparado con lo que va á suceder. No quiere decir esto que las mujeres de otros países no tengan también supersticiones, no, es que la mujer andaluza se acerca más al prototipo ad-

mirable del sexo con todos sus deliciosos defectos, con sus encantadoras debilidades y con sus muchas virtudes y excelentes condiciones; que es más humana; en fin, que es más mujer.

Para el extranjero, y en general para todo el que viaja mirando, pero sin ver, quizá no exista diferencia alguna entre las mujeres del pueblo que ha visto en las poblaciones de Italia, por ejemplo, y con las que se codea en Sevilla. Nosotros creemos, sin embargo, que esta diferencia existe, no sólo entre las hijas de los barrios de Madrid y entre las de Sevilla, si que también en las diferentes regiones de la tierra andaluza; diferencias, por supuesto, en sus manifestaciones exteriores, pues en el fondo, poco más ó menos, todas se asemejan bastante. Hasta en el traje se notan. Lo de menos es que se vista lo mismo que la obrera parisién; lo característico no es el traje, sino el modo de llevarle, el garbo, las actitudes y el donaire. Mé aseguraba un distinguido orientalista, y querido amigo mío, recorriendo las calles de Córdoba, que la mujer andaluza conserva mil detalles, vestigios y reminiscencias de sus abuelas las moras. Si esto es cierto, no deja de ser curioso que se perpetúen las condiciones de raza después de los siglos transcurridos.

II

Nada hay que dé tan cabal idea del carácter de un pueblo, como sus calles. Recorriendo las de Sevilla, aunque sea á horas desusadas, puede el viajero observador formar juicio de sus habitantes. Tras las cancelas no se ven mujeres, pero se adivinan, ó mejor, se sienten. Un grito que no se sabe de donde sale; la cola de una bata, que produce ese ruido peculiar del percal almidonado; una manita pequeña que corre el visillo, y unos piecitos que se distinguen entre dos macetas de claveles, nos hacen presentir una buena moza, oculta por la rayada cortina del balcón próximo. Un murmullo perpetuo de conversaciones, de carcajadas, de cantos y de charlas y diálogos, pone al paseante en contacto con gentes que no ve, que no sabe donde están siquiera, pero que siente á derecha é izquierda, encima de su cabeza, en todo cuanto le rodea, y que le van acompañando por las tortuosas y solitarias callejas que recorre.

Si pide las señas de una iglesia, ó de algún monumento que desea visitar, le dicen que siga la *callecilla* de la derecha, luego que *tire* á la izquierda, después que atraviese una pla-

ceta, y que á la *vera* de la iglesia de *tal*, *all* es. Con efecto, cumple al pie de la letra las indicaciones, tuerce á la derecha, *tira* á la izquierda, cruza, no una placeta, sino muchas, recorre calles que todas le parecen iguales, ve los mismos balcones, con idénticas macetas de geranios y francesillas, y con las mismas palmas, coquetonamente sujetas por lazos de colores. Anda largo trecho sin encontrar alma viviente á quien dirigirse; y al volver una esquina empieza á sospechar que no ha salido de dos ó tres calles, por las risas burlonas lanzadas desde no sabe dónde, por unas muchachas, que hace media hora están viendo entrar por una calle y salir por otra, muy formal, al extraviado forastero. Sus presentimientos no le engañaban; después de andar un kilómetro dando picadero alrededor de media docena de manzanas, vuelve más corrido que una mona, al punto de partida.

*
* * *

¡Qué de sorpresas para el artista, para el poeta y para el soñador que se complace en reconstituir el pasado! En otras poblaciones tiene la fantasía que levantar edificios, sólo por vestigios, por indicios no más. En Sevilla, por

el contrario, el edificio está ante la vista; sólo falta que se alce el portón para ver salir el *veinticuatro* del cabildo, y el familiar del Santo Oficio, ó que aparezca bajo el arco tumido y adornado de alizares el noble almohade ó el feroz almoravide.

Allí nada distrae estas mudas contemplaciones, ni el rumor de los coches, ni los ruidos que se oyen en las ciudades populosas; sólo percibe el murmullo de las fuentes que hay en los patios, y las huecas pisadas de raro transeunte. Aquí una casa de pobre aspecto ostenta en modesta lápida el nombre del pintor, del poeta, del ilustre hijo de Sevilla que la fama dió á conocer al mundo entero; allá, vemos, sosteniendo el ángulo de vetusto casucho, una columna romana, que por su belleza, y como documento epigráfico sería preciada joya en un museo: doblamos la esquina de lóbrego pasadizo, y cual mágica decoración surge ante nuestra vista un sombrío patio, mejor que plaza, con naranjos y desiguales cipreses, entre los cuales se levanta erguida y majestuosa, mauritana torre con ajimeces del más puro estilo, *axaracas* y otros auténticos primores ornamentales que trabajaron hace ocho siglos ilustres *alharifes*, y que hoy se admiran con verdadero y legítimo asombro. Panzudas rejas, rematadas por

una cruz ó por heráldicos cuarteles, nos hacen anhelar una de esas noches cargadas de aromas que la brisa trae de las riberas, y de voluptuosidades que pasan por los trenzados hierros. La anhelamos, sí, envidiando al feliz amante que entre los forjados lazos, encuentra otros que le sujetan trémulos y amorosos, enloqueciendo sus sentidos, ya perturbados por las fuertes emanaciones de la amarilla flor de la trepadora que escala la confidente reja, y cae luego como guirnalda nupcial sobre la frente de su amada.

¿Y esas elegantes portadas del Renacimiento, de airoso arco, á los cuales parecen asomarse labradas cabezas, dignas de Berruguete? Es lo único que resta de algunos que fueron palacios de magnates del gran Emperador. Otros más afortunados aún, pertenecen á los herederos de aquellos legendarios paladines que ayudaron en su empresa á San Fernando. Si entramos en ellos, por doquier vemos vestigios de pasadas grandezas; ya es una anchurosa cámara que conserva labrados techumbre y arrocabes, tapices de Flandes y guadamaciles de Córdoba; ya son riquezas ornamentales exparcidas por galerías, balaustres y escaleras, ya es un pozo de brocal tallado y artística armadura, prodigiosa obra de ferretería del

siglo XV; ¿y qué diremos de los jardines de estos vetustos caserones? Jardines son estos, que afortunadamente apenas han sufrido innovación alguna desde el tiempo en que los plantaron, ó quizá encontraron ya plantados, al recibir el repartimiento del Santo Rey los Téllez, Laras ó Mendozas. Jardines, que vienen cultivándolos de padres á hijos, eternas generaciones de servidores; jardines que habrán sido testigos ¡de Dios sabe qué deslices de las Violantes, Elviras, Aldonzas y Guiomares que los poseyeron! En ellos, más que en parte alguna, parece surgir procesión de engañadas doncellas, damas que engañarse dejaron, donceles atrevidos, dueñas terceras, escuderos arcaduces y maridos agraviados. Cada enmarañado bosquecillo, evoca entrevistas de esclavas favoritas de voluptuosos musulmanes, con caballeros cristianos; cada espesura, una venganza, una noche de desposados, ó un adulterio; cada fuente, el baño de apasionada mora, la cual trata en vano de mitigar el fuego que arde en su alma, sumergiendo las macizas redondeces de su divino cuerpo en las cristalinas aguas. Una pared, blanca cuando la encalaron, pero que hoy amarillea, sirve de fondo á un añoso ciprés, que quita la vista á la solana de las vecinas monjas. Esta pared fron-

tera es del contiguo convento de Bernardas, patronato y panteón de los señores de este jardín. Allí tienen grabadas laudes; allí están amontonados sus huesos en confuso hacinaamiento; allí se reproducen en mármoles las figuras de caballeros y damas que en el jardín evocamos; allí están bajo losas sepulcrales; y allí, en cartelas de labrada piedra, aparecen escritos con caracteres monacales, gloriosos hechos de guerreros, fidelidad de esposas, y virtud inmaculada de doncellas. ¡Si el ciprés frontero hablara! ¿en qué quedarían, valor, fidelidad, y virtud tan encomiadas? Pero no; duermen en paz los muertos, y hónrelos la posteridad. El ciprés no habla, sube, sube, con gran desesperación de las monjitas, hasta recostar sus últimos penachos en el gallo y espadaña de la cuadrada torre.





DESDE LA GIRALDA

HEMOS recorrido los cuarteles que formaban la antigua ciudad, hemos apreciado mil detalles; la vista ha podido contemplar desde muy cerca preciosidades que cuentan setecientos años, y hasta al agitar viejo tapiz ó sacar del arca florentina los trajes con que hace cuatro siglos se engalanaban nuestros abuelos, hemos aspirado sutilísimos olores que ellos también olieron; ¡mas ay! al contacto del aire desaparecen en polvo impalpable, con harta pena nuestra, pues con él vemos desaparecer algo así como *fragmentos* del siglo XVI.

Ahora es preciso que miremos la ciudad y el campo más en conjunto, para darnos cuenta

de la situación de barrios, templos y palacios; vamos á ver la gran Sevilla desde el firmamento, vamos á escalar el alminar mauritano, y desde allí, como en un trono de nubes, gozaremos de uno de los más bellos panoramas del mundo: Sevilla, su río, su aljarafe y su vega á nuestras plantas.

Ya desde los ajimeces que dan luz á las rampas de subida, los tejados más altos están á nuestros pies: las agujas de la catedral, desde la calle nos parecieron columnas que sustentaban la bóveda celeste; ahora las tenemos tan sólo á algunos metros; y los terrados que forman las techumbres de las más altas bóvedas de la Basilica, se nos antojan hondos patios.

La pluma no es capaz de describir lo que desde el primer cuerpo se divisa; el espíritu no tiene tranquilidad bastante para leer, cuando lo que se tiene delante es tan inmenso, ni tampoco en los primeros momentos se siente otra cosa que una aspiración de lo infinito, una ansia de contemplación y una verdadera inundación de cielo, de ciudad, de río, de campo y de luz.

El *Al-Xaraf* ó aljarafe, aparece á nuestros pies cual dilatada alcatifa de verdura, tendida ante la ciudad. Sus antiguos y principales

pueblos, Aznalfarache, Aznalcazar, Aznalcollar y San Lúcar de Albaida, distingúianse por sus riquezas y comodidades, más propias de ciudades populosas que de aldeas consagradas al cultivo de higueras y dilatados olivares. Era tanto el aceite recogido en el aljarafe sevillano, según consta en manuscritos arábigos, que surtía al mundo entero; ante nuestra vista tenemos el "Libro de las grandezas de España," del maestro Pedro de Medina, el cuál asegura que en los años buenos se cosechaban "sesenta ó setenta mil quintales de á quince arrobas cada quintal." Hoy aparecen verdes huertas, frondosas alamedas y extensos campos de rubias mieses tras de los arrabales de *La Calzada, San Bernardo, La Macarena, Humeros, Triana, San Roque, Cestería y Resolana*, "en donde vive y reina España, sin mezcla ni encruzamiento de heregia alguna extranjera," como galanamente dice *El Solitario*, en el prólogo de sus admirables "Escenas Andaluzas." Pasando la vista sobre los arrabales, decíamos, se divisan los humos de las campesinas chimeneas de *Bollullos, Castilleja de la Cuesta, Mairena del Aljarafe, Gínés, Cuesta y Gerena*, ó los alegres campanarios de *La Algaba, Guillena, Santiponce, Garrobo y Burquillos*. Si dirigimos á otro fren-

te la mirada, admiramos la inmensa sábana verde, esmaltada con el pintoresco caserío de *Alcalá del Río, Bermujos, Cantillana, Valencina, Castilleja de Guzmán y La Rinconada*, ó entre las alamedas, en ambas riberas del Guadalquivir, blanquea tal cual torrecilla de los ribereños *Coria del Río, Gelves, Palomares, Puebla de Coria, Tomares y San Juan de Aznalfarache*.

Por donde quiera que dirigimos la vista aparecen sitios llenos de recuerdos del famoso cerco que duró quince meses y tres días. Las crónicas nos dan mil detalles de la famosa empresa que dirigió el Santo Rey. Próximo al barrio de la Macarena, sentó sus reales el infanzón y rico hombre Don Diego López de Haro, señor de Vizcaya. La hueste del príncipe D. Alonso había plantado las tiendas en un espeso olivar hacia Levante; pero las batió luego para pasar el río y volver á acampar en Triana con un buen golpe de gente aragonesa y lusitana. Ese tranquilo Guadalquivir, cantado por Marcial, que después fué objeto de las hipérbolas de los poetas árabes y sobre el cual hoy vemos deslizarse toda suerte de embarcaciones, era entonces surcado por las naves y galeras del Almirante D. Ramón de Bonifaz, preparándose á embestir y romper el

puente de barcas de Triana, famosa empresa milagrosamente lograda con sin igual pericia y esforzado ánimo, el mismo día que celebraba la Iglesia y la hueste toda, la festividad de la Invencción de la Santa Cruz. Cuanto abarca la mirada, río, arrabal, aljarafe y vega, era en aquel entonces teatro de algaradas, encuentros y correrías, de hechos gloriosos y de singulares empresas que han inmortalizado los nombres de los Garci Pérez de Vargas, y de los Pelay Correa. ¡Cuánta devastación y cuánto duelo! Pero la sangre que ha regado esa tierra, no ha sido infructuosa, porque hoy, generosa devuelve á los descendientes de aquellos héroes frutos sazonados y doradas mieses.

Desde las ventanas que miran á Occidente, vemos en la margen izquierda del río extraña torre de forma poligonal y esbelta traza, coronada por graciosos cuerpos. Ya en los tiempos de la dominación musulmana se conocía con el nombre de Torre del Oro, sin duda por los reflejos metálicos que producían los azulejos de que estaba revestida su parte superior, por más que se achaque este nombre á otras causas de que más adelante hemos de ocuparnos. A la vera de la torre, el río; en la opuesta margen se levanta el renombrado barrio de Triana. En ese típico barrio que hoy se apresura á vi-

sitar el viajero, existían en tiempos remotos fuertes defensas, que con más ó menos verdad consigna la historia; ahí también levantaron los árabes famoso castillo donde la morisma hostilizó grandemente á las galeras que desde el río se ponían á tiro de ballesta, y á las huestes que estrechaban por tierra el cerco. En ese mismo castillo se suponen escenas altamente dramáticas, habidas en los *pacíficos* tiempos del Rey D. Pedro, y, en él también, instalaron los Reyes Católicos el temido tribunal del Santo Oficio. En el tan renombrado barrio fué donde los árabes comenzaron á fomentar los famosos *alfahares*, de los cuales salían primorosos azulejos para vestir los zócalos de las suntuosas viviendas mauritanas. Hoy mismo aún, sorprende al extranjero la típica loza de Triana y otros gentiles productos de cerámica trabajados por no menos gentiles alfareras, gloria de su barrio, honra de la andaluza tierra, desesperación de cuantos las ven discurrir tranquilas é indiferentes por sus calles de *Verbena*, *Pureza* y *Pelay Correa*, y sabroso deleite del afortunado mortal que asiste en su honrada compañía á una fiesta en las cercanas huertas de Marianillo ó de los Remedios, las cuales desde nuestro observatorio distinguimos á la izquierda de un antiguo almi-

nar. Dentro ya de la ciudad vemos un sin fin de torres, terrazas, campanarios y tejados; calles que parecen reducidas líneas, plazas cual macetas de albahacas y personas que no son más que puntos diseminados en un intrincado laberinto de tortuosas encrucijadas.

Ya en nuestro observatorio, fijándonos como punto de partida en la Torre del Oro, límite del ángulo visual que abarcamos desde el frente que mira al septentrión, vamos á seguir siempre á la izquierda de la citada torre. Una gran mancha verde que se extiende en la dirección indicada, la forman los paseos de Cristina, Las Delicias, y más al interior el famoso prado de San Sebastián: en el primero apenas distinguimos las torres de San Telmo, privilegiada mansión de los Infantes Duques de Montpensier; frontero á éste, y algo á su izquierda en un gran rectángulo, se aloja la Fábrica de tabacos; frente á ésta los almenados muros del alcázar—ya próximo á nuestro observatorio—y sus jardines. Esa larga calle, tirada con regularidad desusada en Sevilla, es la de San Fernando, ingreso y comienzo de la famosa feria que se extiende, al terminar la calle, al frente y derecha é izquierda, por los contiguos campos. Si continuamos mirando en la misma dirección y seguimos el contorno de

la ciudad, después de los jardines del alcázar y de otras manchas de arbolado, hallamos el cuartel de caballería llamado de la Carne; más allá el matadero; enfrente, y en término más lejano la estación del ferrocarril y el barrio de San Bernardo. En el casco de la población comprendido en este ángulo visual, hay, entre otras, las plazas del *Alcázar*, el *Triunfo* y las calles del *Carbón*, *Santo Tomás*, *San Gregorio*, *Mañara*, *Maese Rodrigo*, donde está el Seminario, y la del *Almirante Lobo*, cuya continuación es la de *San Fernando*.

Pasemos á las contiguas ventanas de la izquierda, y volvamos al barrio de San Bernardo: las edificaciones próximas á él pertenecen á la fundición y depósitos del cuerpo de artillería; más á la izquierda, huertos; entre ellos, las provisiones militares, lavaderos, Calzada de la Cruz del Campo, San Benito y la línea del ferrocarril que va á buscar el empalme; más acá el Campo de los Mártires, el arroyo de Tagarete, y aproximándonos á la ciudad, el barrio de San Roque. Por último, en los límites del campo de observación, algunas huertas, el camino viejo de Carmona, fábricas de productos varios y el cuartel de la Trinidad que alojó fuerza de artillería. Ahora vamos á mirar la parte de población que co-

rresponde á estas mismas ventanas. Á nuestros pies tenemos el palacio arzobispal y la plaza del Cardenal Llunch, donde se agitan grupos de personas de inverosímil pequeñez, y como si los mirásemos con unos anteojos de teatro, invertidos. Próximo á esta plaza se supone existió la antigua alcaicería de la seda, cuya fama llegaba hasta los más apartados pueblos del mundo, entonces conocido, por las cuantiosas riquezas que en ella se vendían. Siguen las calles de *D. Remondo*, *Borceguinería*, *Lope de Rueda*, *Santa Teresa*, *Encisos*, *Santa María la Blanca*, *Mármoles*, *Carne*, *Aire*, *Fabiola*, *San José*, *Abades*, *Toqueros*, *San Clemente*, *Garci-Pérez*, *Mulatos*, *San Esteban*, *Santiago*, *Azafrán*, *Jáuregui*, *Luna*, *Verónica*, *Osorio*, *Conde Negro* y *Recaredo*; las plazas de *Refinadores*, *Mercenarias*, *San Bartolomé*, y tantas más en los barrios de *La Trinidad*, *San Roque*, *San Esteban* y *Santa María la Blanca*.

Abandonemos estas ventanas; después de detenernos á examinar las veinticuatro moles de bronce que aturden con su campaneo á Sevilla y á toda su vega, después de contemplar "*La Grande*," que costó diez mil ducados, y fué colocada en el año de gracia de 1588, sigamos al inmediato observatorio, esto es, á las ventanas orientadas al Norte.

Tendamos la vista por las alegres huertas próximas á la ciudad; allí están las de Barzola y todas las del arrabal de la Macarena, bajo la protección de la milagrosa virgen, que en breve hemos de ver entrar en su parroquia de San Gil, en medio del frenesí que su divina presencia causa á los devotos huertanos. En el centro de matizados cuadros de verdura, los hospitales civil y militar; á su izquierda, y ya próximos al río, los talleres de la empresa del ferrocarril de M. Z. A.: siguiendo la margen del río, el barrio de San Vicente; en la opuesta orilla la vega de Triana, y asentada en su centro la fábrica de loza de La Cartuja. Estas ventanas son las que dominan más población; por eso á partir desde la fachada de la catedral, vamos á tirar una línea recta que, siguiendo entre las calles de *Francos* y de *Mercaderes* cruce ese gran rectángulo, el mercado, se aproxime á unas manchas verdes formadas por las plazas de *San Juan*, *Arrayanes* y *San Basilio*, y termine en el arrabal de la Macarena, á la vera del hospital que ya conocemos. Esta línea divisoria con la cual vamos á partir el casco de población comprendida dentro del ángulo visual que desde estas ventanas alcanzamos, tiene á su derecha las calles de *Albacete*, *D. Alonso el Sabio*, *Pajaritos*, *San Isidoro*, *Gor-*

goja, Descalzas, Alcázares, Coliseo, *Espíritu Santo*, *Bustos Tavera*, *Peñuelas*, *Socorro*, *González*, *Cuadrado*, *Clavellinas*, *Infantes*, *Duque Cornejo*, *Juzgado*, *Lira*, etc.; están fronteras al arrabal las de *Corinto*, *Naranjo*, *San Julián*, *Sordo*, *Rubí*, *San Luis*, etc.; las plazas de la *Pescadería*, *Argüelles*, *Encarnación*, *San Ildefonso*, *Santa Isabel*, *San Pedro*, *Ponce de León*, *San Marcos*, *Terceros* y *San Gil*. A la izquierda de la línea divisoria que hemos establecido, las calles de *Alemanes*, *Génova*, *Colón* y *Chicarrereros*. El Ayuntamiento aparece entre las plazas de *San Fernando* y *San Francisco*; en el vecino frente la Audiencia, y salpicadas en los barrios de esta porción de ciudad, las calles de las *Sierpes*, con las de *Cortina*, *Gallegos*, *Rivero* y *Rioja* que la cruzan; más allá el teatro, y siguiendo por la del *Amor de Dios*, llegamos á esa prolongada mancha de arbolado que es la alameda de Hércules. A derecha, izquierda y próximas, las de *Torrejón*, *Quintana*, *Reina*, *Guadiana*, *Relator*, *Calatrava*, *Huertas*, *Carmen*, *Palmas*, *Recreo* y cien más, con las plazas de *Villasís*, *Pozo Santo*, *Duque de la Victoria*, *Gavidia*, *San Lorenzo*, *San Martín*, *Mártires*, *Museo* y otras que es imposible recordar.

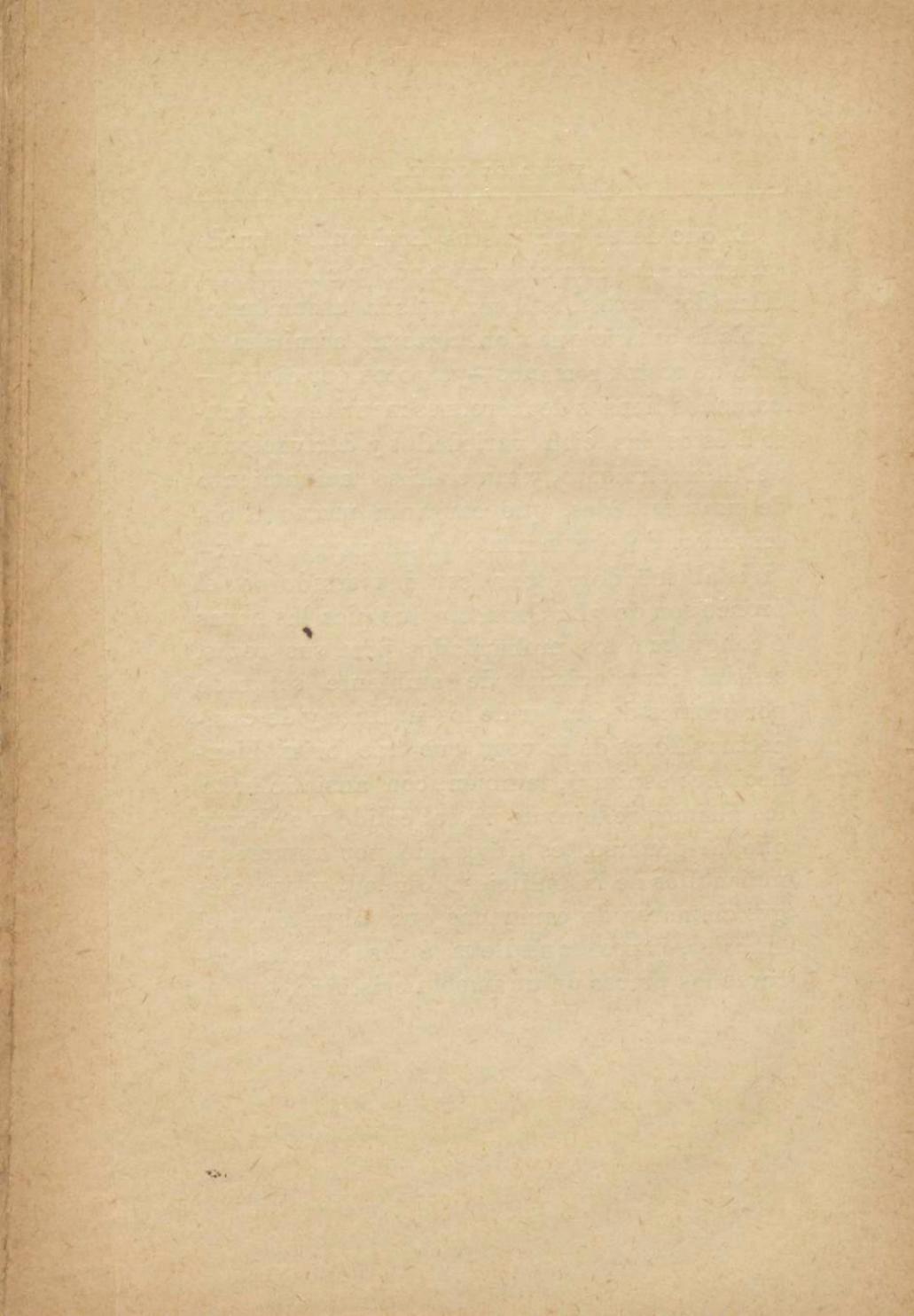
Ya en el último frente que nos falta explorar, vemos la plaza de toros, la Marina, el ba-

rrio de la Cestería y la fábrica del gas; todo limitado por el río; si lo cruzamos por el puente del ferrocarril de Huelva—frente á la estación,—llegamos al campo de Triana, dejamos el cementerio de San José á la derecha de la vía férrea, y á su izquierda vemos blanquear la carretera de Huelva, que va perdiéndose en término más lejano entre frondosos huertos. Volviendo á la ciudad distinguiríamos la calle del *Gran Capitán* si la gigantesca fábrica de la catedral no nos lo impidiera; las de *Alfolí*, *Aduana*, *Caridad*, *Dos de Mayo* y *General Castaños*; entre ésta y la de *Áncora* se advierten, casi paralelas—caso anómalo en Sevilla,—las de *San Diego*, *Aurora*, *Pavía*, *Roda* y *Valverde*, y diseminadas por esta última porción de la ciudad, las de *Rositas*, *Valdés Leal*, *Santas Patronas*, *Zaragoza*, *Rosas*, *Pópulo* y otro centenar de calles, encrucijadas y plazuelas, que harían interminable esta ya larga relación.

Hemos terminado estas enfadosas ojeadas, dirigidas desde la Giralda á vista de pájaro, sobre la ciudad, sus arrabales y contornos, sólo para satisfacer, en parte, la curiosidad del viajero que desee saber qué es lo que mira, ó, por lo menos, en qué dirección están situados aproximadamente, barrios, parajes y edificios de notoria celebridad.

El que desee ver vastos horizontes, puede satisfacer la vista contemplando panorama tan dilatado; pero si le llama más la atención el poblado caserío que tiene ante sí, admirará al lado de restos romanos—ya pocos por cierto—bordados lienzos de torreones mauritanos, junto á éstos las cien variedades y derivaciones del Renacimiento, y tan confuso hacinamiento de suntuosidades, que causarán mareo al observador, deleite inmenso al aficionado y éxtasis al soñador; éste al ser despertado por el bronco son de "*La Grande*," que pica las horas ó congrega á los prebendados para sus rezos, sentirá inundaciones de ambiente saturado por aromas de azahar de los jardines y de campesinas flores de la vega que trae brisa bienhechora; aspirará, también, con ansia infinita los últimos reflejos de un sol cálido y ardiente que, al ponerse, es despedido por rumores y murmullos de la bulliciosa ciudad, y por alegre clamoreo de campanas que, al entonar el *Angelus*, parece que lleva á las celestes alturas las preces de un pueblo cristiano.







VISITA DE SAGRARIOS.—ARMADOS Y NAZARENOS

I

A animación que se nota en las calles de Sevilla durante los días de la Semana Santa, es uno de los espectáculos que más cautiva al turista que por vez primera la visita.

El Jueves Santo, todo el mundo se echa á la calle para visitar los monumentos. El alborozo reina en todos los semblantes. Las madres exhiben á sus hijas prendidas con lo mejorcito que hay en el cofre, y las pobrecitas se dejan exhibir, sintiendo que no haya al año cuatro Semanas Santas por lo menos.

Las parroquias y los templos en los cuales se ponen de manifiesto las imágenes que salen

en las procesiones, son visitados por sevillanos y forasteros. El movimiento de gentes es inmenso. La dama ilustre se codea con la gitana buñolera. Hoy no hay clases ni respetos sociales; ante la humildad de Aquel que se sacrificó por el género humano, ¿qué menos puede hacer la altiva y linajuda señorita que sufrir resignada los atrevidos empujones de indiscreto pretendiente? ¿Cómo no ha de tolerar también con paciencia evangélica el hinchado maestrante, que su humanidad y grandeza, por efecto de los envites de aquella humana marea, choque contra el talle delicado de graciosa y gentil obrera de la parroquia de San Gil? Todos suben en vilo las gradas de la iglesia que visitan, empujados los unos, empujando los más; y todos salen también en igual forma, después de haber admirado el manto de la madre de Dios, de haber echado su cuarto á espadas sobre la buena ó mala colocación de la suntuosa prenda, y la mayor ó menor propiedad de los atributos; de haberse encontrado con tres ó cuatro conocidos, con los cuales se habla y hasta se ríe, y en fin, de haber rezado, de paso, la correspondiente estación.

La Catedral es un hormigueo humano, en la cual se puede pasar revista á todos los habitantes de la población. Ya es un grupo de retonzonas muchachas, que entran ganosas de libertad y *jopeo*, porque las pobrecitas se han pasado cuatro días sin salir del reducido taller donde bordaban el manto de una imagen. Ahora, bajo los ojivos arcos ornados de doseletes, pedestales con abades mitrados, santas, santos y prelados, aparece un muestrario viviente de flamantes uniformes; es el Capitán General que visita los Sagrarios seguido de los jefes y oficiales de la guarnición. Las variadas y lujosas prendas del militar equipo, causan profundo asombro al rústico cortijero, que embobado contempla los bordados, las plumas, las relucientes armas y los dorados atributos, tan fastuosos como inútiles y caros. El extranjero, que sorprendido los contempla también, seguramente creerá que todos aquellos dorados oficiales son á la par opulentos magnates que disfrutaban de pingües rentas, ó que el ejército español es el mejor retribuido del orbe. A los militares sigue un grupo de gente brava del barrio de San Bernardo, cada uno con su cada una, ¡y viva el rumbo y la majeza! que si en los días de labor se degüellan reses, el Jueves Santo es el momento clásico del año en que

lucirse deben un mozo *crúo* y una *jembra* de mérito; él, con su traje más flamantè, y ella guarnecida de ajorcas, corales y arracadas, cubierta con el pañuelo de Manila, en el cual aparecen bordados de relieve en vistosas sedas chatos mandarines, pájaros picudos y altísimas pagodas. A los cortadores siguen militares otra vez; son soldados al mando de un oficial del regimiento de Garellano, que acompasadamente visitan las iglesias. Parece que la media compañía reza la estación marcando el paso, según el escandaloso y uniforme alboroto que producen tantas humanas extremidades, las cuales, por cierto, al difundir espesos vapores en aquel ambiente de incienso y mirra, nos hace recordar con envidia la limpia parábola del lavatorio.

II

Otro de los espectáculos que más sorprenden al viajero en estos días de Semana Santa es el que ofrecen los penitentes, hermanos, nazarenos ó capirotos, pues con todos estos nombres se les designa, cuando van á incorporarse á su respectiva hermandad ó cofradía. Discurren por las calles de Sevilla, apresurados ó tranquilos, solos, en grupos, con el capuz levanta-

do ó cubiertos con él, fumando unos, riendo otros, deteniéndose éste ante los casinos y *acuariums* de la calle de las Sierpes á saludar á parientes ó conocidos, acompañando aquél á lindas muchachas que se dirigen á las sillas de la plaza, desde donde han de presenciar el tránsito de las procesiones y el de su acompañante, quien á pesar del capuz y cilicio, coquetea lindamente con una de las niñas en cuestión: en fin, dada la variedad de clases que visten penitente túnica, hasta en la taberna entran y salen hermanos para cobrar bríos durante la mortificación que su religiosidad les impone. Bajo el capirote ó caperuza y el capuz verde, blanco, morado ó negro, según la cofradía á que pertenezcan, visten túnica, ceñida por un cincho ó cinturón, á manera de cilicio. La tal vestidura se asemeja más á bata de mujer que á túnica de afligido penitente; algunos las llevan llenas de encañonados, rizados, plegados y otros primores del femenino atavío; la mano cubierta por ajustado guante blanco de cabritilla, y el pie calzado con escotadísimo zapato de charol, no oculto por la túnica; antes al contrario, ésta se lleva un tanto recogida para lucir la media de seda, con cuchillos bordados y otros primores que mejor veríamos, por cierto, ciñendo breves y torne-

das extremidades de una buena moza, que sombreadas por el feraz y accidentado cutis de algún barbado penitente.

En cuanto á los *armados*, mucho ganarian, en nuestro entender, si vendieran todos sus trajes y atributos decorativos al guardarropa de algún teatro de opereta bufa, é hiciesen de los plumeros de sus cascos solemne y pública subasta, en la cual, seguramente, figuraría como mejor postor algún contratista de pompas funerarias que necesitase surtir de penachos su fúnebre guadarnés. Con estas salvadoras medidas, en desagravio de las artes decorativas, nada perdería por cierto la indumentaria religiosa, y quedaría en el alto lugar que merece el buen sentido estético de los apreciables devotos que hoy pululan por la ciudad, con la mejor buena fe y tranquilidad, vestidos de romanos. Por si alguien que nunca haya estado en Sevilla ignora quién son los *armados*, diremos que pertenecen á una de tantas cofradías cuyos hermanos visten trajes de legionarios romanos, según dicen, y nosotros creemos con mejor voluntad que convencimiento. Da gozo verles discurrir por calles y plazas, ufanos y apresurados, llevando los arreos del militar equipo. El indispensable coturno suelen sustituirlo algunos con *botitos á la me-*

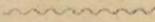
dida, ó algo menos de la medida, para mayor lucimiento de la persona y cruel tortura de las magulladas extremidades del bizarro legionario: de sus hombros pende el clásico manto de púrpura, que si no es clásico, ni de púrpura precisamente, pues á veces suelen verse de acentuado y subido matiz de chocolate... podía serlo; por lo demás, como manto, es manto. Esta prenda mayor, del *armado*, deja ver, según los posibles de cada devoto, algo así como justillo, túnica, almilla ó colete, que indistintamente pueden usar en estas solemnidades religiosas, ó el día de mañana, si viene al caso, y el teatro *les tira*, para *ejecutar* el *Tenorio*, el *Trovador* y hasta los *Magiares*, si fuera menester, ya como partes principales, ya como cómplices y encubridores. Cubren la cabeza con famosos despojos de corral y empuñan lanzas de usos domésticos. No todos los *armados* visten este que llamaremos modesto uniforme, para no despertar respetables suspicacias; los hay que llaman la atención por su ostentoso traje; y la hipérbole local cuenta de un famoso capitán de esta cofradía, que después de haber conseguido con grandes dispendios una armadura de más ó menos carácter de época, pero sí magnífica, tuvo necesidad, no há mucho, de vender una casa—no mala por cierto, según

dicen—para adquirir las *plumas del casco* y las espuelas de oro y brillantes—según dicen también, pues yo repito, pero nada digo,—cuya falta echó de ver á última hora.

* * *

Hay quien asegura, quizá con algún fundamento, que el día que desaparezcan estos y otros, que podemos llamar abigarramientos teatrales, perdería su carácter más típico y genuino cuanto rodea á estas vistosas y características devociones de la Semana Santa sevillana; hasta algún osado ha supuesto que la religiosidad de pueblo tan devoto quizá se entibiara un tanto. Fundan tan atrevidas especies, en la mucha influencia que prestan estas manifestaciones del culto exterior á las imaginaciones meridionales, dada la natural tendencia y propensión á poetizar, abultar y revestir con atributos decorativos toda idea divina. De aquí la imprescindible necesidad de mantos bordados, lazos de colorines, dorados retablos del más deplorable estilo Churriguera, velas rizadas, flores de trapo, angelitos y sagradas imágenes de cartón piedra, y hasta de *piñonate*, uniformes inusitados, toda suerte de talcos, lentejuelas, luces radiantes, apar-

tosas marcialidades, estridentes armonías de organillo ó de estruendosa charanga, perfumes sin tasa, derroche de sol y de colores, actividad de la palabra y de la fantasía y rumbo y majeza, hasta tirar la casa por la ventana, en momentos dados. Verdad es que luego suelen surgir perezas, enervamientos, indiferencias y reposos, muy en armonía con la sangre mauritana que durante muchos siglos se mezcló con la de rancios cristianos y cristianas, sangre que aún circula y se trasmite, á pesar de los siglos transcurridos, sangre musulmana que aún palpita en la católica España, sangre que al mezclarse con la de tantas razas inferiores como han hollado nuestro país, nos explica el desequilibrio político y social que aquí reina, sangre en fin, que si transmitió virus imborrable á la nación que durante ocho siglos estuvo bajo el yugo islamita, dejó profundos surcos, huellas eternas y acentuadas manifestaciones, más que en parte alguna, en esta típica, hermosa y característica tierra andaluza.





LA PLAZA DE SAN FRANCISCO

GRAN multitud se exparce por plazas y calles para presenciar el paso de las procesiones; pero á donde acude mayor concurrencia es á la Plaza de San Francisco: á la célebre plaza centro de la antigua Sevilla, en donde celebrarían zambras los fastuosos almohades, ó correrían cañas los almoravides guerreros; la que cruzaron aquellos sabios árabes y judíos congregados en Sevilla por el Sabio Rey para la formación de las Tablas Astronómicas y el estudio de las ciencias y las letras, harto desconocidas en aquella época de hierro; plaza que alojó un mercado, mentidero de comadres murmuradoras de las liviandades del

onceno Alfonso con Doña Leonor de Guzmán; en donde, muy quedo, se contarían posteriormente las frecuentes y tremendas justicias ejecutadas en los calamitosos tiempos del vencedor de Nájera; plaza, que sin esforzar demasiado la imaginación, vemos tal como debía estar el 25 de Septiembre de 1591, gracias á un manuscrito (1) que tenemos á la vista: según dice, se colocaron en su vasto recinto *«dos teatros muy grandes, uno para los señores Inquisidores y Cabildo de la Iglesia mayor y Audiencia, de los Grandes y frailes de San Francisco, y el otro teatro para toda la clerecía y frailes de todas órdenes, y luego estaba en dicha plaza, hecho á un lado otro muy grande teatro para el Cabildo de de la ciudad, y al otro lado del teatro de los señores Inquisidores, otro para la Duquesa de Béjar, y alrededor de la plaza muchos andenes donde estaba gran multitud de gente»*... ávida de presenciar el auto de fe que iba á tener efecto con gran concurrencia de frailes, soldados, damas principales, caballeros de las órdenes y titulados, mozas del partido tan corridas como garridas, veinticuatro y jurados del Cabildo de la ciudad, prebendados del eclesiástico, dignos *bravos*, émulos de los Chiquiznaques y Ma-

(1) Ms. de la B. N.—R—29—pág. 310.

niferros, rufianes, gentecilla del hampa, y de la famosa orden que más tarde había de fundar el señor Monipodio, familiares, corchetes y calificadores de la Suprema, ministros y porquerones de justicia, dueñas tocadas y doncellas más tocadas aún, aunque sin tocas, tusonadas enjabelgadas, y soldados y maestros de la flota procedente de Nueva España. Este ó pasado concurso, llenaría la plaza de San Francisco el citado día del año 1591 de Jesucristo, para presenciar la ejecución de judaizantes, herejes ó tal vez de algún cristiano rancio, con el mismo entusiasmo, animación y deleite que dos siglos más tarde presenciaron los nietos de aquéllos las justas y funciones reales de cañas, ó que á su vez los nietos de éstos acuden hoy, ya al circo á ver sangrienta lucha entre diestros y reses bravas, ya al paso de las procesiones.

* * *

En uno de los frentes de esta antigua plaza se alzan las Casas Capitulares, colgadas de ricas telas que sirven de fondo á espacioso tablado. En su centro se instala el palco para las personas reales que habitan en Sevilla, y á sus costados, otros que ocupan las más princi-

pales familias. Delante de estos palcos, así como en el frente opuesto, se colocan numerosas filas de sillas numeradas, que con gran anticipación y á buenos precios se alquilan para presenciar el tránsito de las procesiones.

La tarde del Jueves Santo ofrece esta plaza un hermoso cuadro de carácter, exuberante de luz y de color. Su espacioso perímetro se halla cubierto por miles de almas que anhelan con expectación infinita el momento de la llegada de las cofradías. El frente de las antiguas Casas Capitulares, hoy Municipio ó Ayuntamiento, ostenta en una parte de la elegante fachada, espléndida ornamentación. Los primores que derrocharon á manos llenas Riaño, Arnao, Juan Sánchez y los hermanos Gainza, acusan gallardías sin tasa de un arte floreciente, que después de llenar el mundo, alzó en Sevilla uno de los monumentos patrios, donde el estilo plateresco se manifiesta con más bellos caracteres.

Los estrados alojan á lo más granado de Sevilla. Congréganse allí las aristocracias de la hermosura, del donaire y de la gracia concedida por Dios á las mujeres de esta tierra privilegiada, en un día, sin duda, de verdadero regocijo.

En el ostentoso palco levantado por el

Ayuntamiento, ocupa preferente y elevado sitio, augusta dama que un día rigió los destinos de este hermosísimo é ingobernable país. Hoy descansa de las pasadas tareas y quebrantos gubernamentales, llora á seres queridos, vegeta en el reposo que da al espíritu el constante movimiento, disfruta una parte del año de las delicias de la sin par Sevilla, hace todo el bien que puede, y antes de retirarse á sus habitaciones—bien temprano por cierto,—juega, ni más ni menos que pudiera hacer modesta patrona de la calle de Jacometrezo, juega, decíamos, su partida de tute, si tiene con quién. Apesar de los desengaños y sinsabores que su hermoso corazón le han acarreado, llora con el triste, ayuda al menesteroso, ríe y bromea con su habitual é intencionado gracejo, trata á cuantos se le acercan con llaneza y sencillez que encantan, y recuerda nombres y apellidos que oyó hace cuarenta años. ¡Quién mejor que *Ella*, pues, debe ocupar el primer lugar de este concurso genuinamente castizo, y quién mejor ha de presidir una solemnidad clásica, típica, de carácter eminentemente español! ¡En verdad, nadie mejor que la que reúne, cual *Ella*, condiciones tan salientes y tantas afinidades con el carácter nacional! Por eso el pueblo sevillano, cortés

siempre con los encumbrados, afectuoso con sus huéspedes, y sobre todo que conoce á su gente, dispensa cariñosa acogida á la que acude, más puntual por cierto que en pasados tiempos, á realzar el solemne paso de las procesiones. La acompañan sus damas y parientes próximos, que se preparan á emprender, audaces, famosa exploración en el vecino continente africano. Se trata de un joven matrimonio; él, sin acordarse de los peligros que le esperan, luce, *como si tal cosa*, su roja casaca de maestrante, y discurre, francote y campechano por el palco regio; ella luce algo que vale más, y que el pueblo sevillano, con su habitual buen gusto y galantería, da á conocer con exclamaciones de ¡Vaya una hembra! ó ¡Comparo, mire V. la real moza que ha pescao ese niño colorao!, replicaba otro, ó ¡María Santísima, qué sobrina ha dado el sobrino á la Señora!

Los demás personajes que llenan el palco, vistén los colores del militar equipo, ó el fracque, á falta del uniforme que está en proyecto para amenizar los cargos concejiles; todos ofrecen dignas y majestuosas actitudes. El pueblo, que no tiene otro pasto á mano, ya se burla del que responde balbuciente y sofocado las preguntas que de sopetón le dirige la Seño-

ra, por supuesto sin intención malévola; ya comenta y ríe de aquellos que se ufanan por hacerse visibles para conseguir palabras regias, aparentando ante el público poseer la amistad y egregia confianza. Tales muestras de confianza se reducen, después de todo, á cualquier sencilla pregunta *atmosférica*, que es contestada con acompañamiento de atroces cortesías, apretamientos de labios, fruncimientos de cejas, las más graciosas sonrisas del repertorio, y las mayores elasticidades y dilataciones que, para adquirir importancia, es capaz de dar de sí la cara de un majadero.

En los palcos se ríe, se charla, se discretea, y sobre todo coquetean lindamente encantadoras cabecitas. Estos días son alboroque para cada *él* y cada *ella*, que en honor de tanta fiesta no se quitan ojo; á no ser que *ella*, en vez de mirarle, recree su pecadora vista, más de lo justo, en aristócrata forastero que haya venido á pasar la Semana Santa, y á darle á *él* la de *pasión*.

Manojos de aromáticas flores impregnan la tibia atmósfera de gratos perfumes, deleitando el ánimo, aunque no tanto como otros manojos y racimos—permítaseme la frase—de divinas criaturas, más bellas que las mismas flores, y no me atrevo á decir que más perfumadas,

frescas y apetitosas que los más sazonados frutos. Las apretadas filas de sillas á la vera de los palcos, están ocupadas por gente principal y de *circunstancias*, por más que tengan la atenuante de no figurar en el vecino estrado. A ellas acude radiante la señorita sevillana para lucir el vestido que la víspera aún estaba sin acabar en el obrador de Clotide, la modista de la calle de las Sierpes, ó en camino procedente, ¡pues ahí no es nada! de los anfibios talleres del mujeriego modisto Besancón, en el sentido modistil de la palabra: así engalanada, después de las incertidumbres de la espera, del *¡Mamá de mi corazón, nada, que ya no llega!...* y demás congojas consiguientes, justo es que disfrute este lindo pimpollo de la calle del Tulipán, de los triunfos que van á proporcionarle los *tableados, lazos, plegados, cogidos, bullones, contrabullones* y demás primores del femenil atavío, ensalzados para la presente estación por anfibios colaboradores del periódico de modas *El divino arte del perfecto modisto*.

A la vera de la señorita que estrena, hay otra que no estrena, pero no importa, porque la pobrecita criatura tiene una cara que parece un cielo; en su rostro, fiel trasunto de las divinas concepciones que ha inmortalizado la

escuela sevillana, aparecen huellas de tristezas provocadas por la peligrosa vecindad de prenda tan magnífica; aparecen, también, huellas de resignación dolorosa, como diciendo: *sea lo que Dios quiera*; mas al erguir su rizada cabeza, pone de manifiesto blanquísimo y torneado cuello, un busto lleno de exuberantes promesas, y unos ojos que hacen más que prometer, porque cuando llegan á mirar, dan. ¿Qué importa que el vestidito de la niña haya sido fruto de domésticos desvelos? ¿Qué importa haberlo usado el pasado año, si en tal ocasión iba invertido, y qué más da que en el próximo también lo *jalee*, si para entonces, ¡sabe Dios que metamorfosis habrá sufrido? ¡Venerada prenda de matices vinosos, aunque tu origen se pierda en la noche de los tiempos, yo te admiro, porque has cubierto los garridos cuerpos de tres generaciones de mujeres divinas, y hoy sirves de envoltura más que de adorno á una de las que denominan señoritas *cursis* las *elegantes de la localidad*! ¡Oh divinas *cursis*, yo os rindo toda clase de homenajes y demando vuestros favores, no menos divinos, por el sabroso maridaje que tendrán de humano!

La primera fila de sillas colocadas en la banda del Ayuntamiento, da á la calle ó espacio

que en breve van á ocupar las procesiones; ahora en vano tratan de despejarla flamantes dependientes de la autoridad, miembros concejiles, en su más insignificante expresión, con uniforme de gala, cara lavada y guantes inusitados, los cuales, por sus extraordinarias dimensiones y pliegues, hay malicioso que supone, cubren equivocadamente contrarias extremidades.

Pasemos al opuesto frente. La concurrencia es más variada, las conversaciones quizá menos cultas; pero sí más sazonadas también con chistes y donaires. Los vendedores de periódicos y de *Bocetos de Semana Santa y Guía de Sevilla*, aturden con su vocerío; con ellos alternan los que recorren los espacios libres pregando *piñonates, almendraos de canela, cotufas, chochitos, avellanas americanas, ó tegevingos y camarones*, que las buenas sevillanas se apresuran á comprar; las del campo sobre todo, pasan todo el día trasegando indigestos frutos ó mordisqueando pastas de pesada masa. Estas mujeres del Aljárafe y de más lejanas tierras, esmaltan la mancha gris que forma la multitud, con los animados colores de sus vestidos que un día fueron gala del cortijo y admiración de la aldea; las alfareras de Triana y demás gente menuda de la menestralería del Ba-

ratillo, Resolana y Carretería, animan con sus ocurrencias, llenas de intencionado gracejo, la compacta muchedumbre que en humano flujo y reflujo forma oleadas de cabezas, desde las últimas filas de sillas hasta el vecino palacio de la Audiencia.

La humana marea parece que aumenta sus oscilaciones y vaivenes, los pescuezos de aquellos que ocupan las últimas filas adquieren proporciones inverosímiles; suenan confusos acordes y lejana trompetería; por la calle de las Sierpes asoman tricornios de guardias civiles, bigotes más *cultivados* que de ordinario, y rizadas crines de sus pesados y vistosos jamelgos; cesan las conversaciones, se suspenden las risas, desvíanse las tiernas miradas, y hay tregua, momentánea por supuesto, de aproximaciones y pecaminoso tacto de codos y rodillas: ¡Ahí vienen las cofradías; ahí están las procesiones!





LAS COFRADÍAS

I



I la índole de estos apuntes, ni el corto espacio de que disponemos nos permiten tratar asunto tan vasto con la extensión que desearíamos. Desde los primeros tiempos de la dominación castellana, después de la Reconquista, existen en Sevilla cofradías, ó mejor, hermandades, las cuales no tenían entonces el carácter adquirido posteriormente, debiendo considerarlas, más como instituciones políticas, que religiosas. El pueblo andaluz, y en particular el de Sevilla, siempre mostró predilección especial por estas asociaciones, las cuales no adquirieron el mencionado carácter que las distingue, hasta las postrimerías del

siglo décimoquinto; acentuóse en la siguiente centuria, llegando al apogeo en los XVII y XVIII, sin que por esto podamos decir que hoy hayan perdido su pasado esplendor. Una vez organizadas las diferentes agrupaciones, cada una atendió al esplendor del culto, á su más vistosa exhibición y mayor preponderancia. Claro es, que el pujilato entre unas y otras surgió al cabo, y de aquí los fastuosos alardes ornamentales, la rivalidad hasta llegar á encontrar los ánimos de los devotos cofrades, los gastos extraordinarios y ruinosos dispendios que han creado esculturas admirables, costosas andas, mantos, alhajas y toda suerte de atributos de incalculable valor. Aquellos que se sorprenden y sonríen con incredulidad cuando oyen contar que en la presente época, de notoria impiedad y descreimiento, se bordan mantos y telas que valen cinco y seis mil duros; los que al oír cifras tan disparatadas creen es una hipérbole de la tierra, no tienen más que acercarse al *paso* que representa á *Nuestra Señora de las Tres Caídas*, y podrán convencerse de que el manto de la Virgen costó no há mucho 27.500 pesetas. No queremos abrumar la paciencia del lector con listas de precios colosales que podríamos citar, desde los tiempos de D. Juan II, en que se gastaron sendas do-

blas para adornar las imágenes del *Cristo del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso*, hasta la época en que rigió la iglesia sevillana el Cardenal Niño de Guevara, el cual tuvo necesidad de poner coto á los costosos dispendios originados por la emulación de cofradías rivales. Apesar de los años transcurridos, si alzara la cabeza aquel enérgico prelado, podría lanzar hoy los mismos anatemas que el año 1609 de Jesucristo. En estas emulaciones búsquese una de las causas que han acrecentado y enriquecido las cofradías que hoy vemos, y cuentan algunas centurias de existencia; pero no debe atribuírse solamente á esta causa el esplendor de las hermandades religiosas: derivase, en primer término de las condiciones de imaginación fastuosa, decorativa, pródiga, propensa á suntuosidades y alardes de luz y de color, que son inherentes al país y á la raza: contribuyen también á formar el conjunto que determinan estas excepcionales manifestaciones, la educación, aficciones, costumbres, carácter y, en fin, el modo de sér, típico, único, original que esta tierra andaluza da de sí. Materia es esta para ser tratada más despacio; pero ni la índole de estos bocetos de *apres nature*, ni los lectores, por muy benévolos que sean, han de permitirnos

que nos metamos en más honduras y escarceos sobre el particular. Aplazamos, sin embargo, esta cuestión, y el curioso aficionado á investigaciones y reconditeces análogas, nos encontrará en un futuro libro que trate de estas manifestaciones del carácter nacional.

II

No enumeraremos detalladamente todas las cofradías, pues ya han sido harto bien descritas por distinguidos escritores que nos han precedido en tan brillante asunto; en particular D. Benito Más y Prat, quien ha publicado en la *Ilustración Española y Americana* artículos tan interesantes como amenos y deleitosos. Vamos, tan sólo, á indicar aquello que más nos ha impresionado, como hasta aquí hemos hecho y pensamos seguir haciendo en el curso de estos mal hilvanados apuntes.

Las impropias y hasta ridículas vestiduras que cubren esculturas admirables de Montañés, Roldán, Hita, Florentín y de otros príncipes del arte, es el tema obligado de cuantos hablan de las cofradías. En verdad, que ni la época decadente desde la cual vienen perpetuándose tales modelos, cual preciosa tradición, merece tanto respeto, ni tal época es

bastante lejana para conservarlos como documento de valor indumentario para la historia del arte. También es de lamentar que los primores que están llevando á cabo todos los días hábiles artistas, que se llaman modestamente bordadoras de mantos, tengan por único objeto, recargados dibujos, ricos sí, y admirablemente ejecutados, pero exentos por lo general de corrección y belleza clásica. Este achaque de impropiedad en los trajes de las imágenes no es cosa nueva, pues á la vista tenemos un manuscrito de 1609, procedente del Arzobispado de Sevilla (1), que dice: "*Otrosí: mandamos que las imágenes de Nuestra Señora ó de otros Santos, que se hubieren de sacar en procesiones, ó tener en los altares de las iglesias, se aderecen con sus propias vestiduras hechas decentemente para aquel efecto; en ningún caso las toquen con copetes, ni rizos, ni arandelas, ni con hábitos indecentes...*" Por este estilo sigue el documento, amonestando contra costumbre tan arraigada, al parecer, pues hasta llega á fulminar contra los contraventores, nada menos que excomunión de *late fantentie*, la cual, según alcanzamos, debe ser atroz excomunión.

(1) Academia de la Historia.—Libro III de Constituciones.—Núm. 71.—Grada 6.^a

En el manuscrito de referencia, y en otros muy curiosos, así como en varios papeles impresos, hallamos curiosos detalles sobre las atribuciones de los Hermanos Mayores, Priostes, Mayordomos, Hermanos de Bandeja y Ampolla, Servidores de Luz, Camareros, Gentiles Hombres, Consiliarios y tantas dignidades y jerarquías como hay en cada cofradía. Las prohibiciones impuestas á los devotos, y las reglas que deben observar durante las procesiones, también podrían ocupar un tomo regular, así como la descripción de cruces, simpecados, mantos, túnicas, capirotos, clámides, bocinas, cestas, guiones y toda suerte de atributos de las hermandades; pero lo que vamos á apuntar ligeramente son las cofradías de mayor notoriedad. Ya hemos indicado antes una de las más antiguas; institución de muchas se debió á la piedad del siglo XVII, y el solo nombre de algunas, caracteriza tan gráficamente el estilo á la sazón dominante, que deben conocerse como rasgo fisonómico de la época; entre otras recordamos: *„Prendimiento y soberano poder de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de Regla;”* *„Santo Cristo del Silencio; Desprecio de Herodes y María Santísima de la Amargura;”* *„Santo Sudario, Santísimo Cristo del Buen Fin y Nuestra Señora de la Palma;”* *„Nuestro Pa-*

dre Jesús de la Buena Muerte, Nuestra Señora de la Hiniesta y San Juan de Letrán; "Sagrada Oración de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos;" "Sagrado Decreto de la Santísima Trinidad, Santo Cristo de las Cinco Llagas y Nuestra Señora de la Esperanza;" y en fin, "Santísimo Cristo de la Salud y Nuestra Señora de la Luz en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades."

El Domingo de Ramos ya comienzan á salir cofradías (1); el Miércoles, Jueves y Vier-

(1) De las noticias que sobre cofradías daba un programa de las fiestas de Semana Santa y ferias, extractamos la siguiente relación, por si algún lector desea conocer detalladamente los pasos que hacen estación:

«El Domingo de Ramos acostumbran hacer estación las siguientes cofradías: *Prendimiento y Soberano Poder de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de la Regla*, fundada á fines del siglo XVI. Iglesia de las Terceras. Esta cofradía, que hizo su última salida el año de 1853, lleva dos pasos: el primero representa el misterio de su advocación; el Salvador del mundo aparece maniatado en medio de cuatro judíos armados de lanza, que figura la turba sacrílega que le prendió; sigue Judas y los tres apóstoles que acompañaban al Señor, llevando uno de los judíos una linterna para significar que fué de noche la traición de Judas; la imagen de Jesús viste una hermosa túnica, bordada de oro, y la peana mejorada, es jaspeada con filetes dorados. El paso de la Virgen, que representa Nuestra Señora de Regla, título adoptado por la devoción que profesaron los individuos de esta hermandad y la célebre y milagrosa Virgen que se venera en el santuario cerca de Chipiona; el dicho paso tiene peana y palio con

nes Santo, no podrá comer, ni dormir, ni tendrá un solo momento de reposo el viajero que

caídas y varas de platina que estrenó el pasado año; la Señora lleva túnica de terciopelo negro bordado de oro y manto de igual clase con bordados. Esta efigie y la del Señor son de desconocido autor, como también las demás, habiendo mejorado las mismas la restauración hecha por el Sr. Astorga. El escudo que usa esta hermandad se compone de dos palmas enlazadas y los dos ojos.—*Santisimo Cristo del Silencio, Desprecio de Herodes y María Santísima de la Amargura*, fundada á fines del siglo XVII. Parroquia de San Juan Bautista. El primer paso representa el Tribunal de Herodes en el acto de mandar que Jesús fuese conducido á la presencia de Pilatos. En el segundo paso va la Santísima Virgen acompañada de San Juan. La efigie del Señor la construyó el célebre y virtuoso Pedro Roldán, y fué concluída una de sus últimas obras; la de Nuestra Señora fué ejecutada por Luisa Roldán, hija de dicho artífice; la efigie del Evangelista fué hecha por D. Benito Hita del Castillo, por los años de 1760, viviendo frente de la parroquia, esquina de la calle de Regina. El escudo que usa esta hermandad es la Cruz de San Juan.—*Santo Sudario, Santísimo Cristo del Buen Fin y Nuestra Señora de la Palma*, fundada por los años de 1590. Iglesia de San Antonio de Padua. El único paso de esta cofradía representa el Calvario con el Redentor crucificado. Al pie del Santo Madero aparecen la Santísima Virgen y San Juan. Se ignora á quien pertenece la ejecución de dichas efigies.

»Cofradías que acostumbran hacer estación el Miércoles Santo: *Santo Cristo de San Agustín y Nuestra Señora de Gracia*, fundada el siglo XVI. Parroquia de San Roque. El primer paso representa á Nuestro Señor Jesucristo, y al pie de la Cruz arrodillada Santa María Magdalena. En el segundo paso va la Santísima Virgen, bajo palio. La Santísima Virgen estrenó un magnífico manto de terciopelo negro bordado de oro el año de 1886. El escudo que usa se compone de cuatro cuarteles rodeado de dos palmas, con la corona de espinas y los tres clavos por remate; en los cuarteles inferiores están la Santa Cruz y el escudo de San Agustín, ó sea el corazón con la flecha y el sombrero en los inferiores, el perro, el báculo de

pretenda verlas, pues se suceden á todas horas, incluso á la más avanzada de madrugada.

San Roque y las armas de Sevilla.—*Nuestro Padre Jesús de la Buena Muerte, Nuestra Señora de la Hiniesta y San Juan de Letrán*, fundada en 1560. Parroquia de San Julián. El primer paso representa á Nuestro Padre Jesús crucificado. En el segundo paso, bajo palio, va la Santísima Virgen. En esta cofradía se han hecho grandes reformas en los pasos é insignias. La imagen de la Señora es de Montañez; la del Señor, de pasta, de autor desconocido. Dicha hermandad usa por escudo una cruz grande, al pie de la misma una calavera, al lado derecho el Corazón de la Santísima Virgen con el cuchillo, y al izquierdo el báculo y la mitra.—*Santo Cristo de las Siete Palabras y la Virgen de los Remedios*, fundada en 1561. Parroquia de San Vicente. Representa el único paso de esta cofradía el Calvario con el Redentor crucificado. La Santísima Virgen, San Juan y las Tres Marías están al pie de la Cruz. Esta hermandad tiene adoptado por escudo el Sagrado Corazón de Jesús, por ser la primera que dió culto en Sevilla á tan Seráfico Corazón.

»Suelen hacer estación el Jueves Santo las siguientes cofradías: *Sagrada Oración de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos*, fundada á mediados del siglo XV. Iglesia de Monte-Sión. En el primr paso aparece Nuestro Padre Jesús orando de rodillas delante de un Angel que se eleva sobre un trono de nubes. A su lado se encuentran durmiendo los apóstoles San Juan, San Pedro y Santiago. En otras andas, bajo palio, va la Santísima Virgen. Las efigies son del célebre escultor Pedro Roldán y de lo mejor que este artifice hizo. El escudo de la hermandad es la Cruz de San Juan; delante de ella un cáliz y alrededor el rosario.—*Dulce Nombre de Jesús, Sagrado Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Quinta Angustia de María Santísima*, fundada en 1540. Capilla de la Iglesia de San Pablo. El primer paso representa la aceptación del cruento sacrificio para redimir al hombre del pecado. Se ostenta sobre una elevada colina la Efigie del Niño Jesús bendiciendo los atributos de la Pasión que le presenta un grupo de Angeles. El segundo paso repre-

III

Las sombras de la noche comienzan á extenderse por la anchurosa plaza de San Francisco,

senta el Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Al pie del Sagrado Madero están la Santísima Virgen, San Juan de pie, la Magdalena y Marías arrodilladas con sábanas de rica tela para recibir el cuerpo del Redentor. Las esculturas son obras de Roldán. El Paso del Niño Jesús ha sufrido grandes reformas. El escudo de esta hermandad se compone de dos óvalos en los cuales se registra un Jesús y su corazón con cinco cuchillos.—*Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas, Nuestro Padre Jesús con la cruz al hombro, Nuestra Señora del Valle y Santa Mujer Verónica*, fundada en 1558. Parroquia de San Andrés. Esta Cofradía lleva tres pasos. En el primero van dos judíos colocando la corona de espinas sobre la cabeza de Nuestro Divino Redentor, y otros dos, de rodillas ante él, se mofan, alentados por un Príncipe de los Sacerdotes. El segundo paso representa el tránsito del Señor con la Cruz al hombro por la calle de la Amargura. En el tercero va la Virgen del Valle, acompañada de San Juan y la Magdalena. Su escudo es la Cruz de San Juan, encima las armas reales y formando orla la corona de espinas con la caña atravesada.—*Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima de la Merced*, fundada en 1531. Parroquia del Salvador. Representa el primer paso al Señor llevando la Cruz al hombro, con ayuda del Cirineo. En otro paso se conducen las efigies de Nuestra Señora y San Juan Evangelista. La efigie del Señor es obra singularísima de Martínez Montañez, siendo opinión de tan gran artífice ser la mejor de las ejecutadas en su vida, demostrándolo así sus demostraciones que siempre que salía esta cofradía, acompañado de sus amigos, se presentaba por las boca-calles al encuentro de la efigie, admirando haberla ejecutado tan expresiva y devota que, según su opinión, parecía iba á marcar sus pasos. El escudo de la hermandad es el de la Merced, con la corona de espinas y los clavos por remates, la lanza y la caña detrás atravesada, el martillo y las tenazas á los lados.—*Sagrado De-*

la cual dejamos en el anterior *boceto* presa de inmensa expectación ante el tránsito de las

creto de la Santísima Trinidad, Santo Cristo de las Cinco Llagas y Nuestra Señora de la Esperanza, fundada en 1535. Iglesia de la Trinidad. Esta cofradía lleva dos pasos: el primero representa el Adorable Decreto de la Santísima Trinidad al lado de la persona del hijo; se representa la Iglesia; al lado de la persona del Padre está la Fe, recordando lo que tuvieron los antiguos patriarcas, los cuatro doctores de la Iglesia, y al frente una palma símbolo de la victoria y pendiendo el Amor Divino representado en forma de ángel. En el otro paso va el Señor crucificado, titular de la hermandad, de cuyas cinco llagas salen hilos de sangre que recoge en un cáliz la Magdalena arrodillada; á los lados del Señor se hallan la Santísima Virgen, San Juan de pie y las dos Marías arrodilladas.

»El Viernes Santo es costumbre que salgan las cofradías siguientes: *Jesús Nazareno, Santa Cruz de Jerusalem y María Santísima de la Concepción*, fundada en 1564. Iglesia de San Antonio Abad. En el primer paso aparece el Señor llevando sobre sus hombros una preciosa Cruz. En el segundo van las efigies de Nuestra Señora y de San Juan.—*Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso*, fundada en 1481. Parroquia de San Lorenzo. El primer paso ostenta la efigie del Redentor con la Cruz al hombro. Ocupan el segundo paso las imágenes de la Santísima Virgen y de San Juan. Las imágenes de ambos pasos y la peana del paso del Señor son de gran mérito y son obras del inmortal escultor religioso Montañez. El escudo que usa la hermandad es la cruz de San Juan y las armas reales.—*Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la O*, fundada en 1560. Del barrio de Triana. En el primer paso se ve á Nuestro Padre Jesús Nazareno con una magnífica cruz de carey al hombro. En el segundo va la imagen de Nuestra Señora de la Expectación. La efigie del primer paso es obra de Roldán. El escudo que usa esta hermandad es la O.—*Sentencia de Cristo y María Santísima de la Esperanza*, fundada en 1590. Parroquia de San Gil. En el primer paso aparece Pilatos en su Tribunal en aptitud de pronunciar

cofradías. El desfile ha sido interminable: cruces, guiones, estandartes, esculturas de

la sentencia condenando á muerte á Jesús. En el segundo va la imagen de la Santísima Virgen. Las imágenes del Señor y la Santísima Virgen son obra del escultor religioso Pedro Roldán. Su escudo en uso es un ancla con la mitra y báculo atravesado.—*Santísimo Cristo de la Salud y Nuestra Señora de la Luz en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades*, fundada en 1550. Capilla de la Carretería. El primer paso representa el Triunfo de la Santa Cruz. El segundo, el Calvario en el momento de llegar los Santos Varones para recoger el cuerpo del Señor. Esta cofradía se ha aumentado con un magnífico paso, que representa á Nuestra Señora de la Soledad, llevando rico manto y saya de terciopelo, bordados en oro, palio con columnas salomónicas, techo y caídas también de terciopelo bordado en oro. Además el cuerpo de Nazarenos ostenta ricas túnicas de terciopelo, con escudos bordados en oro y cordón del mismo metal. El escudo de esta hermandad se compone de la Cruz de Santiago, sobre ésta su círculo que tiene en la parte superior la Tiara y las dos llaves, y en la inferior el *Charitas*, en el centro el monte Calvario con las tres Cruces y las escaleras, y al pie de la Cruz las armas de los Duques de Montpensier.—*Nuestro Padre Jesús de las tres Caídas y Nuestra Señora del Loreto*, fundada en 1605. Parroquia de San Isidoro. En el primer paso va Nuestro Padre Jesús caído en tierra y el Cirineo en actitud de ayudarle á levantar. En el segundo aparece la Santísima Virgen acompañada del apóstol San Juan.—*Santo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón y María Santísima de Monserrat*, fundada á fines del siglo XVI. Parroquia de Santa María Magdalena. El primer paso conduce á San Isaias, profeta. El segundo representa al Señor crucificado en el instante de ofrecer el Paraíso al Buen Ladrón. El tercer paso ostenta á la Santísima Virgen. La imagen del Señor y de la Santísima Virgen es obra de Juan Martínez Montañés. Esta hermandad estrenó el pasado año túnica de raso y un sin pecado bordado en oro. Su escudo es un monte con las tres Cruces y la sierra.—*Sagrada Mortaja de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de la Piedad*, fundada á mediados del si-

singular mérito, penitentes con lujosas túnicas, luces de todos tamaños y hachas de varios colores, producen notas brillantes de luz y de color que se destacan en las espesas sombras producidas por el crepúsculo.

Los diputados de las cofradías se adelantan á la suya respectiva, para pedir la venia de la majestad que preside el desfile: la egregia Señora la concede, y aparece otra hermandad con imágenes, penitentes y atributos parecidos á los que ya han pasado. Una trompeta lejana anuncia la llegada de la que aún está distante; su ronca voz causa sensación rara, dado el ambiente que allí reina. Cuanto nos rodea es inmenso, anómalo, suntuoso; hay tanta majestad en todo, es tan imponente aquel desfile de imágenes, que el espíritu más impío se siente dominado por algo muy tenue é intangible, pero avasallador, que dobléga las energías y re-

glo XVI. Parroquia de Santa Marina. El único paso de esta Cofradía representa á Nuestro Padre Jesús descendiendo de la Cruz; la Santísima Virgen, San Juan, las Tres Marías y los Santos Varones reunidos en el Calvario en actitud de envolver el cuerpo de Jesús en el sudario para colocarlo en el sepulcro.—*Nuestra Señora de la Soledad*, fundada en 1656. Parroquia de San Lorenzo. Este paso lo representa sólo la Santísima Virgen, llevando detrás su rico y vistoso dosel del mayor gusto en su construcción y bordados. El escudo de esta Hermandad es el monte Calvario con la cruz, la corona de espinas y dos palmas.»

sistencias de los incrédulos, despertando adormecidas reconditeces. El *paso de Nuestro Padre Jesús descendiendo de la cruz en el Misterio de la Mortaja y María Santísima de la Piedad* acaba de aparecer por la calle de las Sierpes. Encapuchados penitentes marchan procesionalmente, y apoyan en el cinto los pesados hachones con cierta solemne marcialidad. Luces eléctricas, de gas, torrentes luminosos producidos por montes de velas, hachas y linternas, proyectan fantástico claro oscuro, sombras acentuadas, y vigorosas notas de luz que se esparcen por los absortos rostros de una multitud inundada de cultos, fanatismos, devociones y hasta idolatrías. El Sagrado *paso* desfila por delante de los estrados que están á la *vera* del Ayuntamiento. Las sevillanas aparecen en aquel instante solemne en todo el esplendor de su belleza; no la produce el lujoso prendido, ni las flores que esmaltan los negros cabellos, con sin igual arte, ni el voluptuoso mirar de sus ojos, ni el dulce acento con que modulan gritos, risas y palabras; no, es que aparece la Madre de Dios, y sienten todo el fervor de sus creencias, fundidas en esa eterna aspiración á lo bello, patrimonio de toda mujer andaluza; es que los esplendores de un culto más *visto* que sentido, hace vibrar todas las fibras de su alma; es que

el inmenso caudal de ternura y pasión que inunda su sér, se desborda ante los esplendores del culto, la belleza del arte, los acordes de la música, la majestad de aquel momento y los perfumes de los ribereños jardines que trae cálida brisa. Ante este concurso de sensaciones; ante el recuerdo de la Pasión de su Dios y de su Virgen; ante su representación tangible, la mujer sevillana se siente transfigurada, hermosísima, rebosando poesía, religión, amor divino y exaltación infinita. En el momento solemne en que la Imagen da frente al palco regio para recibir el acostumbrado saludo y acatamiento que la Majestad católica rinde á la Majestad celeste, entonces, cuando las músicas entonan la marcha fúnebre de Chopín, y las notas de armonía se asocian confusamente con afectos, cultos y sensaciones; entonces, también, siente María de la Piedad congoja inmensa, opresión en el corazón y angustia infinita, desvanecida al fin por lágrimas bienhechoras que se deslizan por de su delicado rostro. No sólo ella siente emoción; no sólo ella rinde culto á estas manifestaciones más ó menos vistosas y decorativas, pero siempre solemnes; también enmudecen rostros varoniles; también se emocionan al ver el *Misterio de la Mortaja*, cuyas figuras reproducidas por el cin-

cel divino de Roldán, parecen ahora animarse ante el fervoroso respeto de un pueblo que *siente* la divina presencia de su Dios. Sí, también atezados rostros se extasían al contemplar admirables imágenes vestidas con blancas túnicas, la aflicción de la Divina Madre, la corona de siemprevivas que cae desde la cruz y corona su frente, en fin, al contemplar los primores del arte, y de la naturaleza, y los misterios de la religión. También el rudo campesino ó el maldiciente contrabandista que ayer en la bravía sierra defendió á tiros los fardos de tabaco; también hoy se limpia con la manga de su burda chaqueta una lágrima que escalda el tostado rostro, al oír apasionada y penetrante voz que pide á María Santísima misericordia en sus tribulaciones y *quejumbres*, ó el arreglo de ¡Dios sabe qué íntimo asunto! con esta saeta:

¡Madre mía del Rosario!
Si no me das un consuelo
van á doblar las *matracas*,
porque yo me estoy muriendo.





PROCESIÓN DE LA MACARENA



EL nuevo día ilumina ajadas túnicas de penitentes que acompañan á las cofradías de madrugada. A la solemnidad del espectáculo que acabamos de presenciar en el anterior *boceto*, ha sustituido un abigarramiento informe que caracteriza con acentuadas notas de color el culto que rinde el pueblo á imágenes de su más particular devoción. Ya se disiparon las sombras de la noche; ya las luces de la plaza de San Francisco no iluminan el numeroso concurso que respetuosamente presenciaba el tránsito de las cofradías; ya desfiló al frente de los armados, su centurión ó capitán el *Chivo*, entre dos pajes conduciendo hachas de cera para mayor *iluminación* y lucimiento del mag-

nífico traje y armadura que viste, cuyo coste hace subir á 3.000 duros la voz popular; ya la lucida escuadra de gastadores que precede á tan *majo* capitán, se mece con gracioso balanceo que pudiéramos llamar procesional, al son de la *charanga* de legionarios, á cuyos acordes se crecen los del S. P. Q. R., y aumenta la imponente marcialidad que los distingue; ya pasaron también niños vestidos de angelitos, conducidos por sus señoras madres, y muy señoras mías, las cuales, suelen llevar el simbólico cordero ó borrego, al natural, la alita que por falta de cola se desprendió de las espaldas de la criatura, ó algún otro atributo simbólico; ya también pasó *La Fe*; es decir, una muchacha que iba vestida de Fe, según oí decir, pues vergonzosamente debo confesar que ignoraba el corte del tonelete asignado á esta virtud; la Fe, decíamos, también pasó entre dos soldados de caballería, plazas montadas del 2.º escuadrón, pero que en aquel momento actuaban de dragones, á pie, y con sable desenvainado, no sabemos si para guarda y mayor prestigio de la virtud que escoltaban, ó en son de amenaza contra los impíos que no la rendían el debido culto; en fin, los alardes y decoraciones de la tarde anterior ya han pasado, y el nuevo día ilumina las tortuosas callejas y en-

crucijadas de los barrios más extraviados, así como los variados cuadros de género que ofrecen las inmediaciones de la parroquia de S. Gil.

Próximo á la puerta de la Macarena, se alza esta antigua mezquita, que aún ostenta vestigios mudéjares y restos de las obras llevadas á cabo en las postrimerías del siglo XIII y comienzos del XIV. Poco conserva, en verdad, de las donaciones y favores que la dispensó el Rey Justiciero; pero aunque haya perdido su esplendor pasado, siempre queda envuelta y realzada por la leyenda y consejas que se atribuyen á esta collación é iglesia. En una de las novelas más populares del fecundo Manuel Fernández y González, cuya reciente muerte aún lloramos, se supone que en el atrio de la iglesia que tenemos ante la vista, mandó enterrar vivo el rey D. Pedro al arcediano de San Gil, el cual, según parece, resultó uno de los mayores bandidos de aquellos benditos tiempos.

En esta parroquia de San Gil, y en su plaza, espera la llegada de la Virgen de la Esperanza un público que se agita, fanático, delirante, frenético, imposible, en estado de la más irreverente piedad, y de la exaltación religiosa más deplorable. La humana marea nos arroja; atruenan nuestros oídos, juramentos, gri-

tos, elogios, imprecaciones, frases de súplica, adjetivos de color local, é interjecciones de más subido color: la viviente avalancha, empuja, destroza, pisa, rompe, magulla, lo mismo á las honradas vecinas del barrio, ó á las devotas huertanas, que á las mujerzuelas de vil condición, las cuales también acuden, gritan, rezan, empujan, cantan saetas, implorando Misericordia Divina; y después que han entrado á la Sagrada Imagen en el templo, tratan de derribar la cerrada puerta, con acompañamiento de voces, patadas y otros excesos que omitimos, pues no profesamos demasiado afecto á ese realismo tan del gusto de paladares enfermos ó estragados. No podemos ni queremos seguir en foco tan mal sano y *alterado*, pues á la verdad nos hallamos maltrechos y doloridos; mas para que el lector no ignore interesantes detalles de tan típica hermandad, vamos á copiar la pintoresca descripción que hace nuestro muy querido amigo el barón de Fuente-Quinto, en un galano artículo, que si mal no recordamos, se titula: "Recuerdos de Sevilla." Dice este distinguido poeta y periodista cordobés, describiendo cuadros de Semana Santa:

"Pero ninguno tan original y característico como el que ofrece la procesión de Nuestra Se-

ñora de la Esperanza, vulgarmente la Macarena, que sale de la iglesia de San Gil, una antigua mezquita, á las doce de la noche del Jueves Santo, y no vuelve á entrar en ella hasta la mañana del Viernes, invirtiendo todas esas horas en recorrer las calles de Sevilla y hacer estación en la Catedral.

Los cofrades son hortelanos en su mayoría, y tienen una devoción fanática por su Virgen; no hay ninguno que no le tenga consagrado un cuadro de su huerta, y todo lo que produce lo que allí se cría, es para contribuir al culto.

La Virgen es una admirable escultura de Roldán; la cara es la de una mujer hermosa, morena; un tipo sevillano en toda su pureza; la Macarena la llama la gente del barrio en que está la iglesia de San Gil, que se dejaría matar por su Virgen. La visten con riquísimo manto de terciopelo verde bordado de oro, y cuando llueve, la ponen un impermeable.

Los cofrades van vestidos con túnicas blancas, algunas muy encañonadas y llenas de puntillas y con esclavinas y caperuzas verdes.

Cuando la Virgen, después de haber recorrido en procesión durante la noche casi toda Sevilla, entra en su barrio á las primeras horas de la mañana del Viernes, parece que se vuelven locos de alegría todos los vecinos.

Echan piropos á la divina imagen:—¡Olé, las vírgenes bonitas!—¡Esta es la verdadera madre de Dios!—¡Vivan las vírgenes morenas y buenas mozas, que valen más que todas las vírgenes del mundo!—¡Viva tu gracia!—¡Que te vuelva yo á ver otro año con salud, morena mía!—y otras frases por el estilo.

De pronto, en el quicio de una puerta, en un balcón, en una ventana se levanta una mujer, hace una seña, la procesión se detiene y la devota dirige á la Virgen una *saeta* pidiendo fervorosamente lo que desea, la salud del enfermo, la vuelta del ausente y algunas hasta intervención en sus asuntos particulares, y especialmente en sus amores y en sus celos.

Antes de entrar la imagen en San Gil, la vuelven para que salude al público que llena la plaza. Hay entonces un momento de delirio.

—Adiós, virgen mía.

—Hasta el año que viene.

—Un poquito más.

—Que se vuelva otra vez.

—Bendita seas.

Estas voces llenan la plaza, hasta que por fin, la imagen penetra en la iglesia.”





¡ALELUYA!

I

E acerca el momento supremo de celebrar la Resurrección del Hijo de Dios. El desenlace del drama del Gólgota va á ser conmemorado por la Iglesia toda con el esplendor y pompa del culto católico. Las ciudades andaluzas rinden particular devoción á este solemne momento de la Pasión, y la de Sevilla lo hace cual ninguna.

La naturaleza se vestirá de fiesta, la vega aparecerá ante la ciudad de Almutamed-Ben-Abbad cual espléndido tapiz esmaltado de los más variados tonos verdes; los árboles ya en flor, ofrecerán sus primicias primaverales, y hasta las macetas de modesta alfarera de

Triana al lucir sus primeros capullos y exhalar sus perfumes más delicados, formarán parte del himno con que la naturaleza toda festejará á su Creador en la solemnidad de la Pascua.

El cansancio del Viernes Santo, con sus oficios religiosos y sus procesiones, ha rendido á la muchacha sevillana, que guarda las galas propias del día y prepara para el siguiente blanca mantilla de casco y traje de alegres colores. También ella ha de asistir á los oficios de la Catedral, también ella tomará parte en el coro de alegría que entonarán en lenguaje desconocido, pero de elocuencia inmensa, campo y ciudad, aves y flores, y hasta el sol, que brillará como no brilló otros días; entonces, cuando las torres más altas lancen al espacio con estruendoso campaneó el "Gloria á Dios en las alturas," entonces también entonará María de los Milagros, desde el fondo de su alma, himnos de gloria al Altísimo, y surgirán de su alma pura gérmenes desconocidos, inconscientes anhelos y alegrías inmensas cual los aromas que al abrirse exhala temprana violeta.

*
*
*

Desde las primeras horas del día se están

preparando los regidores para acudir en comisión á la fiesta de la Catedral. Para Su Ilustrísima, la mañana también es ocupada; tiene que officiar de pontifical; las mejores ropas y los más lujosos ornamentos salen de las inmensas cajonerías. El peluquero tarda, y los familiares jóvenes que desean rizarse el pelo, esperan impacientes. Por fin Su Ilustrísima, seguido de los ya rizados familiares, baja la escalera que restauró el buen Fr. Miguel Ramos en tiempo del magnífico Sr. D. Juan de Palafox; con semblante bondadoso y apacible, extiende los gordiflones dedos de la blanquísima y bien cuidada mano, y bendice á los curiosos que presencian su paso desde el Palacio Arzobispal á la contigua puerta de la Basílica.

El templo está hecho un ascua de oro. Discurren presurosos de acá para allá canónigos que arrastran las erugientes colas de sus capas de ricas telas; su excesivo lujo y compostura excita la murmuración de los maliciosos, y más aún de las maliciosas, las cuales no comprenden que atildamiento tanto sólo se debe al decoro de la clase, y para mayor esplendor del altar. Una murmura: *si D. Benigno el canónigo de la calle de Chapineros se viste demasiado; ésta se escandaliza de los chismes que corren contra tan buen señor*, y añade la otra, *si deja de*

mirar ó mira más de lo que permite la regular contemplación de la criatura, como obra perfecta de su Creador, á *Sagrario*, la pequeña de D.^a *Frasquita*; todo esto, con acompañamiento de suspiros, ¡*Válgame Dios!* y frecuentes ¡*Jezú, Jezú!*

Los fieles aumentan, las anchurosas naves se van llenando, y al ensayar el organista la agilidad de sus dedos, lanza notas de agudo trompeteo que llegan hasta los flamígeros antepechos y se disipan en las ojivas arquerías.

Unos van á saciar su curiosidad inmensa, contemplando ternos, ornamentos y otras vistosas pompas del culto; los aficionados á la buena música quieren aprovechar la ocasión que se les presenta de oír al célebre bajo Bronconi que se ha comprometido con el cabildo á cantar el *Exultet jam angélica*. Por la puerta del Perdón acaban de entrar las *Cabrer*as hechas un brazo de mar; y la verdad es, que hay que mirarlas, porque las niñas parecen capullitos de rosa. Algunos ¡*Bendita sea!* se oyen *sotto voce*, crujen las sedas, suenan los rosarios y las quincallas de diges y pulseras. Ya se colocaron en el sitio más visible, no sin recibir, por supuesto, las maldiciones de un sembrado de viejas; ya comienzan las hostilidades y se cruzan los primeros tiros; ya por parte de ellos

y de ellas el fuego es graneado, y ya se lanzan miradas de tal fuerza que son capaces de derretir cuanto encuentran en su peligrosa trayectoria.

El turista quita la devoción á las devotas con sus irreverentes curiosidades y paseos, y á él se la quitan hermosísimas mujeres que le dirigen miradas con no demasiado enojo. Aparte de esto, todos ó casi todos están con la devoción *consiguiente*. En el altar mayor se verifican las ceremonias que marca el ritual del día; el organista saca sus más melífluos y aflautados registros, y los maestros de capilla y artistas de favor lucen sus facultades. Los sacerdotes exhiben rizadas albas con primores de mongil desvelo, y el pueblo sigue con más curiosidad ó indiferencia que devoción, los rezos del divino oficio; éste termina, Su Ilustrísima regresa á Palacio y los fieles esperan en la puerta á las que quizá no lo sean tanto. Aquel primer número del programa del día ha terminado; á otro, pues, que lo pasado, bien poca cosa dejó tras sí.

II

En la antigua Sevilla, donde la tradición señala el sitio que habitaron los almohades

más principales y los guerreros y magnates más honrados por aquel Yusuf-Ben-TeXfin, vencedor de Alfonso VI; en una de esas placetas que parecen ser término de las cien tortuosas callejas que en ella desembocan, se levanta un alminar con graciosos ajimeces ornados de almocárabes y alizares, y rematado por un campanario con espadaña y cruz, que ha sustituido á la media luna. Ayer se veneraba el Korán en lo que fué mezquita fundada por Ben-Abbad; hoy se adora la cruz, y sirve de asilo y retiro á una antiquísima comunidad de religiosas, que desde los tiempos de la Reconquista viene perpetuándose en el mauritano alminar y en el contiguo edificio.

Cuesta trabajo dar con la puerta, pero al fin se encuentra en un callejón que parece no tener salida alguna.

Al penetrar en el templo se nota sensación rara; da en el rostro un ambiente vetusto, como cuando abrimos esos viejos libros benedictinos de doradas unciales, y de capitales festoneadas con pinturas de paciencia inverosímil. Algo impalpable, pero muy penetrante inunda al organismo de enervamientos, de somnolencias, de abstracciones de la realidad y de algo que nos parece sobrenatural. Allí percibimos afinidades de otro mundo; senti-

mos contactos inmateriales; llegamos al umbral de otra vida; estamos, en fin, en la iglesia de las monjitas de Santa Teodora.

Están celebrando los oficios del Sábado Santo; tras el coro bulle toda la comunidad, formada por quince monjas, tres novicias, ocho niñas que reciben educación y cuatro legas, con el suplemento de un viejo demandadero y otra demandadera mas vieja aún.

Desde el principio de la Cuaresma están ensayando las novicias y algunas educandas los salmos que han de entonar en este día. La víspera ha sido para ellas un día de gran preocupación. Poco después de media noche entra la maestra de novicias en las celdas de éstas y en el dormitorio de las educandas, llama á las elegidas con cuidado para no despertar á las pequeñas, y en la ropería las hace cambiar el traje que ordinariamente usan, por el hábito blanco de merino; las pone el escapulario con la cruz de la orden y ciñe blancas tocas sobre aquellos ojos mal despiertos, que apesar de la satisfacción, los entornaba el exigente sueño. Los angelitos al verse vestidas de monja, se penetraron de gravedad y gozo, y en sus caritas, que la toca hacía ovaless, se reflejó inflexible dicha. Asistieron á maitines con el resto de la comunidad, y cuando entramos en el

templo se perdían sus infantiles vocecitas por las arquerías que forman la techumbre de la antigua mezquita.

Oficia en el altar mayor el anciano capellán de las monjas, ayudado por otros dos sacerdotes contemporáneos suyos, de caritativos sentimientos, pues, ¡quién que no los tenga ha de asistir á las pobrecitas monjas que viven de limosna! En la iglesia no hay un solo devoto; los oficiantes, la comunidad y nada más; por eso el templo me pareció inmenso; por eso allí *todo era iglesia*; por eso, también, se estaba más cerca de Dios.

Las profecías que canturreaban el celebrante y diácono, según los rezos del día, eran repetidas en el coro á canto llano. Aquellas profecías que apenas pronunciaban balbucientes labios de ancianos y que *ganguaban* luego las religiosas, eran dichas con tal sinceridad y compunción, y repetidas con tanto fervor y entusiasmo, que á pesar de ser dichas por ancianos decrepitos, por niñas inocentes y pobres mujeres, llegaron derechas á mi alma, y las escuché y creí con verdadero fervor y religiosidad; me impresionaron como nunca habíame impresionado la pompa del culto ni el esplendor decorativo de sus atributos. Allá, en el templo suntuoso, que compite en magnifi-

encia con los más soberbios de la cristiandad, la fiesta religiosa era, para unos, un precepto cumplido; para otros, una obligación desempeñada; una curiosidad satisfecha para éstos, y para los más un sitio de concurrencia á donde también concurrían. Nada flota allí, nada resta, ni el alma se eleva á su Creador, ni en el espíritu queda consuelo ni placidez alguna. Por el contrario, aquí, en el humilde cenobio, sin pompa ni esplendor alguno, en un rincón de Sevilla, ¿qué digo de Sevilla? del mundo; ¡cuánta sinceridad! ¡cuánto entusiasmo! aquí, sobre todo, domina la fe; por eso aquí surge la verdad filosófica y la verdad cristiana; por eso también surgen la religión, sus misterios, la figura colosal de Jesús, tan grande como el mundo, y el admirable drama de su Vida y Pasión redimiendo á la humanidad.

*
* *

Después de la bendición del agua se cantaron las letanías. Oficiaban las educandas de acólitos, y hacía gracioso contraste el encantador *ceceo* con que á fuer de buenas andaluzas pronunciaban los graves salmos latinos. La cantora manejaba con tanta soltura como maestría su penetrante voz de *soprano*, y lan-

zaba notas llenas de ardiente sentimiento que reflejaba el estado de su alma, inundada de fe, entusiasmo y ternura. Aquella voz conmovió las fibras todas de mi sér; por eso, cuando cantó con dulce acento de súplica el versículo de la Letanía, *que á nosotros mismos te dignes fortalecernos y conservarnos á tu santo servicio*, inconscientemente articularon mis labios un *rogámoste* tan sonoro y escandaloso, que sin duda alarmó al monjil concurso, y debió parecer un tanto profano á la divina cantora, que divina era por cierto. Siguiéron los *Kiries*, acompañados de infantiles y simpáticas voces, y siguió la misa hasta llegar al momento solemne en que el anciano sacerdote, con todo el fervor de su espíritu cristiano, entonó el *Gloria in excelsis Deo*.

Lo que siguió luego, solo podrá comprenderlo el que haya sentido inundaciones de felicidad, goces supremos y alegrías inmensas, cual entonces yo sentí. El órgano vertió raudales de armonía sobre aquel vasto recinto; el metálico vocerío de las campanas lanzadas á vuelo desde el alminar, llegaba hasta el templo con *sones* de felicidad; las campanillas del coro parecían decir ¡aleluya, aleluya! cual las esbeltas novicias que las tañían, también gritaban ¡aleluya, aleluya! exaltadas por divino

amor. Al descubrirse los altares, aparecieron retablos góticos y magníficos cuadros de la escuela sevillana, iluminados vigorosamente por haces de sol y torrentes de luz que penetraba, después de larga clausura, por los pintados vidrios; y el incienso, que desde el presbiterio subía hasta el coro, formaba ondulantes nubes, sobre las cuales parecía que iban á subir á la Región Celeste las vírgenes del Señor.

* * *

Al cruzar luego por las calles de Sevilla, experimentaba íntima satisfacción y serenidad de espíritu cual há tiempo no sentía. No he vuelto más al alminar mudéjar; pero siempre que evoco este grato recuerdo, siento una lágrima de gratitud, por aquellos bienhechores momentos. Entré allí como artista que va en pos de impresiones: salí como cristiano, con la grata placidez producida por la aproximación de esas conciencias tranquilas que siempre contagian. ¡Benditas conciencias y bendito contagio! Deste entonces creo que en la vida, vale más que un ostentoso *Gloria* de catedral, el modesto *aleluya* de unas monjitas.



Algunos de los señores de España
estaban ya en el punto de salir
de sus casas para ir a la guerra
y algunos de ellos ya estaban en el
campo de batalla. Los señores de
España se habían dividido en dos
partes: unos que querían ir a la
guerra y otros que querían quedarse
en casa. Los señores de España
se habían dividido en dos partes:
unos que querían ir a la guerra y
otros que querían quedarse en casa.

Los señores de España se habían
dividido en dos partes: unos que
querían ir a la guerra y otros que
querían quedarse en casa. Los
señores de España se habían dividido
en dos partes: unos que querían
ir a la guerra y otros que querían
quedarse en casa. Los señores de
España se habían dividido en dos
partes: unos que querían ir a la
guerra y otros que querían quedarse
en casa. Los señores de España
se habían dividido en dos partes:
unos que querían ir a la guerra y
otros que querían quedarse en casa.



EJECUCIÓN DE BAILES DE LA TIERRA

A MANOLITO ROJAS, CANTADOR Y CALESERO CORDOBÉS



CABAN de comer los huéspedes del hotel de ***; pero esta noche, en vez de dirigirse á sus habitaciones ó á la calle, todos toman contraria dirección;—¿qué sucede?—preguntamos á una camarera de rostro picaresco, la cual apesar de la cofia y del afrancesado delantal que se despegan de su marcado tipo trianero, pronto da á conocer que comenzó su carrera sirviendo en la respetable profesión de pitilleras del reino.—¡Naa! que esta noche hay juerga.—¿En donde?—Aquí, señorito—añade un marmitón;—es una *miajita* de cante y baile que vamos á tener, *pa* que los *franchutes* sepan lo que es *eso*.

Nosotros también nos dirigimos á ver *eso*; pero en mal hora se nos ocurrió asistir á uno de tantos espectáculos como se celebran en los hoteles, pasada la Semana Santa, para que los extranjeros *conozcan* los bailes del país.

El denominado jardín del hotel estaba iluminado con farolitos de papel, que debieron estrenarse cuando las fiestas de la batalla de Alcolea, y cubierto de hileras de sillas que formaban círculo en rededor de los protagonistas de aquella fiesta popular de... Majadahonda, por ejemplo, ó de cualquier otro paraje que diste cien leguas, por lo menos, de tierra andaluza.

Los extranjeros contemplaban absortos unos tipos, que sin duda se les antojaban de mucho carácter y subido color local. Sólo ellos podían mirar con calma los inverosímiles majos de pandereta que teníamos delante, vestidos con ridiculos marsellés, calzonas de colores provocativos y prendas de notoria impropiedad cual suelen acompañar á estos trajes, cuando no son fiel trasunto de aquellos, que no há muchos años, aún usaba toda la gente neta y apegada á los usos y costumbres de la *tierra*. Ellas, vestían también trajes, que lo mismo podían ser nacionales de Nueva Celandia que de Sevilla; lucían las piernas envueltas en *maillots*, ó mejor polai-

nas de subido matiz carnosos, y otros avíos de análogo jaez. Las desdichadas se asemejaban más á esas acróbatas que en las barracas de las ferias anuncian títeres y fenómenos nunca vistos, con acompañamiento de recios tamborilazos ó desgarrador organillo, que á las gentiles serranas que, según "El Solitario," imponían la moda para todo el año en la famosa feria de Mairena del Alcor, "universidad de los trajes y costumbres de Andalucía en toda su pureza, sin mezcla de arrendajos de vestimentas ni de usos advenedizos de allende el mar, ni allende los Pirineos." (1) Comprendemos que visiones tan provocativas exciten la justa indignación de los españoles amantes de la pureza de usos y costumbres, sin adobo ni mistificación pecaminosa; y no nos extrañará que el día menos pensado cierre alguno contra la turba de adulterados bailadores y cantadores, y sin la menor premeditación ni alevosía, sino llevado no más de legítimo y justificado furor, se bañe en sangre de mamarracho y adefesio.

¡Ah pobres diablos! ¿Qué sería de vosotros

(1) Esta cita, así como algunas noticias de bailes antiguos, están tomadas de los donosos artículos «La feria de Mairena» y «El Bolero,» del erudito D. Serafin Estébanez Calderón.

si levantarán la cabeza los Almendros y Quintanas, famosos maestros de baile de los Felipes? ¡Qué aporreo habíais de llevar de los inventores del bolero, ya sea el caballero Don Sebastián Cerezo ó el calesero sevillano Antón Boliche, así como su reformador, el nunca bien alabado Requejo! ¡Qué pescozones os darían, también, el tocador de guitarra y maestro Gorito, el Rondeño y el Pollero! ¡Y con qué rosario de apretados pellizcos habían de castigar vuestras pecadoras carnes, la Celinda, Antonia Prado, la Almanzora y la sin par Caramba! Deshonráis á los antiguos bailes *la Chacona, el Rastro, la Zarabanda, el Zorongo, las Tiranas, el Mate-la-Araña, el Pasuré, el Olé* y otros más con los cuales se jalearon, retozonas, nuestras abuelas, aunque sin faltar á la honestidad consiguiente. Deshonrado habéis, sí, tan venerables danzas, que avergonzadas se vuelven á los empolvados manuscritos que cantan sus pasadas glorias; y excitáis además la indignación de las modernas *Seguidillas, Granatinas, Fandangos, Sevillanas y Jotas*, que hoy mistificáis sin el menor pudor ni conciencia. Os dejo que deleitéis con vuestras ridículas cabriolas y lastimeros ayes, á esos infortunados extranjeros, los cuales al volver á su país, contarán que han oído cantes de la tierra y presencia-

do bailes de palillos, muy convencidos que han visto España y que conocen Andalucía palmo á palmo. Verdad es que apenas habrán salido del hotel, curioseando algún tenducho de anticuario que les vende antigüedades fabricadas la vispera por la tarde, ó asistido á una corrida de toros con caballeros en plaza y seis novillos para el Cacheta, la Fragosa y... los aficionados. Deleitad á esos extranjeros que dan á conocer nuestro país á Europa entera; ¡ellos! que hasta cuando viajan lo hacen en *sleeping-cars*, que es lo mismo que no viajar por España, pues ni hablar oyen siquiera en español, en vez de meterse en un coche ordinario para conocer y estudiar los tipos nacionales, que no dejan de ser dignos de conocimiento y estudio.—Sobre este particular remito al lector á un discreto artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana*, por el autor de *El Pañuelo Blanco*.—

Dejémosles, pues, gozar y entusiasmarse con las danzas y danzantes en cuestión; y si llegan estos apuntes á las manos de algún vecino de «allende el Pirineo ó de allende los mares,» después de saludarle con la cortesía que se usa en esta hidalga tierra del garbanzo, permítanos le contemos—nos dirigimos á la generalidad, pues admitimos y conocemos ex-

cepciones, pero al fin excepciones—que la España que han creído ver es una España de guardarropía, con atributos de guardarropía también, con antigüedades de la *última hornada*, con historietas y consejas dignas de contar á hijos del Celeste Imperio, y con personal femenino, como abunda en todas partes, convenientemente preparado según los fines ó exigencias que requiera el argumento del drama, comedia ó entremés que se forje el consumidor.

En fin, que á semejanza de *las cascadas iluminadas á giorno, torniquetes á la entrada de los ventisqueros con sus porteros suizos y cazadores que al caer el viajero le preguntan con la mayor finura si trae equipaje; á semejanza de estas y de otras galejades que Bompard hizo creer al admirable Tartarín de Daudet, así también la generalidad de los compatriotas del héroe Tarasconés, creen á pies juntillos haber visto un país forjado *ad hoc* con ayuda de los socarrones Bompards de por acá, que nunca faltan. No es esto lo malo, pues cada uno es dueño de hacer la composición de lugar que más le divierta, sino que vuelvan á su país contando enormidades y fantasías, cuyo éxito depende del grado de candidez é ignorancia del público que las lea. Ni las condiciones y faltas que nos atribuyen son las*

nuestras,—conste que no pretendo discutir este punto, pues quizá saliéramos perdiendo si nos conocieran mejor,—ni nuestras costumbres son las que suponen, ni *esto es aquello*. A buen seguro que muchos no escribirían lo que escriben si supieran el ridículo en que caen, al referir con la mayor seriedad del mundo *cosas de España* que ningún español conoce.

Pero dejemos que trague y digiera en paz media humanidad las humoradas que la otra mitad se cuida de propinar, y confortemos nuestras aficiones á los clásicos usos y maneras, ante un humeante plato de loza de Triana, en que campean calamares rellenos, rica pescada y acedía sabrosa; contemplemos con fruición los *crystalitos*, que irradian matices de ópalo y oro, producidos por soleras de *caliá*, y solacémonos honestamente en la honrada compañía de la *Ricitos* y el *Nene*, dos *cañís* hermanos de padre y madre, tocador él y bailadora ella, fieles guardadores de la tradición, y dignos imitadores de aquellos que hicieron del baile y cante un divino arte; de aquellos que recibían universal homenaje y eran acatados en toda la tierra conocida desde las Vistillas de Granada, al barrio de la Viña de Cádiz, como flor de la majeza, espejo del donaire y emblema de la bizarría; de aquellos, en fin, que apa-

recerán en las edades venideras, en mármoles y bronces, con los nombres de la *Entrecejos*, *Juan de Dios*, la *Perla*, el *Fillo* y *María de las Nieves*.





SAN FERNANDO Y EL REY DON PEDRO

I

QUI yace el rrey muy onrado Hernando, sennior de Castiella, e de Toledo, e de León, e de Galicia, e de Sevilla, e de Córdoba, e de Murcia, e de Jahen, e el que conquistó toda Hespania, e el más leal, e el más apuesto, e el más granado, e el más sofrido, e el más omildoso, e el que más temió á Dios, el que más le facie servicio, el que quebrantó e destruió á todos sus enemigos, el que alzó e onró á todos sus amigos, e conquistó la cibdad de Sevilla, ques cabeza de toda Hespania, e feneció en el postrimero día de Mayo de la era de mill et CC et noventa años.

Esto mandó grabar en cuatro idiomas D. Alfonso X, nombrado el Sabio, en la losa que cubria el sepulcro de su padre el Santo rey,

que hoy se venera en la Capilla Real de la basílica hispalense.

El viajero que acude á las fiestas de Semana Santa y ferias, debe aprovechar la ocasión que se le ofrece en la pascua de Resurrección, para visitar el cuerpo del Conquistador.

Harto conocida es la historia del famoso cerco que á la ciudad puso el hijo de Alonso IX, y de Doña Berenguela, para que pretendamos repetirla nosotros; sin embargo, en tanto que los canónigos de esta capilla que estamos visitando, llegan para mostrar á la veneración pública la sagrada reliquia, vamos á recordar ligeramente algunas fechas.

* *

El 20 de Septiembre del año 1247 de Jesucristo, aparecieron ante los "muros y torres altas" que cercaban la ciudad, las avanzadas de la hueste real. Mándábala el rey D. Fernando III, el cual ya había agregado á la corona de Castilla, harto aumentada por las conquistas de sus antecesores, los preciados florones de Córdoba y Jaén, y á la sazón se proponía rescatar el más firme é importante baluarte que en España poseía la morisma. Consideróse la empresa de tal importancia, y

era tanta la fama del conquistador, que bajo sus banderas se alistaron famosos guerreros de toda la cristiandad. Seguíanle, pues, los infantes de Aragón y Portugal, todos los de su estirpe, el rey de Granada con 100 caballeros moros, el primogénito del de Baeza, el ex-rey de Caravaca Seit Abuceit, que después se llamó D. Vicente Velvis, conocido por haberle aparecido la cruz de Caravaca; los Señores de Lara y de Vizcaya, los Obispos de Córdoba, Palencia, Coria y Ávila, con buen golpe de frailes de San Benito, La Merced, Santo Domingo y San Francisco; el famoso maestre de Santiago D. Pelay Pérez Correa, los de Alcántara y Calatrava, el prior de San Juan de Jerusalem, con los caballeros de sus órdenes, así como los templarios y un crecido número de ricos-hombres, caballeros é infanzones seguidos de sus mesnadas, y de aventureros, que con villas y concejos acudían á empresa de tal renombre.

Una vez acampadas las huestes, comenzaron una serie de combates más ó menos generalizados, y no siempre con buena fortuna para las armas cristianas, pues Sevilla estaba guardada por alentados caudillos que á toda costa esforzábanse en defender tan preciado tesoro. Los hechos gloriosos de los Téllez Girón, Dávalos, Ponces, López García, Laras, Herreras

y Mendozas, y tantos como se llevaron á cabo por esforzados guerreros, figuran en las páginas más brillantes de la historia; distinguiéndose entre estos hechos de armas que se llevaron á cabo durante el sitio, las hazañas de don Domingo Muñoz, que comandaba las huestes, así como las del maestre de Calatrava D. Pelay Correa, y las del nunca bien ponderado D. Garci Pérez de Vargas. La crónica refiere la aventura de la cofia, las algaradas del forrajeo, los ataques á los castillos de Aznalfarache, —vigorosamente defendido por Aben-Aznafú, señor de Niebla, —de Gelves y Triana; y en fin, toda suerte de singulares empresas. Por el río también apretaba el cerco el Almirante D. Ramón Bonifaz, el cual se proponía á toda costa aislar la comunicación que sostenía Sevilla con la opuesta margen del río, pues por allí llegaban vituallas y mantenimientos que hacían estériles los trabajos del cerco. Para conseguir tal empresa, subió por el Guadalquivir con 19 naves mayores, y muchas menores, no sin haber vencido antes la resistencia que le oponían las naves musulmanas, particularmente el 14 de Agosto frente á Alcalá del Río, en cuyas aguas libró afortunado combate. Axataf, principal caudillo de la morisma, tuvo que retirarse á la ciudad, y el campo

del rey D. Fernando avanzó más, hasta situarse entre la ermita de San Sebastián y el río.

Poco á poco fueron consiguiendo ventajas sobre aquella ciudad que se consideraba inexpugnable, no sin que tuvieran las huestes cristianas momentos de desaliento y duda, hasta el extremo de tener el Santo rey que implorar la clemencia divina: en una de las correrías nocturnas que misteriosamente hacía á Sevilla, según afirman las crónicas, se le apareció Nuestra Señora de la Antigua. De esta milagrosa imagen, que aún se venera en una de las capillas de la catedral, cuentan que ya consolaba á los cristianos que gemían bajo el yugo musulmán, ya se aparecía al Rey, animándole en sus desalientos con esta palabra: "*Prosigue y vencerás.*" Así fué, en efecto; el Rey prosiguió con más fe que nunca después de esta visión ó alucinación milagrosa: el Almirante Bonifaz logró forzar el día 30 de Mayo las cadenas y puente que guardaba el río y unía ambas orillas; y después de varios combates, del saqueo de los barrios de Benahoar (San Bernardo) y de la Macarena, y de haber perdido los defensores de la ciudad su última esperanza, se firmaron las capitulaciones el 29 de Noviembre de 1248, día de San

Clemente. El 22 de Diciembre, aniversario de la traslación del cuerpo del Santo Isidoro, se hizo la entrada, dirigiéndose el ejército por la Torre del Oro hacia la puerta de Goles (puerta Real); en ella estaba el caudillo Axataf para entregar las llaves que hoy podemos ver en la sacristía de la catedral.

No pudo gozar mucho de su triunfo el conquistador, pues "el postrimero día de Mayo de la era de mil et CC et noventa años," según el citado epitafio, acabó su vida de tan cristiana suerte que edificó al mundo entero. Su hijo Don Alonso creó las primeras dignidades de la capilla que estamos visitando, á saber: Deán, Arcediano, Capiscol (Chantre), Prior, Tesorero, Maestrescuela. Esta capilla, apesar de las demoras que hubo para su reconstrucción, cuando se alzó la nueva catedral, al fin se terminó en 1575, y se trasladaron los regios restos solemnemente en 1579 desde el claustro de los Caballeros, en donde se había habilitado la capilla mientras duraron las obras.

*
* *

Ya el señor Canónigo ha descubierto la urna que guarda el cuerpo del santo; ya subimos las 10 gradas que dan acceso al presbiterio; ya

estamos sobre el mismo altar, y ya nos tocó el turno de acercarnos al cuerpo de San Fernando; estamos próximos á *Él*; nuestro aliento da en aquel rostro que animó la vida hace más de seis siglos, en el cual pueden apreciarse hoy los más insignificantes detalles. El Santo está cubierto con vestiduras que regaló el rey Felipe V cuando visitó la ciudad, apesar de que algunas personas aseguran que son las mismas con que le cubrieron cuando murió; pero en los anales de Sevilla (1) vemos que las ropas, así como la urna, las regaló el nieto de Luis XIV para la solemne procesión que se llevó á cabo con asistencia suya y de los Príncipes, "que llevaban las cintas de la citada urna." Cuéntase que el cuerpo estaba cubierto de piedras preciosas, á las que echó mano el rey Don Pedro para sus gastos de guerra: el viajero Ford nos da razón de una de las más famosas esmeraldas que sacó Don Pedro I de la sepultura del Conquistador, y que hoy pertenece á la corona de Inglaterra, por haberla dado el Justiciero á su aliado el Príncipe Negro, en pago de sus servicios.

(1) Archivo de la Academia de la Historia.

II

Dos grandes figuras se destacan en la historia de Sevilla; dos grandes figuras que surgen en cuantos recuerdos evocamos, que decoran la tradición y figuran en las leyendas; dos colosos de la edad media. Respetado por la acción destructora de los siglos y la no menos destructora de los hombres, acabamos de ver el sagrado cuerpo del primero á los claros rayos del sol y rodeado de la veneración de un pueblo que rinde culto ferviente á sus virtudes. El segundo es *Don Pedro el Cruel*, nombre con que vulgarmente se le conoce, y que figura entre los héroes legendarios y quiméricos, remotos unos, reales y no muy distantes otros, pero todos abultados por la imaginación popular. El famoso Rey aparece, más que otro alguno, en consejas, historias y romances; el pueblo sevillano le tiene particular afición, recuerda sus hechos como recientemente acaecidos, señala parajes que fueron teatro de sus aventuras, y disputa y abona por la caballerosidad, hombría de bien, mesura y suave condición, añadiéndole también la de aventurero y enamorado. Ni nuestra misión es juzgarle, ni tampoco nos sentiríamos nunca con la suficiente impasibilidad para formular, siquiera en nues-

tro fuero interno, criterio justo sobre los móviles que dictaron sus *justicias*, y la razón ó sin razón con que las llevó á cabo.

Su historia es bien conocida; las aventuras y anécdotas que se le atribuyen son también del dominio de las clases más populares: por eso sólo consignaremos las vicisitudes que han sufrido sus ultrajados restos. En la cripta, bajo la escalera que da acceso al presbiterio de la capilla que estamos visitando, allí descansan los del rey D. Pedro, de D.^a María de Padilla y de sus hijos D. Alonso, D. Pedro y D. Fadrique.

*
* *

Después de la fratricida lucha de Montiel, que costó la vida á D. Pedro el año 1369, estuvo su cuerpo durante largo tiempo en los muros de la villa, expuesto á la inclemencia del tiempo y á la voracidad de las aves de rapina. Al cabo de ocho años se le depositó en la Puebla de Alcocer, en cuya iglesia de Santiago siguió hasta 1446, en que fué trasladado al convento de Santo Domingo el Real, de la villa de Madrid, á instancias de la priora de dicho real monasterio, D.^a Constanza, su nieta. En este convento dieron sepultura

al cuerpo del infortunado monarca, y preces á su alma; y en él permaneció hasta la revolución de 1868, en cuya época, nosotros que habitábamos una casa frontera al demolido convento, hemos presenciado vandálicos hechos y profanaciones, que, á pesar de nuestros pocos años, nos produjeron honda impresión, no borrada á pesar del tiempo transcurrido; antes al contrario, habiendo quedado aquéllos profundamente grabados en nuestra retentiva de niño. Los huesos, que, por esta circunstancia de vecindad, hemos visto y tocado, los halló el docto Sr. Rada—según cuenta D. Ricardo Sepúlveda en su delicioso *Madrid Viejo*—en manos de un carpintero que trabajaba en las obras de demolición del convento. Este salvaje y celoso defensor de la libertad, la que por aquellos días andaba muy de moda, se entretenía con las herramientas de su profesión en arrancar los dientes de la calavera de aquel tremendo rey; con la cual había dado por el rótulo de la caja. Gracias al Sr. Rada y Delgado se recogieron, primero en su casa y luego en el Museo Arqueológico, los restos del Rey y de su nieta la priora D.^a Constanza, hasta que por disposición del nunca bastante conocido ni llorado D. Alfonso XII, trasladáronse á la cripta que estamos visitando. Aquí reposa al lado

de los suyos, en una ciudad que le rinde homenaje, á la que siempre mostró especial predilección, y bajo el cuerpo de San Fernando, por cuyas virtudes y obras quizá alcancen, de la misericordia del Todopoderoso, amparo y perdón los desmanes y extravíos de D. Pedro el de las *justicias*.



GUÍA DE SEVILLA

(APUNTES)



GUÍA DE SEVILLA

LA GIRALDA

a Giralda, poéticamente nombrada "palmera en horizontes andaluces" por nuestro Grilo, el eminente vate cordobés, es uno de los monumentos más curiosos que de la dominación sarracena se conservan en España, y de inmenso valor arquitectónico, como importante documento del estilo árabe mauritano.

En algunas ciudades del imperio del Magreb, existen también alminares de análogo estilo, llamado por algunos de transición, ó del segundo período, con bastante más fundamento por los Sres. Madrazo y Gestoso. Nosotros que hemos admirado en Marruecos varios de los citados alminares, creemos que, aunque son de gran valer y estima, ninguno reune tan majestuosas proporciones, ornamentación tan rica y primorosa, ni tan bello y grandioso con-

junto, como ofrece esta suntuosa torre, que en Sevilla admira extasiado el viajero universal.

El primer cuerpo mide 250 pies. Aparte de los sillares de su base cuadrangular, el resto es de ladrillo. Penetra la luz en el interior por graciosos ajimeces, ojivas con angrelados y arcos ultrasemicirculares, flanqueados por tableros ajaracados de gentil y caprichoso dibujo.

Por las 35 rampas que conducen á los últimos cuerpos pueden subir caballerías; tal es la amplitud de sus tramos y la suavidad de las pendientes. Se cuenta que los Reyes Católicos subieron á caballo.

Esta preciada joya arquitectónica se atribuye á la iniciativa de Jacob-ben-Yusuf, ó á la de Almanzor Jacob, por el año 593 de la egira (1196 de J. C.). También hay quien cree, más ó menos gratuitamente, que la construyó en 580 el moro Hever ó Gever, á quien también se supone autor del álgebra. Lo que parece indudable es que el citado cuerpo de la torre estaba coronado por cuatro inmensas bolas ó manzanas doradas de "ocho brazas," según la crónica del rey Sabio, construídas por el siciliano Abu-el-Laith, y que después de la conquista fueron sustituídas sucesivamente por los tres cuerpos, dórico el primero, y jónicos los segundos en que hoy se alojan el reloj, obra del lego Fr. José Cordero, y las 24 campanas que atruenan á Sevilla y á toda la vega con su metálico y estruendoso vocerío.

La altura total de la torre mide 350 pies desde su base hasta la figura de bronce. Esta

representa La Fe, mide 4 metros, pesa 28 quintales, y fué construida por Bartolomé Morrell, autor también del tenebrario y del facistol del coro de la catedral: en su diestra ostenta una palma; con la mano izquierda sostiene el lábaro y gira toda la figura sobre un perno de hierro, por cuyo giro dieron en nombrarle Giraldillo, y de ahí, sin duda, el nombre de Giralda con que el mundo entero designa y conoce el alminal de Jacob-ben-Yusuf.

PATIO DE LOS NARANJOS

En este patio, lleno de poesía, de aromas, de delicados ambientes, se evocan recuerdos bastantes para el más ambicioso artista y pensador, y surgen figuras capaces de llenar la mente del más soñador poeta.

En su espacioso perímetro se levantaba la gran Aljama, la que en tiempo de los califas fué quemada por las huestes normandas; la que en 13 de Safar del año 580 de la egira, recibió el galardón de la más preciada de las torres que jamás flanqueó hasta entonces mezquita alguna; la que construyó al gran Yusuf, hijo de Abdulmumén; la que labraron los más hábiles *amines* ó alharifes del Califato, y la que reconstruida, en fin, por los almohades, inició un nuevo estilo arquitectónico, prolijo, aéreo, fantástico, de rica ornamentación, presintiendo el que luego llegó á todo su auge con las exuberantes y ricas concepciones del estilo granadino.

En la magnífica obra *España*, editada por

el Sr. Cortezo, de Barcelona, describe con admirable potencia imaginativa y singular erudición D. Pedro de Madrazo la mezquita, tal como debió existir en los tiempos en que ondeaba la bandera del Profeta sobre los muros de la ciudad.

De tan admirable obra sólo quedan los muros del patio de los Naranjos, que forman el ángulo opuesto al sagrario, al Oriente y Norte de la catedral; su típico aspecto y algunos arcos de herradura que aún restan en el claustro del Lagarto, acusan la pasada magnificencia de la Aljama en que brillaron por su saber los Ben Harath, Ben Zardum, Ben Tarkhal y Ben Asfur.

En la taza de piedra que se halla en el centro, puede el aficionado admirar un resto del estilo latino visigótico.

Bajo los naranjos, y aspirando el ambiente plácido y perfumado por la simbólica flor, ha oído el pueblo sevillano la palabra divina de San Vicente Ferrer, del docto Juan de Avila, del admirable redentorista D. Fernando de Contreras, y de San Francisco de Borja. Allí, en el púlpito que aún existe, rodeados de los niños de la doctrina, del asistente y veinticuatro de la ciudad, del cabildo, de las personas más principales de la nobleza, que no se desdñaban de alternar con los buenos ciudadanos; allí, en las calorosas tardes del estío, subían á la cátedra del Espíritu Santo, ora el príncipe de la Iglesia, ora el descalzo capuchino, ya el que por sus virtudes fué canonizado luego, ya el que honró á la religión y á la pa-

tria por su alta inteligencia y saber profundo. Allí escuchó Mr. Latour, ayo del Duque de Montpensier, uno de estos sermones al aire libre, que luego ha descrito primorosamente en un artículo lleno de colorido y de sentimiento.

Una de las entradas que dan ingreso á este patio, es la puerta del Perdón, de la que más adelante nos ocuparemos, así como de la Biblioteca y de otras dependencias que en él existen dignas de ser visitadas.

BIBLIOTECA COLOMBINA

Don Fernando Colón, hijo del gran Cristóbal y hermano del Almirante D. Diego, fué uno de los hombres más distinguidos de su tiempo, apesar de haber vivido en un período que ha legado á la posteridad nombres gloriosos de ilustres españoles. Viajó por América con el Almirante su padre, guerreó por Europa con el Emperador su amo, y en Indias, en Flandes, en Italia y en Alemania, dió señaladas pruebas de sus singulares condiciones para el ejercicio de las armas y el esmerado cultivo de las letras.

Con incansable perseverancia y particular afición á los libros, consiguió reunir volúmenes, manuscritos, y preciadas joyas bibliográficas, adquiridas en sus numerosos viajes, á costa de no pocos sacrificios. Hombre de altas dotes de inteligencia al par que de ejemplares virtudes, vivía D. Fernando en Sevilla, consagrado á sus libros y á la práctica de obras piadosas; pero la muerte le sorprendió en 1539

á los 52 años de edad, cuando á la sazón proyectaba la fundación de varios centros de enseñanza.

Al abrir el testamento, se leyó su voluntad de legar al Cabildo eclesiástico su biblioteca; además encargaba discretas disposiciones, y daba sabios consejos para la mejor conservación y acrecentamiento de aquellos *veinte mil* volúmenes legados.

Se dió sepultura al hijo del descubridor del nuevo mundo, en el trascoro de la santa iglesia ~~sia~~ catedral, donde yace bajo una losa, con sentida inscripción, obra también de tan insigne caballero.

Siguiendo la historia del célebre legado, añadiremos que el Cabildo sostuvo reñido pleito con los frailes Dominicos del convento de San Pablo, pues en una de las cláusulas del testamento se ordenaba que pasase la biblioteca á la citada comunidad, en caso de no cumplir aquél cuanto se disponía para la debida conservación de los libros. Estuvieron algún tiempo en poder de los frailes, hasta que al fin recayó sentencia definitiva en favor del Cabildo, y volvió éste á incautarse de tan precioso legado.

Cómo cumplió las disposiciones del sabio fundador, se encarga de pregonarlo la prensa de nuestros días, que con desoladora frecuencia viene denunciando documentos preciosos, que un día pertenecieron á la *Biblioteca Colombina*, y que aparecen hoy en el primer mercado de libros del mundo, en Londres.

Ocupa la *Biblioteca*, en la parte superior

de la antigua nave de San Jorge y sobre las capillas de la del Lagarto, tres espaciosos salones y otro más reducido. En el primero se ven obras modernas, regaladas por el Duque de Montpensier y por su padre, el que fué rey de Francia, Luis Felipe; admírase en el próximo salón rica estantería, y en ella, guardadas, ¡Dios sabe cuán inmensas riquezas! El retrato del gran Almirante, colocado en el testero del salón, también es regalo de Luis Felipe. La urna de cristal que ocupa el centro encierra volúmenes que usó el descubridor del nuevo mundo. Ante la idea de que un frágil cristal nos separa de aquellos preciosos libros, que leyó Colón, quisiéramos extendernos en largas consideraciones, pero la forzada brevedad á que nos vemos obligados, sólo nos permite recomendar un momento de meditación ante reliquias tan venerandas y remitir al lector al libro *España*, de Amicis, de ese coloso de la descripción y del sentimiento, al cual reitero desde estos modestos renglones mi profunda admiración por las sentidas y elocuentes frases que, al visitar la *Biblioteca Colombina*, consagra al descubridor del nuevo mundo.

En el tercer salón hay una admirable pintura que Murillo dedicó á San Fernando.

La riqueza de los manuscritos que aún conserva la Biblioteca es incalculable. Allí se ven libros de horas, de paciencia benedictina; misales de suave pergamino, y de *capitales*, que por sí solas constituyen verdaderas obras de arte, tal es el primor de sus viñetas. Allí también se miran, con indecible asombro,

esas orlas de colores, todavía brillantes, fileteadas de oro, que apesar de los siglos transcurridos conserva la misma brillantez que el día en que las terminara algún fraile de admirable paciencia. En fin, en el pontifical de 1390 admirase con verdadero estupor, riqueza incalculable en sus viñetas, prodigadas con increíble profusión; aparte de su mérito y valor intrínseco, que es muy grande, este pontifical vale un tesoro como documento, guía y exacto conocimiento de trajes, costumbres, atributos, decoración y todo cuanto allí aparece en brillantes colores.

Ponemos punto á nuestra ligera visita á la Biblioteca, llamando la atención sobre la espada, relativamente moderna, que guarda la urna del segundo salón, y que motivó las siguientes redondillas que copiamos como nota cómica:

«De Fernán González fui,
De quien recibí el valor,
Y no lo adquirí menor
De un Vargas, á quien serví.
Soy la octava maravilla
En cortar moras gargantas;
No sabré yo decir cuántas,
Mas sí que gané á Sevilla.»

Sólo podremos añadir que nosotros tampoco sabemos las cabezas que habrá derribado esta maravilla en « segar moras gargantas; » pero sí que la espada es de lazo, y que ha sido, durante mucho tiempo, aunque gentil, torpe lazo en que caían los incautos que escuchaban á embaucador cicerone ó leían las redondillas, y no nos atrevemos á decir, por no incurrir en ex-

comuni6n mayor, á los que á pies juntillos creían en la no menos embaucadora tradici6n.

PARROQUIA DEL SAGRARIO

Una vez en el Patio de los Naranjos, despu6s de visitar la Biblioteca, vemos la pesada mole del Sagrario, que se alza en el costado opuesto. Se comenz6 en 1618, á instancia del Arcediano de Carmona D. Mateo Vázquez de Leza. Esta iglesia, dedicada á San Clemente, Papa, se erigi6 en parroquia, y está destinada á la administraci6n de Sacramentos y demás funciones parroquiales. La traz6 Zumárraga; continu6la el aparejador Fernández de Oviedo, y la termin6, con tan poco acierto como falta de gusto, el maestro Iglesias. Al exterior presenta tres cuerpos, d6rico, j6nico y corintio, con remates calados y otros pormenores, llevados á cabo con mejor voluntad que buena fortuna. Forma el interior del templo una nave con crucero, y cinco capillas por banda, ante las que pasaremos de largo, deteni6ndonos no más en la mayor, cuyo retablo es obra de Roldán, y en la del Evangelio, que contiene un grupo de barro cocido, interesante en extremo, no s6lo por la manera como está ejecutado, si que tambi6n por su antigüedad, pues hay quien pretende, quizá adelantando un siglo su origen, que es obra de 1340. La sacristía, colocada entre la iglesia y la puerta del Perd6n, está revestida de azulejos bastante apreciables. Existe bajo el presbiterio la b6veda que ha servido de enterramiento á varios prelados de la

diócesis; allí descansan los Arzobispos Tapia, Palafox, Arias y Taboada; pero ni estos venerables restos, ni la obra del poco afortunado Fernández Iglesias, nos decidirían á bajar hasta la cripta, si no fuera porque allí se oculta, no sabemos con qué objeto, un curiosísimo y bello alto relieve de barro vidriado, que, primorosamente, representa á la Virgen de la Granada, con otras imágenes, cuya obra debe ser visitada por los aficionados.

LA CATEDRAL

En una calorosa tarde del estío de 1401 se congregaron en el *Corral de los Olmos*, de la antigua Catedral de Sevilla, el Deán y Cabildo, sede vacante, para acordar la demolición del templo, pues "*la magnificencia de los ánimos sevillanos, de los ilustrísimos capitulares no cabía ya en aquél*" (1). No contaban en verdad los *ilustrísimos capitulares* con grandes recursos, pero sí con ánimo levantado, y decidido propósito de alzar un monumento digno de la gran ciudad, emblema de las glorias pasadas, símbolo de la religión, y bizarra muestra de un arte que por aquel tiempo erigía monumentos graníticos, asombro de las siguientes generaciones.

Los alentados propósitos del Cabildo, pronto se tradujeron en hechos prácticos; á costa de sus propias canongías y raciones, y de cuantos recursos pudieron arbitrar, se comenzó la famosa obra *tan grande, que los que la vieren nos*

(1) *Anales*, de Zúñiga.

tengan por locos, según pintoresca y célebre frase de uno de los prebendados.

Demolióse, pues, casi toda la antigua mezquita, habilitada para Iglesia Mayor desde los tiempos de la conquista, dejando, no más, en pie la famosa torre, los pórticos del Norte, Poniente y Levante, y restos del muro que ya hemos indicado brevemente al hablar del *Corral de los Naranjos*. Aunque en aquel entonces la Capilla Real tampoco se demolió, una vez conseguida la licencia del rey D. Juan II, instaláronse las sepulturas reales en el claustro de los Caballeros, donde permanecieron hasta el año 1579 en que se trasladaron solemnemente á la nueva Capilla Real, ya terminada, por las reiteradas instancias del gran Emperador, y bajo las indicaciones de Cobarrubias.

No se tiene noticia cierta de quién fué el arquitecto encargado de las primeras obras. Algunos atribuyen la traza de tan suntuosa fábrica á Alonso Martínez, apesar de no haberse reunido el Cabildo para acordarlas sino hasta seis años después de la época en que aparece el citado Martínez como maestro mayor del Cabildo; dato es este suficiente para aventurar una suposición, pero no bastante para declararle autor de los proyectos.

En el curso de las obras figuraron como maestros mayores y aparejadores, Pero García en 1421, Juan Normán desde 1461 á 72, Pedro de Tolosa, Francisco Rodriguez, Juan de Hocces, el maestro Simón en 1502, Alfonso Rodriguez, Gonzalo de Rojas en 1507, y otros de

los maestros más notables que dieron vida á suntuosos monumentos, hasta que Gil Juan de Ontañón, á quien se atribuye la catedral nueva de Salamanca, cerró la cúpula y cimborrio desde 1515 á 1519. Ciento diez y siete años próximamente duró la construcción, desde 1402 hasta el 4 de Noviembre de 1519, en cuya fecha se dieron por terminadas las obras, sacando á la Virgen de la Antigua en solemne procesión en acción de gracias.

Situada al Mediodía de la ciudad, forma una mole inmensa, de la que es imposible darse cuenta á primera vista. »Para describir con exactitud este desmesurado edificio,—dice el incomparable Amicis en su libro *España*,—sería preciso tener á la mano una colección de todos los adjetivos más disparatados y de todas las estrambóticas comparaciones que hayan salido de la pulma de hiperbolistas de todos los países, cada vez que hubieron de pintar algo prodigiosamente alto, monstruosamente ancho, espantosamente profundo, increíblemente grandioso. Cuando hablo de ello con los amigos, hago sin advertirlo, como el *Mirabeau* de Victor Hugo, *un colossal mouvement d'épaules*, hincho la gola y esfuerzo de grado en grado la voz á semejanza de Tomás Salvini en la tragedia *Sansone*, cuando con un acento que estremece la platea, dice que siente cómo le renace en los nervios el vigor. Hablar de la catedral de Sevilla, es tanto como tocar un gran instrumento de una á otra orilla de un torrente.»

En efecto, el espacioso contorno de los an-

tiguos muros que rodeaban la gran aljama, y las edificaciones agregadas á los de la catedral hispalense, presentan reminiscencias, ya mauritanas y mudéjares, ora el arte ojival bajo fases distintas, aquí el plateresco más florido, ó más allá el greco-romano. Circunda su recinto holgada lonja, accesible por una gradería en las fachadas Norte, Poniente y Levante. Al Norte se avecina el Patio de los Naranjos y la parroquia del Sagrario; al Este, el Alminar mauritano, la Contaduría y la capilla de San Fernando, y al Sur, las sacristías Mayor y de los Cálices.

En la fachada principal se alza una gran ojiva con ménsulas y doseletes que esperan las estatuas; á los costados se destacan dos capillas, y á los extremos dos portadas de tan buena traza como bella decoración.

Las puertas de San Miguel y del Baptisterio sustentan buenas esculturas y graciosos adornos ornamentales.

La del Perdón se abre en el mismo muro, que sin duda cercó la mezquita mayor, y da acceso al antiguo Corral, hoy Patio de los Naranjos. Su gran ojiva tumida estaba, aún no há muchos años, resguardada por un tejadillo, revestido interiormente de primoroso artesonado, que además defendía los adornos platerescos que sustituyeron á los mudéjares, el relieve que corona la clave del arco, y las estatuas de la Anunciación de la Virgen y de los Santos Apóstoles Pablo y Pedro, que Miguel Florentín trabajó desde 1519 á 1522. Las hojas de bronce que revisten las puertas son ad-

mirable labor mudéjar, que unos suponen pertenecieron á la gran aljama, y creen otros las mandó labrar en 1340 Alfonso XI al volver victoriosos de *Salado*. Una vez en el Patio de los Naranjos, siguiendo la nave del Lagarto, pasamos bajo otra puerta del templo exornada con algunas figuras que no dejan de ser apreciables; forma el arco, como en el anterior, una ojiva tumida, que sin duda perteneció á la mezquita.

Al Mediodía, vemos la puerta próxima á la colosal figura de San Cristóbal, cuyo nombre ha tomado. Al lado de Levante están la de la Campanilla y la inmediata á la Giralda, con la *Entrada de Jesucristo en Jerusalem*, y la *Adoración de los Reyes*, asuntos primorosamente ejecutados en los medallones. En fin, son nueve las puertas que dan entrada á la iglesia, tres por Poniente, dos á Levante, una al Mediodía y las tres restantes orientadas al Norte. Algunas están sin terminar, otras, próximas á recibir primorosos ornatos de hábil artista, y las más, adornadas en su parte exterior de estatuas y relieves de barro cocido, y por la interior de antepechos prolijamente labrados con muy gentiles figuras y graciosos ornatos oji-vales.

La planta de la basílica es rectangular; está dividida por cinco naves, y mide 116 metros por 76; mas si cruzamos la capilla real, entonces llega la longitud á unos 136 metros, próximamente. El antiguo pavimento, que, sin duda, estaba formado por interesantes piedras sepulcrales, se substituyó en 1789 por grandes losas

de mármol azul y blanco, obra que costó 2.329.561 reales y 31 maravedís, según algunos, y 155.304 pesos, según el Sr. Gestoso.

Mantiene 22 pilares «compuestos de esbeltas palmas, agrupadas graciosamente, y de 15 pies de diámetro;» estas *esbeltas palmas*, así llamadas por el erudito Amador de los Ríos, forman los pilastrones «que moldeados á la manera gótica—dice Zúñiga,—no menos semejan que otras tantas macizas torres á que corresponden; embebidos en los cuatro lienzos de las paredes, otros 28, completando el número de 60, los cuales sirven especialmente para la fortaleza y simetría. Sobre éstos estriban y juegan 104 arcos, que desmienten un tanto el medio punto, siendo su altura hasta la clave de las naves laterales de 96 pies, y en la nave central y crucero de 164, exceso que exige el arte en semejantes fábricas.» La ornamentación es de bellísima sobriedad, excepto la bóveda central de decoración un tanto complicada.

Capilla mayor.—Esta capilla está situada en la nave del centro, próxima al crucero. Para llegar al altar cuéntanse 14 escalones de mármol. Una vez ante el magnífico retablo, uno de los mayores que se conocen, detengámonos, siquiera sea breves momentos, á admirar esta bellísima muestra del arte ojival. Se comenzó á labrar á fines del siglo XV, terminándose en el XVI, á lo que no contribuyó poco el interés que dedicó á tan magnífica obra el Arzobispo de Sevilla D. Diego Deza, cuyas armas son, por cierto, las que hoy se ven al lado de la

epístola; el estilo que más domina, en cuanto al retablo, es el ojival.

Según el ya citado Sr. Gestoso, quien entendemos da en su *Guía Artística de Sevilla* gran suma de noticias y muy exacta y razonada crítica, sin que renunciemos por esto á citar á los famosos Zúñiga, Morgado, Pedro Medina, Rodrigo Caro y otros distinguidos analistas y escritores de tiempos pasados, ó entre varios contemporáneos á los eruditos Amador de los Ríos, Madrazo, Standish, Latour y Ford; según Gestoso, decíamos, mide el retablo 13 metros de frente, y 2 con 60 cada uno de los costados que se le agregaron, lo que da un total de 18 á 20 metros. Apesar de que muy distinguidos escritores dicen ser de alerce esta obra, indican los Sres. Madrazo y Gestoso que es de castaño, y funda este último su opinión en la copia de un auto capitular de 23 de Febrero de 1508, "en el cual se libran 32 ducados por igual número de trozos de castaño que se hicieron venir de Asturias." A este autorizado juicio añadimos nuestro propio testimonio de haber leído libros y papeles del siglo XVI en varios concejos y templos parroquiales de Asturias, con cuentas, mandas y encargos, de obras de talla de "*castaño prieto*," precisamente por reunir esta madera condiciones para tal objeto cual ninguna otra. Esta pequeña digresión nos ha distraído de nuestros apuntes; así, pues, sólo añadiremos que el retablo en cuestión fué trazado y esculpido por el maestro Danchart, ayudado por los Ortegas, pintadas y doradas las figuras por Alejo Fer-

nández. En los 36 nichos que dignamente alojan esculturas admirables, trabajaron los eminentes Gómez, Orozco, Becerril, Juan B. Vázquez, Villalba y Juan de Palencia. Estos hábiles artistas dejaron muestras de su labor, ejecutando pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, reproduciendo en admirables tallas á San Isidoro, San Leandro, las santas patronas de la ciudad Justa y Rufina, y entre otros primores, la efigie de madera enchapada de Nuestra Señora de la Sede.

Entre el frente del retablo y el muro que le presta apoyo, queda una lóbrega estancia que sirve de sacristía. El citado respaldo se halla ornado de graciosas labores; en su parte superior apenas se distinguen bellísimos doseletes que le coronan. Quisiéramos hacer detallada enumeración de todas las capillas que se ven en el centro del templo y adosadas á los muros; pero sólo apuntaremos breves noticias sobre las más notables.

Capilla Real.—El templo estaba terminado, pero la Capilla Real no se hacía.—La promesa que el Cabildo dió al rey D. Juan II no se llevó á cabo hasta que el Emperador escribió al Cabildo, exigiendo su inmediata construcción. Encomendóse en un principio á Alava y Egas, y después al maestro Gainza, al cual se le aprobaron los proyectos y estuvo al frente de las obras durante cinco años, hasta 1555 en que falleció. Sucedióle Pedro Palacin, y al poco tiempo Juan de Maeda, que la terminó en 1575; trasladándose los regios restos con extraordinaria pompa en 1579.

Esta capilla es una espaciosa cámara de más capacidad que belleza arquitectónica. Su planta rectangular mide 28 metros por 15 y 29 hasta el límite de su ochavada linterna. La cúpula está revestida de casetones, con cabezas de reyes de Castilla y serafines en gran relieve. Diez gradas dan subida al presbiterio, en cuyo centro está el altar y la urna de plata en que se conserva el cuerpo de San Fernando. En dos nichos, á los pies de la capilla, yacen los restos de la reina Doña Beatriz y de su hijo el rey Sabio, y en la cripta que está bajo la escalinata que da acceso al presbiterio, en aquel lóbrego panteón, se venera una preciosa imagen de marfil, que fué del Santo rey, y se guardan los mutilados restos de D. Pedro I de Castilla, de sus hijos D. Pedro, D. Alonso y D. Fadrique, y los de Doña María de Padilla. Grande esfuerzo hacemos aquí para no detenernos en la bóveda sepulcral, y dedicar algún espacio á la memoria de figuras tan interesantes y tan íntimamente unidas á la historia de Sevilla y á sus más curiosas tradiciones y leyendas. Volvamos á la capilla; en sus costados se ven dos arcos rebajados que dan paso, uno, á la sacristía y al coro de capellanes, donde existe la sillería regalada por Carlos IV, y el frontero, á la sala en que celebran capítulo los capellanes.

Muy notable y digna de atención es la efigie de Nuestra Señora de los Reyes, obra, en nuestro entender, de inmensa valía: según autoridades dignas de crédito, remonta su origen al siglo XI; pero el Sr. Gestoso, y con él nosotros,

creo que "por sus caracteres, corresponde á las obras escultóricas del siglo XIII." El retablo, del arquitecto y escultor Luis Ortiz, del siglo XVII, es de gusto... poco afortunado. Las estatuas de piedra que adornan el arco de ingreso, son muy notables; en cuanto á la verja, en fin, con que Carlos III donó y cerró esta real capilla, primer acto que llevó á cabo al subir al trono, según dicen, no creemos corresponda á otras obras que se ejecutaron en este glorioso reinado.

La capilla de San Pablo, inmediata á la real, estuvo bajo esta advocación hasta el año de 1655: guardaba desde 1520 los restos de aquellos ilustres guerreros que ayudaron al conquistador en su famosa empresa; pero dotada por D. Gonzalo Núñez de Sepúlveda la fiesta de la Concepción en 1.500 ducados, á él se le cedió para su enterramiento. Entonces removieron y trasladaron aquellos respetables restos á la sacristía de los Cálices. El retablo fué costeadado por los herederos de D. Gonzalo, y lo ejecutó con notorio mal gusto Francisco de Rivas; la verja de esta capilla es lo único digno de atención.

Capilla de Nuestra Señora del Pilar.—Esta capilla, próxima á la Puerta del Lagarto, fué dotada por D. Francisco Pinelo; su retablo no tiene nada de particular. En ella se guardaba el famoso *Ecce-Homo*, tabla de Murillo, que desde aquí se trasladó á la sacristía de los Cálices; por último, fué regalado por el Cabildo al rey de Francia Luis Felipe.

Capilla de los Evangelistas.—Dotada por un

Arcediano de Eeija, fué conocida esta capilla por la de los *Santillanes*, apellido del Arcediano en cuestión. Son dignas de aprecio las pinturas que encierra, en particular las de las Santas patronas Justa y Rufina, á las cuales se representa entre la torre de la Giralda, tal como se hallaba antes de las obras que llevó á cabo el maestro Ruiz.

Capilla de las Doncellas.—El escribano apostólico micer García de Gibraleón, consiguió papal para dotarla. En esta capilla es digna de mención una buena verja, así como el zócalo de azulejos; entre las varias tablas que contiene, es muy recomendable la central, que representa el acto de recibir sus dotes doncellas pobres. En el ángulo de la izquierda se ve el retrato del fundador con el escudo á los pies.

Las Capillitas de la Asunción y la consagrada á la corona de Cristo ó de Belén, siguen ya en el fondo del crucero, á los lados de la puerta del Patio de los Naranjos. En la primera se ve el cuadro de la Asunción que pintó Marata; en la segunda, ó sea la que está á la izquierda de la puerta, admiramos la Virgen de Belén, una de las obras más inspiradas del Racionero de la catedral de Málaga, el famoso Alonso Cano. En el citado crucero se ven colgados dos grandes cuadros; uno de ellos se atribuye á Jordán.

Capilla de San Francisco.—Pasado el crucero, existe esta antigua capilla en el mismo lugar que ocupaba la fundada en el antiguo templo por el canónigo Rui González de Volante.

Hay en ella dos pinturas, una de Valdés, de regular colorido, y la otra de Herrera, el mozo, muy ensalzada, aunque no tanto en nuestro entender como merece.

Capilla de Santiago.—Sirve de enterramiento al Arzobispo D. Alonso de Toledo y Vargas, contemporáneo del rey D. Pedro y actor y espectador de aquellos famosos acontecimientos acaecidos en Sevilla, los cuales entonces tuvieron resonancia hasta en países remotos, y hoy se agigantan y aparecen de gran bulto, á pesar de los siglos trascurridos. Este enterramiento es apenas conocido; lo que ha dado más renombre á la capilla es el sepulcro del fundador de la Cartuja, y eminente Arzobispo hispalense D. Gonzalo de Mena. Como documento para la historia del arte, y por sus prolijas y bellas labores, es muy digna de atención la urna de mármol que encierra al ilustre mitrado; es de las pocas sepulturas que de la antigua catedral se conservan; los bajo-relievos del frente y de los costados deben examinarse detenidamente. El lienzo del altar es pintura de Roelas, y representa al Santo patrón de España en la batalla de Clavijo.

Capilla de Escala.—El Arcediano de Niebla, Obispo titular de Escalas, D. Baltasar del Río, la dotó en 1518: tiene de notable el sepulcro de alabastro, así como el altar con bajos relieves que representan *el milagro del pan y los peces* y la venida del Espíritu Santo; un cuadro de Jordán frontero al altar, y sobre todo la verja que cierra esta capilla. El cuerpo del famoso Arcediano no descansa en el sepulcro de

que hacemos mención, pues se le dió sepultura en Roma.

Capilla de San Antonio.—Aquí está el famoso cuadro de Murillo que representa á San Antonio de Padua en su celda, viendo en éxtasis al Niño Jesús rodeado de ángeles. No pondremos las excelencias de tan admirable lienzo; sólo apuntaremos brevemente al que ignore los detalles, que fué robado en una noche de Noviembre de 1875. Penetraron los ladrones cautelosamente en la capilla, y con mano criminal cortaron la parte de lienzo en que está representado el Santo. El duelo que al día siguiente sintió Sevilla toda, fué inmenso; pero afortunadamente, al cabo de algunos meses fué rescatado en los Estados Unidos. Una vez en España, se encargó al restaurador del Museo Nacional de Pinturas, D. Salvador Martínez Cubells, que uniese la parte cortada al resto del lienzo, cuya obra, así como la restauración, fué primorosamente ejecutada, lo que puede juzgar el viajero que, extasiado, contempla la prodigiosa obra de Murillo. No hablamos de otros cuadros del mismo autor que hay sobre el célebre de San Antonio, ni de algunos más colgados en las paredes de la capilla, de Roelas y de Zurbarán, porque aquél absorbe toda la atención.

Capilla de los Jácomes.—Pasaremos de largo por esta capilla para no hacer interminables estos apuntes; sólo nos detendremos en la verja, que es notable, y ante el *altar de la Visitación*, con una buena pintura de Villegas, y una bella escultura de Hernández que

representa á San Jerónimo. Seguiremos en nuestro rápido paseo por las capillas, fijándonos en la verja del *altar de San Leandro*, y en la no menos notable que encierra el de *San Isidoro*; en los del *Angel de la Guarda*, que tiene una pintura de Murillo; en el de *Nuestra Señora del Consuelo*; en el del *Niño Jesús*, y por último, en el de *San Agustín*. A estos altares sigue el dedicado á la *Virgen de la Cinta*, y después el del *Nacimiento*, con algunas pinturas muy estimables.

Capilla de San Laureano.—Ante su retablo pasamos de largo.—No recordaremos aquí, digno de mención, más que la particularidad de haber servido esta capilla para el culto mientras se terminaba la obra de la catedral.

Capilla de Santa Ana.—Aquí descansan los restos mortales del Cardenal Lastra desde 1880. El sepulcro es preciada obra de D. Ricardo Bellver. En su altar frontero á la verja se venera el Cristo llamado de *Maracaibo*; pero lo más notable que encierra esta capilla es el retablo que ya existió en el antiguo templo; tiene 14 tablas con primorosas pinturas muy dignas de ser admiradas, no sólo por su belleza, si que también como interesantes documentos para la historia del arte. En tiempos pasados se llamó *Capilla de San Bartolomé*.

Capilla de San José.—En ella y en el mausoleo próximo al altar, yacen los restos del Arzobispo hispalense D. Joaquín Tarancón. Entre otros cuadros que no llaman demasiado la atención, existe uno de Juan Valdés, que representa el depositorio de la Virgen.

Capilla de San Hermenegildo.—En esta capilla también descansan los restos de otro prelado de Sevilla, el Arzobispo D. Juan de Cervantes. La urna sepulcral está adornada de estatuas y escudos, y sobre ella aparece tendida la efigie del prelado: tanto ésta, como los adornos y demás figuras del sepulcro, son muy notables. No en vano lleva la firma de Lorenzo Mercadante de Bretaña, uno de los más hábiles escultores que cultivaron el estilo ojival florido. También yace en el sepulcro próximo al altar el Almirante de Castilla Juan Mathe de Luna. En el epitafio que hay en el citado sepulcro se lee el nombre, dignidades y fecha en que falleció el camarero del rey D. Sancho. La efigie del Santo titular que se venera en el altar, se atribuye á Montañés.

Capilla de Nuestra Señora de la Antigua.—La famosa efigie de Nuestra Señora de la Antigua se venera en esta capilla. La historia, la tradición y la leyenda se ocupan de esta milagrosa imagen; ya se aparece en la mezquita mayor á los cristianos que gemían bajo el yugo musulmán, ya guía al Santo Rey en sus escursiones nocturnas y misteriosas á la ciudad, todavía no conquistada; ya, en fin, supone la piedad, más que el análisis artístico, que es de origen visigótico. Aunque de ningún modo sea de época tan remota, es sin embargo obra muy curiosa, y su origen verosímil no debe llegar al siglo XIII.

El Cardenal D. Diego Hurtado de Mendoza profesó especial culto á esta Imagen, consagró

además grandes sumas, y puso toda su valiosa influencia para aumentar las proporciones y traza de esta capilla. En ella está enterrado en la preciosa urna adosada al muro y bajo el arco en él abierto. La obra es de Florentin, y fué costeada por el primer Conde de Tendilla, y por su hermano D. Iñigo López de Mendoza. También está aquí enterrado, en el lado de la Epístola, el Arzobispo D. Luis de Salcedo; pero su sepulcro no llega, ni con mucho, á los primores que en el enterramiento del Cardenal Mendoza labró Miguel Florentin, uno de los más hábiles artistas del Renacimiento. Omitimos la enumeración de los cuadros que existen en la sacristía de esta interesante capilla, la que además encierra otros primores, muy dignos de la atención del observador y del artista.

Capillas de la Gamba y de Santa Cruz.—Ya en el límite de nuestra visita alrededor de los muros de la basilica, en el extremo del crucero meridional, y á los lados de la puerta de San Cristóbal ó de la Lonja, vemos dos altares; uno, consagrado á la Concepción, cuyo divino misterio está pintado en la preciosa tabla que ocupa casi todo el retablo. Tanto esta pintura como todas las demás de esta capilla están bastante bien restauradas y son dignas de atención, así como la verja que la cierra. Fué dotada por el chantre D. Juan de Medina. En el nicho que hace frente al ocupado por este altar, se ven varias pinturas de algún interés, así como también en el muro próximo al de la *Gamba*, donde está el magnífico fresco que pintó en 1584 Mateo Pérez de Alesio; repre-

senta á San Cristóbal con el niño Jesús sobre los hombros, y es de gigantescas proporciones; baste decir, que la cabeza mide cerca de dos metros. En la mano derecha, á manera de bastón, lleva una palma, y á su pie se lee una inscripción latina del canónigo Pacheco, traducida en verso castellano por Rioja.

✽ *La capilla de los Dolores*, fundada en la nave de los Caballeros del antiguo templo por Guillén de las Casas, no contiene nada extraordinario; sirve de ingreso á la sacristía de los Cálices, que proyectó Riaño.

Capilla de San Andrés.—La dotó también en el antiguo templo D. Álvaro Pérez de Guzmán en 1348. La pintura de su altar es muy notable; la ejecutó Alejo Fernández, uno de los autores que pintaron en el retablo de la capilla mayor. Adosados á los muros están representados en mármoles damas y caballeros, cuyos restos, sin duda, guardan los cuatro preciosos sepulcros que antes estuvieron en el centro de la capilla. Estos sepulcros yacentes de los Ayalas, obra del siglo XV, son muy curiosos, no sólo por los plegados de las ropas y por otros primores de ejecución, si que también por el sello característico que ofrecen de la época.

Capilla de la Purificación.—Es más conocida por la del *Mariscal*, por haberla fundado don Pedro Caballero, así como la inmediata que ahora sirve de ante-sacristía. En esta última se guardan en armarios, de esmerada talla, un frontal de altar de plata y otras alhajas de gran valor. El pintor holandés, vulgarmente

conocido por Pedro de Campaña, ejecutó para el altar de la capilla una de las obras más notables que existen en la catedral.

El asunto principal de este interesante retablo es la *Purificación de la Virgen*; además contiene la *Resurrección del Señor*, el *Apóstol Santiago*, *Santo Domingo*, *San Ildefonso* y otras pinturas estimables. Después de esta capilla, que sirve de ingreso á la Sala Capitular, encontramos la puerta de la Campanilla, y á sus costados dos rejas de notable antigüedad que cierran las capillas de Santiagos Mayor y Menor; esta última, obra de Pedro Millán. En la opuesta banda también hay otro altar con pinturas que, por la semioscuridad que allí reina, apenas podemos distinguir.

Para distraer un tanto la vista de los primores que en pinturas y tablas acabamos de ver en nuestro paseo por las capillas, vamos á visitar, siquiera sea de paso, la *Sacristía Mayor*. Trazóla Diego de Riaño en 1530, y la terminó Martín de Gainza. Es de estilo plateresco; sus bellas proporciones, el primoroso friso de su entablamento, los arcos ornados de casetones y la rica y hasta excesiva ornamentación de toda ella, producen magnífico conjunto, y puede considerarse, aparte de ciertos reparos, que no hemos de juzgar, como una de las construcciones más notables de la gran basílica. Pinturas de Murillo representando á San Leandro y á San Isidoro, de Pedro de Campaña, de Herrera, de Alejo Fernández y de otros celebres artistas, adornan sus altares y muros; pero lo que más interesa á la generalidad de

las personas que visitan esta anchurosa cámara, son las ricas joyas que el Cabildo guarda en uno de sus altares.

La custodia grande, que así se denomina por existir otras varias, aunque como ésta ninguna tan grandiosa, ni tan rica, la describen minuciosamente Ortiz de Zúñiga, Ceán y la mayor parte de los escritores que se ocupan de Sevilla y sus monumentos. Dice Zúñiga que *“es de las más perfectas obras de arquitectura plateresca.”* Por concurso la construyó Juan de Arfe y Villafane en 1580, terminándola siete años después. Al citado Zúñiga remitimos á los lectores que deseen detalles de tan magnífica obra.

El famoso tenebrario, que se emplea como gigantesco candelabro para los maitines de Semana Santa, lo trazó el famoso Morell, autor del *giraldillo* de la torre y del facistol del coro. Dice Ceán que es la pieza *“más bien pensada, airosa y bien ejecutada que hay en España.”* Sobre su magnífica basa de bronce se alza airoso mástil, que sostiene el cuerpo principal, con estatuillas y adornos platerescos, á cuyo estilo pertenece toda la obra.

La cruz parroquial, llamada del Merino por haberla ejecutado el hábil artista de este apellido, así como los candelabros que nombran los *Gigantes*—1530—son obras de notoria importancia. Forman sus cuerpos verdaderos edificios de orden dórico; habiendo prodigado en ellos el artista, columnas, estatuas, imágenes, esmaltes y labores sin cuento.

Entre otras piezas tan ricas como bellas,

mencionaremos la magnífica bandeja de plata que donó al Cabildo Doña Ana de Paiba en 1688, hija del capitán D. Diego. Esta notable fuente ó palangana de Paiba, pues con este nombre se la conoce, está primorosamente repujada; dibujos admirables representan asuntos alusivos al triunfo de la Iglesia, se usa en los *pontificales*, y se dice que el rey de Portugal la regaló al padre de la donante.

Las *tablas alfonsinas*, así llamadas por haberlas regalado D. Alonso X, es un curioso tríptico de oro y plata con incrustaciones y cincelados.

El *porta-paz del Cardenal Mendoza* es de oro y piedras finas, y tiene un esmalte que representa á la Virgen, de tan singular belleza como ejecución. Es una preciosa obra de joyería del ojival florido.

Del mismo estilo y también donado por el Cardenal que regaló el *porta-paz* anteriormente citado, es un cáliz de oro y plata.

La urna de plata repujada que encierra restos de San Florencio y San Servando, merece detenido examen, por ser obra muy esmerada del Renacimiento.

La cruz de oro de estilo ojival, que ostenta el escudo del Arzobispo Gómez Barroso, contiene esmaltes, camafeos y estatuas que representan á la Virgen, á Cristo y á las Marias; por muchos conceptos merece considerarse entre las buenas alhajas de la catedral.

Sería interminable la exposición de cruces, *porta-pace*s, relicarios, viriles, *lignum crucis*, cálices, urnas, bandejas, ánforas, trípticos, ta-

zas de cristal de roca, y en fin, joyas de inestimable valor y depurado mérito artístico. Asonbra la riqueza que allí se encierra; pero aunque las alhajas enumeradas, y otras que el visitante admirará, constituyen un conjunto de obras dignas de ser miradas detenidamente, á nosotros, sin embargo, nada nos llama tanto la atención como las históricas llaves de Sevilla que recibió San Fernando cuando la capitulación. "Son dos,—dice el Sr. Gestoso, depurando con excelente criterio cuanto hasta aquí se ha dicho;—la menor, que es de hierro, primorosamente forjada, ostenta indudablemente caracteres del arte mauritano, y en las guardas se leen, traducidas al castellano, las siguientes frases: "*Concédanos Alláh (el beneficio) de la conservación de la ciudad,*" y también esta otra: "*De Alláh (es) todo el imperio y poderío.*" Es de plata la otra y de arte mudéjar, y en el borde del anillo de que pende el cordón, hállase esculpida en caracteres hebraicos rabínicos, sin mociones, la inscripción siguiente, traducida al castellano: "*Rey de reyes abrirá, rey de toda la tierra entrará.*" En la guarda, calada delicadamente, la siguiente frase, formada de elegantes caracteres monacales: "*Dios abrirá; Rey entrará.*" Puede asegurarse, añade el Sr. Gestoso, que la primera es obra de artífices mahometanos, y fué una de las entregadas por *Axataf*; y en cuanto á la segunda, pudo ser, ó bien entregada por los judíos que moraban en Sevilla, ú ofrenda del comercio marítimo de esta ciudad al Santo Rey."

Quisiéramos extendernos enumerando los

ornamentos de ricas telas que guarda la sacristía en los labrados cajones que diseñó Guillén. Las casullas bordadas, las capas de coro, los paños de altar y otras cien obras de bordado inverosímil, causan el asombro del viajero, que se extasia contemplando tiras con reales y aplicaciones, ejecutadas hace cuatro siglos.

Sacristía de los Cálices.—Ya que para distraernos de ese particular cansancio que causa la monótona magnificencia de arcos inmensos, de columnas gigantescas y de naves que parecen perderse en lo infinito; en fin, de la inmensidad de un templo cual el de Sevilla; ya que para distraer nuestro abrumado espíritu, decíamos, hemos entrado en la *Sacristía Mayor* á ver sus alhajas, sigamos admirando las que encierra la *Sacristía de los Cálices*, bellísima cámara ojival trazada en 1530 por Diego de Riaño, y terminada por Gainza cuarenta y tres años después.

Obras de inmenso valor guarda esta sacristía; en ella se ven lienzos de Alonso Cano, de Zurbarán, de Murillo, de Goya, del Greco, tablas del siglo XVI, de Juan Núñez y de la escuela flamenca, y un tríptico del divino Morales, entre otras buenas pinturas que la brevedad de estos apuntes no nos permite enumerar. Sigamos, pues, nuestra visita, no sin detenernos algunos momentos antes de abandonar esta cámara, ante el crucifijo procedente de la famosa Cartuja de las Cuevas. Al penetrar en la citada sacristía, vemos frente á la puerta esta admirable efigie, reputada como una de las mejores de Montañés.

Antecabildo y Sala capitular.—La capilla del Mariscal que ya hemos visitado, sirve de ingreso al *Antecabildo*, adornado de primorosos ornatos y rica decoración, que por encargo del Cabildose hicieron en Génova en el último tercio del siglo XVI. La bóveda con casetones forma magnífico artesonado, en cuyo centro se abre una linterna cuadrada con arcos y pilastras. Penetremos por la puerta que se ve en el ángulo formado por el muro lateral de la izquierda y el de la cabecera; sigamos un corredor, y llegaremos á la Sala Capitular. Fué trazada, como la Sacristía de los Cálices, por Riaño; continuó también los trabajos Gaínza; siguieron los maestros Oliva y Rivera, y cerraron su bóveda los famosos Minjares y Maeda, los cuales pusieron, sin duda, la última piedra de la media naranja. Su planta es de figura elíptica, el pavimento de mármoles de colores, la ornamentación suntuosa, la cúpula admirable y la luz que penetra por la linterna oval, ilumina pinturas de Murillo, de Pacheco y del Racionero de Córdoba Pablo de Céspedes. En esta suntuosa estancia se celebran capítulos: el prelado ocupa la silla principal y los capitulares los asientos adosados á los muros que hoy vemos.

Bien quisiéramos detenernos en esta bellísima estancia, puesto que en verdad merece atención y estudio la dórica cornisa adornada de figuras, el cuerpo jónico que sigue, la media naranja repartida en tres fajas, los basamentos pintados por el Racionero cordobés, los altos relieves de mármol de los intercolumn-

nios, y en fin, las pinturas admirables de Murillo que adornan la bóveda, en particular una Concepción de gran mérito.

Si desde aquí nos dirigimos á la iglesia, encontraremos, á mano derecha, la contaduría mayor; sigamos para lanzar las últimas ojeadas á lo que aún nos falta que ver en el templo, y cuando en otra ocasión con más fuerzas y espacio podamos detenernos, así en la contaduría como en otras dependencias de la catedral, entonces veremos cuadros muy apreciables, curiosas miniaturas de los libros de coro, interesantes manuscritos y un sin fin de vestigios y recuerdos íntimamente unidos á la historia de la basílica, que además son fiel trasunto del arte y de la indumentaria de tiempos pasados.

El coro y sus capillas.—Ya ante la pesada mole que obstruye la nave central y quita visualidad, aquí como en casi todas nuestras catedrales, amenguando además grandiosas y monumentales obras; una vez ante los muros laterales y el posterior, que con la magnífica verja que da frente al altar mayor, cierran el coro, vamos á examinarlo exteriormente. La reja la diseñó Sancho Muñoz en 1519, conforme al gusto de aquella época en que á la sazón florecía en todo su auge el plateresco. Esta dorada reja puede considerarse como una de sus más bellas muestras, por el correcto dibujo y primorosa ejecución de la multitud de adornos y figuras que representan la generación de Cristo como hombre.

Las capillas que se ven en la prolongación

de sus muros exteriores son cuatro. Las que corresponden al lado del Evangelio, con efigies de la Virgen de la Estrella y de San Gregorio, están revestidas de adornos un tanto prolijos, aunque bellos, de blanquísimo y transparente alabastro. Las correspondientes á la Epístola, tienen iguales revestimientos, y también puede considerarse su estilo del Renacimiento. Están bajo la advocación de la Virgen inmaculada y de la Encarnación, y algunos de los lienzos que las adornan llevan la firma de Montañés. Son también dignas de atención las verjas que las cierran.

El respaldo del coro que da frente á la puerta principal se debe á Luis González, que lo construyó en 1613, ya en un período decadente que sólo producía monumentos de pesadísimo gusto, tan malo como chocarrero y recargado. Se divide en tres cuerpos resaltados; en el del centro está el altar, ostentando una buena pintura, á los lados dos puertas que dan al coro, y sobre ellas dos buenos bustos de bronce de las Santas Justa y Rufina. En los dos cuerpos de los costados hay relieves de mármol con pasajes de la Escritura, esculpidos en Génova.

Ahora vamos á penetrar en el coro. El pasadizo que cierran dos barandas de bronce que van desde la capilla mayor á la verja del coro, sirve para el paso de los capitulares y el desembarazado servicio entre el presbiterio y el coro. La sillería esta formada de 67 sillas altas y 50 bajas. Las construyó, según reza el letrero de caracteres góticos que se lee en la

segunda silla del lado del Evangelio, *Nufro Sanchez, entallador*; sin embargo, se cree que las terminó Dancart en 1479; la sillería pertenece al estilo ojival. Las cabeceras de las sillas bajas están adornadas con altos relieves que representan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, y las repisas que separan entre sí las altas, sustentan graciosas estatuitas de santos y santas. Aparecen, además, en la obra del *entallador Nufro Sanchez*, follajes, animales fabulosos, mofetudos angelones y hojarascas de muy gentil dibujo, que colocan esta suntuosa obra del siglo XV entre las buenas sillerías, ya que no de las mejores, que se admiran en nuestras góticas catedrales.

Los dos órganos que lanzan notas de agudo trompeteo en esos días que se viste de gala y celebra sus fiestas la catedral hispalense, son de excelentes voces, según afirman los inteligentes; mas la parte ornamental que los cubre y sustenta es del más deplorable gusto churrigüesco. Fueron construídos por D. Jorge Bosch y D. Valentín Verdalonga, uno á fines del pasado siglo y el otro en los comienzos del actual. No abandonaremos el coro sin fijarnos detenidamente en el facistol que se ve en el centro. Esta prodigiosa obra de madera y bronce se debe al insigne Bartolomé Morell, que lo trabajó en 1570.

Los cuerpos de tan magnífico atril están cubiertos de relieves con bien trazadas figuras alusivas á la música y otros adornos del mejor gusto. Corona tan suntuosa pieza una efigie de la Virgen bajo un elegante templete rematado

por un Crucifijo. En este facistol se colocarían, y aún se colocan, algunos de aquellos famosos libros de típicas viñetas, graciosas orlas y magníficas iniciales, los cuales comenzaron á enriquecer desde 1516 Luis Sánchez, los dos Hortas Diego y Bernardo, Riquelme, Padilla y otros notables miniaturistas, de cuyos trabajos, aunque ya muy contados, aún se conservan preciosos restos.

Vidrieras.—Antes de abandonar la gran basílica, digna en verdad de más detenido examen, fijémonos en las vidrieras que comenzó á pintar en 1504 micer Cristóbal Alemán, el cual recibió 10.030 maravedís por cada 70 palmos de *imaginería*. Siguiéron Jacobo Flamenco, su hijo Juan, Jaques, Bernal, Bernardino de Gelandría, Juan de Flandes, Arnao de Vergara y otros artistas de mérito muy singular. Los asuntos representados lo están con admirable propiedad; los colores, de brillantes tonos, causan admirable efecto, cuando pasan por sus bien pensados y mejor dibujados asuntos, haces de sol que se descomponen en las gigantes cas pilastras, y torrentes de luz que inundan de suave claridad las anchurosas naves. Además de las bellezas que contienen y de los maravillosos efectos que producen, ofrecen estas vidrieras profundo y provechoso estudio para conocer la historia, fases y manifestaciones del arte de la *imaginería*. En los varios terremotos y voladuras de pólvora acaecidos en la ciudad, sufrieron bastantes deterioros, particularmente en 1579 y 1613, cuando las voladuras de los molinos de Triana.

Monumento de Semana Santa.—No por la admiración que nos causa, ni por el mérito artístico que creamos encierra, sino por exponerse en los días de Semana Santa, diremos que el tan renombrado monumento, según don Juan Agustín Ceán Bermúdez, "fue trazado por Florentín en 1545, y terminado en 1554. Está aislado y tiene cuatro fachadas iguales. La planta figura una cruz griega, y 16 columnas con su cornisamento se elevan sobre pedestales y forman el primer cuerpo dórico. Dentro de él hay otro más rico de cuatro columnas menores; en su centro se coloca la célebre custodia de plata de Juan de Arfe, y con ella una urna de oro en que se encierra la sagrada hostia, que trabajó en Roma Luis Valadier el año de 1771 y costó don Jerónimo Rosal, Canónigo de esta santa iglesia. El segundo es jónico y tiene ocho columnas, su estatua del Salvador en medio, y otras ocho sobre pedestales mucho mayores que el natural. Otras tantas columnas é igual número de estatuas contiene el tercero, que es corintio, y en el centro Cristo á la columna. El cuarto, que pertenece al orden compuesto en forma de linterna ochavada, con el Crucifijo y los Ladrones encima. Llega su altura hasta muy cerca de la bóveda; se ilumina con 120 lámparas de plata y con 441 cirios y velas de varios tamaños, que pesan 133 arrobas y siete libras de cera, lo que causa un efecto maravilloso y respetable."

Hemos copiado íntegra esta descripción para los aficionados á obras de un género que podríamos llamar complicado y colosal, y como ya hemos indicado, por exponerse en los días

á que están destinados los apuntes de esta *Guía*. Por lo demás, ya sea por las causas que con excelente criterio apunta el erudito Sr. Gestoso, ya por otras que no son de este lugar, siempre nos produjo escasa admiración é insignificante aprecio, considerado, por supuesto, bajo su aspecto estético y monumental el "*magnífico, suntuoso y famoso monumento de Semana Santa.*"

REALES ALCÁZARES

Salgamos de la catedral por la puerta de San Cristóbal. La inmensa mole de decoración greco-romana que tenemos ante la vista, es la Casa Lonja ó Consulado que luego visitaremos. Ahora dirijamos breve ojeada al irregular zócalo rodeado por una verja de hierro, que sustenta una capillita. Si leemos la lápida adosada á la columna, veremos que este pequeño monumento se llama *El Triunfo*, y ha dado este mismo nombre á la plazuela donde estamos; se erigió para conmemorar la primera misa que se celebró, al aire libre por supuesto, después de los terribles terremotos que sufrió Sevilla en 1733. Los años trascurridos han hecho desaparecer el interés que pudiera inspirarnos aquel acontecimiento; tampoco nos detiene el monumento conmemorativo; sigamos, pues, hacia la cerca almenada que está al Mediodía de la gran basilica. Estamos ante los muros de los reales Alcázares, que según la parlera crónica, alojaron á gobernadores y reyes Abbaditas, Almohades y Almoravides;

ante el recinto que ocupó el alcázar habitado por el Santo conquistador; ante los palacios que edificó el rey D. Pedro, encarnación y figura, que cual ninguna otra aquí se destaca; en fin, ante la regia mansión que aumentaron, embellecieron, adornaron ó desnaturalizaron los monarcas que sucedieron á aquel célebre Rey que la historia todavía no ha juzgado. No es nuestro ánimo, ni tampoco nuestros escasos conocimientos han de permitirnos, entender si las preciosas tarbeas y alfagías del alcázar fueron edificadas por alharifes granadinos, ó si las embellecieron artífices mudéjares. Apuntaremos lo que tan sólo como profanos se nos ocurre. Dada la amistad que tenía D. Pedro con los reyes granadinos y las frecuentes relaciones políticas y comerciales que sostuvo con ellos, es probable que hiciera venir para las obras de los alcáceres alharifes granadinos, cuyo renombre y fama de habilísimos en el arte ornamental debía sin duda conocerse en Sevilla. El rey bastardo añadió algunas obras *para su más cómoda habitación, pues á este tiempo—1375—había vuelto el Rey á Sevilla, en la cual tenía gusto de pasar los inviernos* (1). En tiempo de D. Juan II se hizo el admirable alfarje del salón de Embajadores, y en los reinados siguientes, fué raro el monarca castellano que no añadió algo, con mejor ó peor acierto y fortuna, á la obra que creemos debe atribuirse al rey D. Pedro. Prescindiendo del admirable oratorio de los Reyes Católicos, así co-

(1) Zúñiga.

mo de las características obras que se llevaron á cabo en tiempo de Carlos V, de las posteriores ejecutadas durante la dominación de los Austrias, ó en épocas asaz desdichadas para la ornamentación del alcázar; concretándonos tan sólo á las agrupaciones, restauraciones, aumento de acitaras, enyesados, alfarges, alizares y toda suerte de ornatos que se harían, ya para abrir un hueco que exigía la comunicación entre dos tarbeas, ya al obrar algún pasadizo, ó al ejecutarse cualquiera de las reformas impuestas por la necesidad ó el capricho de los poderosos huéspedes que aquí se alojaron, ¿qué duda cabe que tales reformas y modificaciones habían de hacerse y revestirse con la mayor fidelidad? Claro es, que se copiarían los primores del estilo dominante con la mayor exactitud, y que tales agregaciones, al llevarse á cabo con el esmero que es de suponer, sin duda se confundirían, al cabo de algunos años, con las construídas en siglos anteriores.

No necesitamos remontarnos á los tiempos de los alharifes mudéjares, porque hoy existen; hoy podemos decir que la raza de aquellos primorosos artistas no se ha extinguido. En prueba de esta opinión nuestra, podemos citar alguno que en Granada ha hecho acitaras con tales almocárabes y ajaracas, que el más experto aficionado no podría negar que eran de los buenos tiempos de Abul-Walid-Ismael; ha labrado también el hierro y la madera, y ha pintado y barnizado el barro con tan singular propiedad y tal primor, que han merecido de

docta corporación extranjera, certificado de ser auténticas del año 719 de la egira, envidiables falsificaciones terminadas por nuestro mudéjar del siglo XIX, en el año 1876 de Jesucristo. Esta pequeña digresión tiene por objeto apuntar, á nuestro entender, que en su origen este alcázar, ó un alcázar situado en el mismo paraje, bien pudo ser la mansión de los reyes Abbaditas; que fundando más estas conjeturas, pero sin salir de su terreno, también puede suponerse que vinieran moros granadinos, que en aquel entonces ejecutaban obras muy notables, si no en la Alhambra, aún no terminada, otras que hoy se consideran como joyas del estilo granadino; que decididamente el rey D. Pedro hizo una restauración radical, si es que no edificó nuevo alcázar desde 1353 á 1364, y que sus sucesores, ya valiéndose de alharifes granadinos, ya de artifices mudéjares, ó ya, en fin, de otros artistas como el contemporáneo que hemos citado, ordenaron restauraciones y modificaciones á medida que la acción del tiempo, de los elementos y la no menos destructora de los hombres, han hecho desaparecer el palacio del Caracol, el del Yeso, así como una porción de la parte alta del edificio, tarbeas, alfagías, torres, cercas y postigos, que hoy es muy difícil poder fijar la situación que tuvieron, ni aun el paraje que ocuparon.

Después de atravesar la puerta del patio de la Montería, así denominado porque en él se reunían los monteros del Rey, llegamos á otro patio de planta más regular, en cuyo fondo se

alza la fachada principal. La portada es de admirables proporciones, de rica ornamentación, con columnas de preciosos mármoles, con ajimeces de calados almocárabes, con típicos escudetes de leones y castillos, con estalactítico arrocabe, bajo las pintadas molduras de su volado alero, con arcos angrelados de primorosas lacerías y con una leyenda entre las soberbias zapatas del piso principal, que dice en caracteres góticos: *El muy alto é muy noble é muy poderoso conqueridor Don Pedro por la gracia de Dios Rey de Castilla é de Leon, mando facer estos alcázares é estos palacios é estas portadas, que fué fecho en la era de mil é cuatrocientos y dos (1364)*. Airosas galerías se abren en el piso principal, á los lados de esta suntuosa portada; y destácase sobre ella, una cúpula de forma piramidal con arquitos angrelados, labores de azulejos, y por remate una dorada bola.

Dentro de la mansión real, cruzamos el vestíbulo, un tanto desnaturalizado de su primitiva forma y decoración; por un pasadizo llegamos al patio de las Doncellas. Esta denominación, así como las de otras alfagías, tarbeas y alhamis, es más convencional que fundada en hechos, memorias ni noticia alguna, como hace observar con su habitual erudición y buen sentido el Sr. Madrazo; creemos con él que es del todo infundada la conseja que supone era en un alhamí próximo á este patio donde ilusorios califas, solemnemente recibían el no menos ilusorio tributo de las cien doncellas. Aun suponiendo que el bastardo Mauregato diese

tal feudo á Abderrahmán, ni éste residía en Sevilla, ni es verosímil que los sucesores de aquel Rey leonés siguieran la práctica de tan vergonzosas parias, ni con documentos de notorio crédito se ha comprobado, según Sabau, comentarador de Mariana, el origen de tan peregrina fábula.

Sigamos nuestra visita; no pretendemos repetir la descripción harto hecha de este patio, ni de las estancias que admiramos en la planta baja; sólo vamos á detenernos ligeramente en aquél. La ornamentación es admirable. Las columnas de mármol de sus arcos y las columnillas de los esbeltos ajimeces, las acitaras caladas, así como las finísimas celosías, los frisos de almocárabe, en el cual se destacan escudos y las simbólicas columnas de Hércules con el *plus ultra*, y en fin, los alizares con estrellas en que aparecen inimitables reflejos metálicos, convierten esta alfagía en un conjunto de prodigios, que parecen más soñados que reales. Forma su parte superior una galería de orden jónico, obra de los arquitectos del Emperador. Los cuatro arcos centrales que vemos abrirse majestuosamente entre los veinte restantes que circundan el patio, conducen *al salón de Embajadores, al de Carlos V, al dormitorio de los Reyes moros*; el cuarto arco corresponde al hueco de un alhamí que se denomina *Trono del tributo*.

Todo cuanto hemos consignado al hablar de la portada y del patio de las Doncellas, tendríamos que repetirlo haciendo las mayores exageraciones y prodigando los adjetivos de

más efecto, al tratar del salón de Embajadores; aun así resultarían pálidas, deslabazadas y frías nuestras ponderaciones. Ante tan suntuosa y espléndida realidad, no hay descripción posible; así, pues, consignaremos, como noticias solamente, que la cúpula está firmada por D. Diego Ruiz, maestro mayor de los alcázares en tiempo de D. Juan II; que el cuerpo ojival que ostenta los retratos de los monarcas españoles desde Chindasvinto, debió obrarse en tiempo de los Reyes Católicos, por más que luego recibiera el aumento de los que les siguieron en el trono hasta el tercer Felipe; que los volados balcones, que en mal hora sustituyeron á calados ajimeces, son del tiempo de Carlos V; y, en fin, que las puertas de alerce, con inscripciones y taraceas inverosímiles, las hicieron artífices toledanos de mérito muy singular.

El patio de las Muñecas, admirable tarbea, que en nada cede á las más suntuosas de estilo granadino, ha sufrido algunas restauraciones, llevadas á cabo con mejor voluntad que buena fortuna; el salón de Carlos V se restauró y recibió notables agregaciones cuando las bodas del Emperador con Doña Isabel de Portugal, *una de las mujeres más hermosas del mundo*, según un contemporáneo suyo. Son notables las cabezas de relieve que se destacan vigosamente en la techumbre de este salón. Siguen, el del Rey moro, el de los Príncipes, el de la Sultana, el del techo de Felipe II, pues efectivamente en su tiempo se colocó la magnífica techumbre; en fin, el que se encuentra en el patio de la

Montería, que se conoce con el nombre de Sala de Justicia, y otras tarbeas, alhamis y pasadizos, cuya descripción detallada llenaría varios volúmenes.

El piso superior sufrió grandes estragos, cuando el fuego acaecido en 1762, que consumió parte de sus techumbres. El voraz elemento, sin embargo, respetó una estancia que da á los jardines, y la que se supone, con más ó menos fundamento, que comunicaba con las habitaciones de Doña María de Padilla, en el palacio del Caracol. La citada estancia conserva su zócalo de alizares, sus almocárabes y yeserías; bajo angrelado arco se ve una alhama, de la cual surge más fatídica, más imponente, más apasionada que en paraje alguno del alcázar, la figura colosal de su fundador. Esta era su estancia, en esta alhama reposaría su cuerpo, y estas paredes, que hoy contemplamos indiferentes, él también las contemplaría, cuando en la soledad meditara, ya lúbricos galanteos, ya atroces venganzas; aquí proyectaría nuevas leyes que aumentarían los ordenamientos de menestrales y costumbres públicas, que para el mejor gobierno de sus Estados había promulgado en Valladolid dos años antes de que se comenzaran estos alcázares; aquí sería víctima de delirios insensatos; aquí le haría ver sangre por todas partes, su extrañada razón, sangre que luego hacía derramar su índole cruel, acentuada por la educación que recibiera, las despiadadas costumbres en que se inspiraba, las venganzas de una madre implacable, las bajezas con que daban treguas

los bastardos á la cruda guerra que le hacían, y la doblez, impudicia, infamia, traición y cobardías de amigos, mujeres, enemigos, parientes y servidores; causas bastantes, no para justificar las *justicias* que enrojecen su reinado, sino para comprender que su índole inflexible, enérgica, y más cruel que bondadosa, se convirtiese en implacable y sanguinaria.

Un bajo relieve que en esta cámara representa un hombre sentado que mira hacia arriba, pretende la crónica, que el Rey mandó allí colocarlo, en recuerdo de una justicia *de las suyas*, que ordenó contra jueces poco escrupulosos.

Antes de visitar los jardines, entremos en la capilla construída en la parte que ocupaba el palacio del Caracol, habitado por la Padilla. Según suposición, cuyo fundamento ignoramos, los Reyes Católicos mandaron hacerla, para reparo, expiación y demás efectos *purificadores* de aquel célebre Caracol que fué testigo de los ardientes, sensuales y pecaminosos amores del hijo de Alonso XI. Este oratorio se terminó en 1503, según se lee en una de sus pilastras. Ofrece una de las más bellas muestras que dieron en aquella época de transición el arte ojival y el estilo plateresco. Los azulejos de este mismo estilo, que lo revisten, son dignos de estudio por más de un concepto, así como la *Visitación* que está representada en el retablo, con la firma de *Niculoso Francisco*, y el frontal con la Anunciación. De sus labores y adornos ornamentales no hablamos; pero son tan primorosos, y están tan bien ejecutados, que sobre

ellos podría estudiarse, no sólo el mayor grado de belleza á que llegó la discreta combinación de dos estilos, si que también la beneficiosa influencia que en los artistas de nuestra patria causaban las tendencias italianas y flamencas, que pueden notarse en esta acabada obra.

A los famosos jardines ya no les queda más que la fama, pues la especial disposición, que sin duda tuvieron, ha desaparecido lastimosamente. Hoy, aparte de su extensión y recuerdos, que nunca desaparecerán, no ofrecen nada de particular, una vez visitado el pabellón que en tiempo de Carlos V edificó Juan Hernández en la parte de jardín denominado *del León*. Es bellísimo este poético cenador, pues á más de conservar todavía, aunque un tanto mutilados, frisos, zócalos y columnas, produce grato efecto el conjunto armónico de sus dos estilos distintos. Sobre el estanque del jardín de la Danza, se alza un pesado muro con arquerías y robusta ornamentación, que sirve de fondo decorativo, de discutible gusto, y cerca estos *ultrajados* pensiles por la parte de Levante (1).

(1) El lector que desee conocer la disposición que tenían estos jardines en época aún no muy lejana, puede leer la descripción que hacía D. Vicente Alvarez Miranda, en una *Guía de Sevilla*, impresa á mediados del presente siglo, cuya descripción copiamos: «Divídense los jardines en tres departamentos, respectivamente dignos de la admiración de los viajeros, tanto por la amena fertilidad y frescura que respiran, cuanto por los bellos caprichos que en sus cuadros de arrayán y de boj representan. Éntrase á estos jardines por un oscuro

El baño de D.^a María de Padilla, en la actualidad, es un prolongado subterráneo con arcos ojivales revestidos por una bóveda que, sin duda, se hizo cuando el Emperador ordenó

y angosto callejón, que se encuentra en uno de los ángulos del *Apeadero*, y que realmente desdice de la grandeza y fama del *Alcázar* sevillano. Mas luego que se pasa el umbral de la puerta de hierro, disíparse la enojosa impresión de tan desagradable vista, apareciendo los encantadores verjeles, que tantas inspiraciones prestan á los númenes del Betis, y tantas delicias proporcionan á los que por vez primera gozan extasiados de esta apacible morada.

El primer departamento, donde se halla el gran estanque, permanente depósito á las aguas, lleva por nombre el *jardín de la danza*, por haber existido en él multitud de figuras de arrayán, que tenían en sus manos diversos instrumentos alusivos. Compónese de seis cuadros de mirto y arrayán, en cuyo centro se ven las más hermosas y delicadas flores, y en el vacío resultante en medio de ellos hay una pequeña y deliciosa fuente, la cual brota en opuestos giros, vistosos hilos de plata, pues tal parecen los saltadores que la embellecen. De la otra parte del *jardín de la danza*, está el llamado de la *gruta*, el cual da paso á la *casa rústica*; al frente de la puerta de los *baños de D.^a María*, hállase la verja de hierro, que comunica con el *jardín grande*, el cual consta de ocho cuadros de arrayán, en cuyo centro se ven los diferentes escudos de la corona de Castilla, con varias inscripciones.

El tercer departamento, que se llama el *jardín del León*, está poblado de limoneros, cidros y naranjos, cuyas frondosas copas nunca se ven despojadas de su riquísimo fruto, hallándose casi en su centro un bello cenador al cual rodea una galería sostenida por 22 columnas de rarísimos mármoles.

Hay en este jardín un estanque, no pequeño, que recibe el

las obras de esta parte del alcázar; pero en tiempo de la favorita del Rey, debían estar tapizados por cortinas de verdura, que apenas dejarían penetrar incierta claridad y el perfume

agua de la boca de un león de pésima escultura, el cual ha bastado, no obstante, para darle el nombre que lleva. Mucho tendríamos que extendernos, si nos empeñáramos en una prolija descripción de estos jardines, cuyos muros entapizan verdes naranjos, matizados constantemente de blanco y oloroso azahar, que embalsama el fresco ambiente, exhalando suavísimos aromas. Hácese preciso, imprescindible, ver los jardines del Alcázar, para concebir aproximada idea de la hermosura, amenidad y fragancia de aquel recinto, mansión deleitosa, no menos encantada que el fabuloso huerto de las Hespérides. «Allí el celebrado *laberinto* con su silvestre gruta y sus mil huertas (dice el inspirado Amador de los Ríos), que burlan la destreza de los que intentan aventurarse en sus retorcidas calles de frondoso arrayán; allí la *casa rústica*, brindando al goce tranquilo de una apacible y embalsamada sombra; allí los deliciosos estanques, que que en sus cristalinas aguas parecen reflejar aún los minaretes del alcázar famoso del valiente Abdalasis, y allí, finalmente, el eterno manto de flores, con que en otras partes se engalana la primavera por breve espacio... ¡Y sobre tanta delicia, sobre tanta belleza, ese cielo purísimo de Sevilla, que á ninguno otro se parece, y que tanta vida y calor le presta al propio tiempo!... Glorifense las ciudades de Italia con sus pensiles, ornados con mil estatuas de riquísimos mármoles de Ferrara y Génova, y decanten cuanto puedan la amenidad de su suelo: mientras Sevilla ostente los jardines de su Alcázar, en donde tanto orientalismo, tanta poesía se respira, nada tiene que envidiar en este punto á ninguna de las ciudades que más fama hayan alcanzado por su fertilidad y abundancia.»

de los jazmines y madreselvas. Las olorosas flores de la trepadora, quizá se enroscaran á las fuertes nervaduras que hoy contemplamos, y caerían sobre las cristalinas aguas, que al reflejar sus amarillentas flores, también reflejaría el divino y—según la crónica—pequeño cuerpo, aunque de atrevidas turgencias, de la Padilla.

CASA DE CONTRATACIÓN

El movimiento comercial de Sevilla en el siglo XVI, era tan importante, que bien puede considerarse esta población como una de las más ricas durante aquel afortunado período por que España venía atravesando desde la rendición de Granada. Las naos del Nuevo Mundo subían por el río cargadas de cuantiosas riquezas, que desembarcaban en la ciudad, la cual obtenía pingües beneficios; su alcaicería de la seda era célebre en todo el mundo por las costosas telas que en ella se vendían; y como dato curioso de la índole positiva de las riquezas que llegaban de Indias, leemos en el *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, del maestro Pedro de Medina: "Aquí han venido y vienen muchas naos cargadas de oro y plata. Ha venido nao cargada de pasta de oro, redonda, de cuatro palmos de longura, y con más de cien vasijas de oro, entre tinajas y macetas, y con trece ídolos de oro, y en una tinaja cabían ocho cargas de agua."

Con tanto oro, y el buen estado de ánimo y placidez que sin duda disfrutarían los sevilla-

nos, se comprende, desde luego, que levantarán esas suntuosas construcciones que hoy admiramos, así como que prodigarán ostentosos despilfarros, en las fiestas, trajes y costumbres, que leemos con tanto estupor como deleite en los avisos de la época y en los curiosos anales del bueno de Ariño.

Desde luego se comprende que las transacciones mercantiles debían ser numerosas, y necesario un punto de reunión donde pudieran congregarse los mercaderes, pregoneros, vendedores, maestros y patronos de naves, mancebos de las alcaicerías, y hasta los mozos de esportilla de que nos habla Cervantes. El sitio más frecuentado por estos altos y bajos representantes del comercio, era el Corral de los Naranjos. Allí existió al aire libre la contratación; pero el escándalo y notoria impiedad que semejante barullo causaría indudablemente á la puerta de la Iglesia Mayor, decidió al Arzobispo D. Cristóbal de Rojas á gestionar cerca de Felipe II la construcción de una casa de contratación, á semejanza de la que recientemente se había creado en Londres.

Tal proyecto se avenía bien con las ideas de la Católica Majestad, quien desde luego ordenó á Herrera que hiciera el proyecto de la pesada Casa de Contratación. El Rey cedió los terrenos; entre la ciudad, los mercaderes, los derechos que devengaban las numerosas naos y galeras que surcaban el río, y otros que se crearon, arbitráronse más que suficientes recursos para alzar en el corto período de trece años, desde 1585 á 1598, la inmensa mole, de

piedra de Jerez y de ladrillo, que vamos á visitar.

Costaron las obras unos ochocientos mil ducados; las dirigió, según los planos de Herrera, su discípulo Juan de Minjares, el cual con su maestro había trabajado en las del Escorial. Pequeñas modificaciones pudo hacer Minjares, y si alguna llevó á cabo, afectó más á detalles de ornamentación que á la parte esencial de los planos, por su maestro trazados, y por el glacial monarca, quizá corregidos.

En esta Lonja ó Casa de Contratación se verificaron las negociaciones mercantiles, hasta que Felipe V incorporó el consulado de la ciudad al de Cádiz; pero restablecida por Carlos III en Sevilla la casa de contratación, siguió, aunque sin su antigua importancia, que ha ido amenguando á medida que la pérdida de nuestras posesiones americanas, y otras vicisitudes, desmembraban la integridad de la nación, y agotaban las fuentes de su riqueza. Hoy, en los vastos salones de sus galerías, están instaladas las oficinas de las obras del río y puerto, las del Tribunal de comercio, y otras que no recordamos; más adelante consagraremos toda nuestra atención á las del Archivo de Indias; también instaladas en este edificio.

Rodea tan vasta fábrica, ancha lonja accesible por varias gradas, y de trecho en trecho gruesas columnas, destinadas á sostener fuertes cadenas de hierro. Su planta es cuadrangular y sus fachadas de estilo greco-romano, con dos cuerpos de orden toscano. La línea recta es el único ornato que se percibe en sus muros,

rematados por una balaustrada, con las correspondientes bolas, y en los ángulos, pirámides almohadilladas de deplorable efecto. El grandioso patio, las inmensas galerías, las columnas, los arcos de medio punto, las espaciosas escaleras, los salones, las bóvedas y todo, es allí grande, frío, correcto, magnífico si se quiere, acabado, matemático, pero bello no.

En Sevilla, frente á la basílica, á la vera del alcázar, y con el ánimo impresionado por la morbidez, gracia, movilidad y elegancia de estilos y gustos en que poderosamente han influido la luz, la alegría y el buen gusto; de estilos que reflejan expansión, tristezas, deleites, pesares y aun pasiones; nosotros, que pensamos con el corazón, no podemos apreciar la magnificencia, ni belleza monumental que, sin duda, tendrá esta obra de un coloso, es cierto, pero de un coloso que moldeaba todas sus concepciones en la gracial turquesa de otro coloso; titán del pensamiento, de la fuerza, del estoicismo, del sacrificio, de la virtud quizá, pero nunca del sentimiento, ni de la imaginación.

Una suntuosa escalera, revestida de mármoles, nos conduce al Archivo de Indias. Lo instaló Carlos III en las galerías altas. El Superintendente, canónigo D. Antonio de Lara, ordenó los documentos, referentes á Indias, desde el tiempo del glorioso descubridor. Estaban repartidos en Simancas, en la secretaría de Nueva España y Perú, en las secciones de Ultramar de todos los Ministerios y en varias oficinas, unas extinguidas y otras que dejaron

de intervenir en los asuntos de Ultramar cuando se creó el Ministerio del ramo. De la sección de Política de este departamento depende hoy tan interesante y precioso archivo. Los 32.000 legajos, próximamente, que se conservan en los estantes de cedro y caoba adosados á los muros, son de inapreciable valor para la historia de nuestra dominación en América. En las vitrinas de la galería central se ven documentos y autógrafos curiosísimos; citaremos, entre otros: *la Bula del Papa Alejandro VI* á los Reyes Católicos, sobre su soberanía en Indias; el *Testamento de Juan Sebastián del Cano*; la *carta* que dirigió al rey *Don Fernando, Vasco Núñez de Balboa*, sobre sus viajes; la cubierta de la *Información de Miguel de Cervantes*, sobre su cautiverio en Argel, de su puño y letra; cartas y preciosos autógrafos de *Diego de Almagro*, *Hernán Cortés*, *Fray Bartolomé de las Casas*, *Pedro de Alvarado*, *Magallanes*, de la *Monja Alférez*, de *Diego Colón* y de otros guerreros y descubridores ilustres, que á costa de su propia sangre, ó de una vida llena de trabajos y sacrificios, conquistaron preciados florones para la corona de España, fama inmortal y un puesto glorioso en las páginas de la Historia.

PALACIO ARZOBISPAL

Podemos visitarlo rápidamente al salir de la Lonja. Está situado frente á la Giralda, y su aspecto exterior es una muestra del estilo de transición que se inició en las postrimerías del

siglo XVII. En los adornos de la portada y en toda la decoración de los antiguos cuerpos que forman la fachada principal, aparece el gusto barroco. El interior, su decorado y las pinturas que existen en la escalera y salones son notables, según noticias, de cuyo valor no respondemos, pues no hemos pasado de la escalera de jaspes, que restauró, por cierto, Fray Miguel Ramos. La portada, según las referidas noticias, trazóla Lorenzo Fernández de Iglesias; la costeó D. Manuel Arias, así como las obras del interior el Cardenal Niño de Guevara.

CASAS CAPITULARES

Los Adelantados, y más tarde los Asistentes de Sevilla, reunían cabildo en sus palacios, por ser grandes personajes afincados, por lo general en la ciudad, los que desempeñaron estos puestos, ó en la casa del Corral de los Olmos, propiedad del Cabildo; pero habiéndose trasladado la pescadería desde el paraje que desde muy antiguo ocupaba en la plaza de San Francisco á una de las naves de las Atarazanas, fundadas por Alonso X, quedó á la vera del convento de San Francisco un terreno muy capaz de ser aprovechado para digno emplazamiento de la casa de la ciudad. La estancia del Emperador, cuando sus bodas con Doña Isabel de Portugal, fué para el arte época de afortunadas construcciones, que hoy admiramos cual preciadas joyas del Renacimiento. La construcción de la catedral había reunido en

Sevilla famosos maestros mayores, hábiles artífices, peritísimos aparejadores, canteros, entalladores, pintores, imagineros y estofadores, que contribuyeron á terminar las prodigiosas construcciones comenzadas durante las postrimerías del reinado de los Católicos Fernando é Isabel, ó en los comienzos del de Carlos V. Las flotas de Tierra Firme y de Nueva España comenzaban á traer á la capital de Andalucía grandes remesas de oro y plata; el clima deleitoso, su feraz y pintoresco suelo, la afabilidad y agrado de sus habitantes y las grandes ventajas que Sevilla, más que otra ciudad, había conseguido después de la rendición de Granada y del descubrimiento y dominación de España en las Américas, eran causas bastantes para que la ciudad fuese en aquel entonces emporio de riquezas, corte del arte, famoso jardín habitado, cuya fama llegaba hasta los más remotos estados de la monarquía española, y á la sazón corte festejada de la cesárea majestad del de Gante. Las solemnidades que en la citada plaza de San Francisco se verificaban, autos de fe, justas, juegos de sortijas y toda suerte de simulacros y divertimientos, y el estar los terrenos de la pescadería, antes citados, tan en el centro de la población, contribuyó poderosamente, amén de las favorables circunstancias ya apuntadas, á que se alzase en la prolongación de la fachada del convento uno de los monumentos patrios, en que el estilo plateresco se manifiesta con caracteres más bellos y acentuados. A la voz del Asistente D. Juan de Silva y Rivera congregáronse los Caba-

llos Veinticuatro, los Jurados, los Regidores y cuantos tenían voto en cabildo, para acordar solemnemente, como así lo hicieron, la erección de un edificio digno de tan gran ciudad. En efecto, en 1527 se comenzaron las obras, bajo la dirección del célebre maestro mayor Diego de Riaño, según investigaciones practicadas no há mucho por el celoso autor de la *Guía Artística de Sevilla*. En los documentos descubiertos por el ya citado Sr. Gestoso, figuran también, en calidad de aparejadores ó en la de maestros que sucedieron á Riaño, los hermanos Martín y Juan de Gainza, Arnao, Juan Sánchez y otros muy notables artífices, cuyos nombres hemos citado al tratar de las obras que por aquel tiempo se ejecutaban en la basílica. Las de las Casas Capitulares se dieron por terminadas en 1556, siendo Asistente D. Francisco Chacón, señor de Casarrubias y de Arroyo Molinos, desde cuya época permanecen en tal estado.

El aspecto exterior de sus fachadas es característico en extremo, por la variedad y riqueza de su ornamentación, por la traza singular y bien dispuesta de todos sus ángulos, y hasta por la misma diferencia que se observa entre la parte ornada con todos los primores y alardes del estilo plateresco, y la relativa sobriedad que ostentan las galerías del tiempo de Felipe II. Presenta tres frentes, y a pesar de la falta de ornamentación que se nota en uno de ellos, el cual, desde hace 320 años, parece que está sin concluir, así como del coronamiento, que también se echa de menos, de uno de esos

coronamientos con que acostumbraban á cerrar sus obras aquellos colosos del Renacimiento; apesar de todo esto, decíamos, el conjunto es bellissimo, por las fantasías platerescas que prodigaron hábiles artistas, en infinitos capiteles, puertas, arcos, frisos y balaustres. Antes de entrar en la Sala Capitular se ven las armas imperiales sustentadas por dos genios; esta cámara es de admirables proporciones, con gradas adosadas alrededor de sus muros, en las cuales se sentarían los Veinticuatro, Regidores y Jurados, según la etiqueta, que marcaba perfectamente el puesto de cada uno. En esta sala tomarían los acuerdos para llevar á cabo obras monumentales, que hoy admiramos como gala y riqueza de la sin par Hispalia; aquí daría cuenta aquel infatigable perseguidor de *regatones* y demás gente hampona y maleante, el Asistente Conde de Puñonrostro, de la protección que los señores de la Audiencia daban á una hermosísima y descarada jabonera llamada María de la O; aquí el 28 de Junio de 1595, reunido el cabildo en pleno, se tomaría el célebre acuerdo de derribar las puertas de la cárcel, para sacar á viva fuerza y cumplir á toda costa la sentencia de azotes que María de la O había de sufrir, apesar de la tenaz oposición que hicieran en defensa, sin duda, de las blancas carnes de tan gentil y retozona jabonera, los circunspectos y graves personajes de aquel alto Tribunal de Justicia; aquí también se celebrarían las borrascosas sesiones habidas por detalles de etiqueta, cuando en los funerales de Felipe II, el Santo Ofi-

cio y otras autoridades se retiraron con notorio escándalo del público sevillano, que admiraba el túmulo, dado á conocer por Cervantes en su inmortal soneto; aquí se acordaría el modo de defender la ciudad contra un golpe de mano, que se temía, de las tropas desembarcadas de la escuadra que mandaba el Duque de Egmont; y aquí, en fin, se discutirían y saldrían á relucir sucesos en extremo curiosos, fiestas, solemnidades y desgracias que extensamente trataremos con más tiempo y mejor oportunidad.

Sigamos examinando en la Sala Capitular el gracioso friso que la circunda, la bóveda ojival, con notables adornos y figuras esculturales, y los medios puntos que sustentan el notable artesonado. El de la Sala Capitular alta, también es magnífico; tanto en ella como en el vestibulo, primorosa muestra del estilo de transición, en el Archivo, terminado en tiempo de Felipe II, en la Biblioteca, que guarda un tesoro de documentos y curiosidades, y en la escalera, encontramos, por doquier, galanas muestras de un estilo que llegó á florecer con mayor esplendor, gracias al genio de nombres gloriosos, entre los cuales figuran los de aquellos que á cabo llevaron la obra admirable de las *Casas Capitulares*.

AUDIENCIA

Felipe II estableció en Sevilla la Real Audiencia, cuyo presidente le inspiraba, sin duda, gran confianza; pues á él pidió el siniestro monarca informes confidenciales de algunos

asuntos, algo escabrosos por cierto, con los cuales tenía que ver el Arzobispo, así como también, con ocasión de varios escándalos que por aquel entonces se promovieron en la catedral. Se instaló en la casa cuadra de D. Enrique II, fué reedificada en 1604, y conserva tan poco de su primitiva forma, que aparte de la escalera y de algunos insignificantes vestigios, no merece que hagamos particular mención de este edificio, que hoy aloja al presidente de la Audiencia, y sirven sus espaciosas cámaras para salas y dependencias del palacio de Justicia.

CASA DE PILATOS

En la plaza de Pilatos se alza una elegante portada de orden corintio, con escudos, cruces de Jerusalem y cabezas de emperadores, y á su izquierda, en una hornacina, una cruz de jaspe. La cruz, el arco y los pocos adornos que ostenta esta sencilla portada, no nos darian el menor indicio de que nos hallamos ante la famosa Casa de Pilatos, si no leyésemos en una lápida: *"Esta casa mandaron hacer los ilustres señores D. Pedro Enríquez, Adelantado Mayor de Andalucía, y D.^a Catalina de Rivera, su mujer, y esta portada mandó hacer su hijo D. Fadrique Enríquez de Rivera, primer Marqués de Tarifa, asimismo Adelantado. Asentóse en 1533."* En efecto, esta es la tan renombrada mansión, emblema suntuoso y elegante de las construcciones civiles del siglo XVI; vivienda regia que alzó el buen gusto de D. Pedro Enríquez,

de su hijo el Marqués de Tarifa, y de su nieto el primer Duque de Alcalá; palacio que embelleció D. Fernando Enríquez de Rivera, y célebre Academia en tiempo de este ilustre magnate, quien, bajo los arcos del patio, ó en las suntuosas cámaras mudéjares, reunía á Góngora, Jáuregui, Baltasar del Alcázar, Rioja, Juan de Arquijo, Cervantes y el pintor Pacheco.

Esta casa pertenece á la de Medinaceli por el ducado de Alcalá. Los nombres de *Casa de Pilatos*, *Sala del Pretorio*, *Descanso de los Jueces*, etc., son del todo fantásticos y no tienen otro fundamento que un viaje que hizo á Tierra Santa D. Fadrique Afán de Rivera, el cual conmemoró expedición tan famosa, en los pilares de la portada, que nos dicen la fecha en que entró en Hierusalem el primer Marqués de Tarifa. Otro recuerdo de esta extraordinaria peregrinación, es la cruz de la portada, que según Zúñiga, la mandó colocar allí el Marqués, como primera estación de las catorce que anduvo Cristo, cuya distancia es igual á la que hay desde esta cruz al Humilladero de la del Campo, en donde termina la catorce estación del vía-cruceis, trazado según las medidas que de Tierra Santa trajo el ilustre *palmero*. Estos recuerdos, la importancia que en aquellos tiempos tenía un viaje á Palestina, el impulso dado por el célebre viajero á las obras de este palacio, su estilo mudéjar, que suele ser considerado por los profanos como de carácter semi-oriental, y contando, por supuesto, con la extraña amalgama que hace el vulgo de moros

y judíos, justifican que en el curso de varios siglos, la rica fantasía del pueblo andaluz haya creado, ya el *balcón de Pilatos*, ya el *pozo* donde estaba sentado San Pedro cuando negó á Cristo, ya la columna donde le ataron, ya un sin fin de pasajes y parajes de la Pasión que los *cicerones* del país revisten de tanto color local, que poco les falta para repartir los papeles de Caifás, Eneas, las tres Marías y los fariseos, entre los porteros que guardan la casa y sus familias. Una vez en el elegante vestíbulo del palacio de los Duques de Alcalá, penetremos en el admirable patio principal. En sus cuatro frentes se abren arcos, unos pequeños, otros grandes, rebajados algunos, y cubiertos todos de inscripciones y almocárabes de exquisita labor. Apesar de esta desigualdad, ofrece tan armónico conjunto, que acredita á los hábiles artífices mudéjares que lo construyeron, como dignos sucesores de aquellos alharifes que ornaron las tarbeas y alfarías del más puro estilo granadino. Coronan la decoración de la parte baja, graciosas lacerías, sobre las cuales corre curiosísimo antepecho, y revisten los muros, alizares de inapreciables azulejos del siglo XVI, en los que campean unidos los timbres de las casas de Alcalá y Medinaceli.

Estatuas que representan á Palas, *pacífera* y *belígera*, á Ceres y á una musa, en los ángulos del patio; los bustos de Césares que adornan las galerías, y la fuente del centro, que sustenta una cabeza de Jano con dos caras, á más de algunas muy buenas esculturas que se

ven en el resto del edificio, y otras que se trasladaron al palacio ducal de Madrid, acreditan las clásicas aficiones de D. Fernando, tercer Duque de Alcalá. La capilla excede á toda ponderación, por el gracioso y bien pensado conjunto que ofrece el arte ojival, revestido de los más admirables ornatos del estilo mudéjar. Sus alizares de finísimo azulejo, los bien trazados almocárabes, los arrabás de los ajimeces, las exaracas de sus frisos, y tanto primor como allí se encierra, nos sumen en grata contemplación, de la que salimos para volver al estupor que nos produce la escalera. Es un alarde de ingenio, riqueza y originalidad; sus paredes están colgadas, más que revestidas, de un tapiz formado de esmaltados azulejos; su techumbre es una labor que no desdeñaría el autor de la bóveda del Salón de Embajadores, y sus admirables proporciones son dignas de tan sorprendente decoración. Nuestro repertorio de adjetivos se agotaría si siguiésemos hablando de los salones que se conocen con los nombres del *Pretorio*, el *Descanso de los Jueces*, la sala de la *Fuente*, así como varias habitaciones y dependencias de los dos pisos, dignas de admiración y detenido estudio, ya por sus ornatos, ya por sus techos y pinturas.

CASA DE LOS PINELOS Ó DE ABADES

Con ambos nombres se conoce esta casa, situada en el núm. 6 de la calle de esta última denominación, originada por haber vivido aquí los abades de la catedral, cuando pasó á ma-

nos del Cabildo por donación del maestrescuela D. Jerónimo Pinelo. Esta ilustre familia, oriunda de Génova, estaba enlazada con la estirpe de los Enríquez de Rivera por el matrimonio de Doña Teresa Pinelo con D. Pedro, segundo Marqués de Tarifa, de cuya unión nació el beato Juan de Rivera en 1533. En la citada época debieron hacerse las grandes restauraciones que exigía la antigüedad de esta casa, pues se cree que ya en 1407 alojó al infante D. Fernando, conquistador de Zahara. D. Pedro Madrazo, autoridad que nos merece tanta admiración como respeto, dice en el libro *Sevilla y Cádiz* de la obra *España*, que las obras de restauración que se hicieron en la casa en tiempo del insigne Marqués de Tarifa, "la convirtieron en suntuosa fábrica; fábrica de ese *renacimiento sevillano*, fantástico, pintoresco, original, caprichoso y antojadizo, que con gracioso desenfado prescindió de la razón lógica de todos los anteriores estilos, é introdujo, como simbolizando el veleidoso carácter andaluz, prendado de todos los tipos de la belleza, sin apasionarse formalmente de ninguno, un estilo mixto de árabe, gótico é italiano moderno, que nunca conocieron los grandes arquitectos italianos ni franceses."

En el patio ya se nota la agradable unión que producen los indicados estilos; una reja próxima á la escalera es del más puro gusto ojival; los revestimientos de los peraltados arcos son platerescos, y en las tarbeas, en los medallones, en las ventanas, en la traza de la techumbre y en la decoración, aparecen, inti-



mamente unidas, manifestaciones mahometanas y fantasías platerescas. Esto mismo observamos en la habitación en donde se supone nació el beato Juan de Rivera, así como en la contigua estancia, ambas muy dignas de atención, á pesar de las alteraciones que han sufrido sus bellos revestimientos.

LAS DUEÑAS

Por hallarse próximo al Monasterio de *Santa María de las Dueñas*, bárbaramente destruido en 1868, es sin duda designado con esta misma denominación de *Las Dueñas*, el palacio que hoy pertenece á la casa de Alba, por el marquesado de Villanueva del Río. Su origen es antiquísimo; se atribuye su fundación á los señores de Casa Bermeja, que tuvieron que venderlo en 1483, á la viuda del adelantado D. Pedro Enriquez, para rescatar al caballero de su linaje D. Juan de Pineda, prisionero de los moros, en la desastrosa expedición de la Ajarquia.

Tendríamos que repetir aquí cuanto acabamos de consignar sobre la casa de los Pinelos; y las exclamaciones y adjetivos se impondrían al estilo descriptivo, liso y macarrónico, de guía, en fin, si no nos detuviera penosa impresión, producida por el mísero estado á que han llegado las que fueron galas mahometanas, gentilezas ojivales y fantasías del Renacimiento.

La amplitud de esta mansión era tal, que según la *Guía artística*, se contaban dentro de sus muros 11 patios con 9 fuentes, y más de 100

columnas; sin embargo, aún conserva restos muy apreciables y merece que el viajero llegue hasta la calle de las Dueñas, aunque sólo sea para visitar detenidamente la capilla, que hay en la planta baja, preciosa obra del siglo XV, con bellísimos y puros ornatos ojivales, y con estimables muestras de la cerámica del siglo XVI; la techumbre de mahometano alfarje de una sala del piso superior; los arcos de la capilla y del jardín; las rejas que á él dan, y un sin fin de vestigios admirables que restan en frisos, arcos, pilastras, alizares, techumbres y lacerias.

* * *

Otras muchas casas se conservan en Sevilla dignas de ser visitadas, no sólo por los vestigios arquitectónicos y ornamentales que conservan, si que también por los recuerdos que nos ha legado la historia y la tradición. Entre otras, no podemos omitir la casa del Marqués de Moscoso, descendiente de los Taveras, que inmortalizó Lope de Vega en su drama *La Estrella de Sevilla*; el palacio del Duque de Tamames, en la plaza de las Mercenarias; la casa del Conde de Peñafior, en la plaza de Villasis; la del Duque de Osuna, en la de Ponce de León; y las de tantos magnates, unidos íntimamente á la crónica de Sevilla, desde la conquista del Santo Rey, con los nombres de Guzmanes, Enriquez, Ponces de León, Afán de Rivera, Ortices de Zúñiga, Mesías y varios más que ya figuran en el repartimiento que hizo el Con-

quistador, ya en las páginas más gloriosas de la Historia de España.

HOSPITAL DE LA CARIDAD

En parte del terreno ocupado por las Atarazanas que D. Alonso el Sabio mandó edificar, para la construcción de galeras y efectos navales, y entre los postigos del Carbón y del Aceite, se alza el Hospital de la Caridad. La historia de su fundador, la importancia de la hermandad que lo atiende y gobierna, los edificios que lo forman, y las obras de arte que encierra, nos hacen visitar esta santa casa con particular predilección.

Vivía en Sevilla á mediados del siglo XVII un caballero de ilustre familia, con crecido patrimonio que heredó de sus mayores, y entregado á las más desenfrenadas aventuras y galanteos. Sus fueros, la gentileza de su persona, su linaje, el hábito que vestía, la fortuna que disfrutaba y el carácter animoso y aventurero de D. Miguel de Mañara y Vicentelo de Leica, que así se nombraba el tal caballero, hacíanle ser héroe de un sin fin de aventuras de notoria impiedad. Así vivía, entregado á los placeres que le brindaba una época tan galante y libre en el fondo, como en las apariencias circunspecta y mojigata, cuando Dios le tocó en el corazón, como suele decirse vulgarmente, y de la noche á la mañana, aquel espíritu, entregado á la pompa y placeres mundanos, anheló la única dicha que es dado aspirar á los humanos: la práctica del bien, y el ejercicio

de la caridad. Una singular y poética leyenda cuenta que, al regresar una noche á su casa el, entonces, impío Mañara, recibió un fuerte golpe en la cabeza, y oyó una espantable voz que decía: *traed el ataúd, que está muerto*. Al poco rato, pudo incorporarse y regresar á su casa sin haber visto á nadie. Aquel primer aviso del Cielo, según la leyenda, no bastó para apartar al libertino de la licenciosa vida que llevaba, hasta que otra noche oyó medrosos cánticos fúnebres, y vió desfilan un entierro. Preguntó á quién llevaban á enterrar con tanto acompañamiento de frailes, penitentes y encapuchados; mas su terror fué grande, cuando dijéronle que el muerto era *D. Miguel de Mañara*. La visión desapareció, pero el noble calatravo, desde el siguiente día hasta el de su muerte, consagró toda su vida y hacienda al cuidado de los pobres y enfermos. D. Miguel de Mañara representa el tipo legendario, auténtico y nacional del personaje fantástico que ha servido de inspiración á ilustres poetas y músicos españoles y extranjeros. La buena índole, sin duda extraviada, de tan piadoso caballero, su claro talento, la religión en que nació y de la que aturdidamente estaba apartado, decidieronle, ya sea por la fantástica leyenda, ya por otras causas, probablemente más humanas, sin que neguemos por esto las divinas; movieronle al arrepentimiento y á practicar santa y provechosamente el bien de sus semejantes. Con tan piadosa é irrevocable determinación reformó los estatutos de una antigua hermandad, y sobre la pobre capilla que aquélla poseía, eri-

gió y dotó la iglesia y hospital que estamos visitando, bajo la advocación de la *Caridad*. Su iglesia es de estilo greco-romano, y tanto en la portada como en todos los ornatos, así del templo como del resto de la fábrica, se advierte el gusto decadente de la época en que se construyó.

Lo interesante aquí, á más de la figura tradicional que creó este santo Hospital, son las obras de Murillo que aún conserva el edificio, pues desgraciadamente, algunas de las que un día le pertenecieron, pasaron á formar parte de la galería de pinturas del Mariscal Soult. En el retablo mayor hay un *entierro de Cristo*, de Roldán; á los pies de la capilla mayor está enterrado el fundador; en el altar próximo al presbiterio, del lado del Evangelio, se ve un niño Jesús, de Murillo; inmediato á este altar otras dos obras suyas también, representando á *Moisés sacando agua de la peña*, y el milagro *de la multiplicación de los panes y peces*; en los próximos altares se admiran, la *Anunciación*, y *San Juan de Dios, cargando con un mendigo*, admirables lienzos del inmortal pintor, así como un San Juan Bautista y otros cuadros, que con más ó menos fundamento se le atribuyen. En la opuesta banda de la Epistola, un lienzo de Valdés Leal, llena todo el frente del coro alto; en el vestibulo, y á los lados de la puerta, la escasa luz que llega, apenas nos deja ver los dos famosos cuadros de la fragilidad de la vida y de sus pompas y vanidades. El pensamiento que en ellos desarrolló su autor Valdés Leal, es tan altamente filo-

sófico como espeluznante y terrorífico. Otros lienzos de este autor, de la escuela flamenca, de Céspedes y de Roelas, se ven en la Sala Capitular de la hermandad, así como el retrato del fundador, su espada, y preciosos autógrafos de Murillo, gran amigo de D. Miguel de Mañara.

HOSPITAL DE LAS CINCO LLAGAS

La virtuosa señora Doña Catalina de Rivera, del esclarecido linaje fundador de tan bellas obras monumentales como hoy admiramos en Sevilla, consiguió bula del Pontífice Alejandro VI para crear un hospital en la calle de Santiago, origen del fundado por D. Fadrique Enriquez de Rivera, hijo de tan ilustre dama, la cual dejó el encargo de continuar tan piadosa empresa á sus hijos D. Fernando y el citado D. Fadrique. Desde principios del siglo XVII, en cuyo año primero murió el ilustre marqués, hasta mediada la citada centuria, no se pudo habitar el nuevo hospital, cuyas obras estaban al cuidado de los priores de la Cartuja de San Jerónimo y de San Isidoro del Campo, albaaceas que el fundador dejara para la debida ejecución de su benéfica obra. En ella, y en los estudios preparatorios y planos, intervinieron, más ó menos directamente, los maestros mayores, y aparejadores Francisco Rodríguez Cumplido, Luis de Vega, Martín de Gainza, Luis de Villafranca, Fernán Ruiz, Machuca, Juan Sánchez, Diego Hernández, un italiano al servicio de la casa del Duque de Alba, llamado

Benvenuto, Martín de Baliarren, Ascanio de Maeda, Arias Pérez, Martín Infante, Minjares, y todos los más notables constructores de aquella época.

Está situado este espacioso hospital en un vasto terreno próximo á la puerta de la Macarena; la fachada, al mediodía del edificio, es de piedra de Morón, con dos cuerpos, dórico el inferior y jónico el segundo, así como la portada, en cuyo primer cuerpo, medias columnas reciben el cornisamento, con el arco de la puerta en el centro, sobre la cual descansan bajos relieves de mármol, representando las virtudes teologales; y en el segundo, el escudo de las cinco llagas del hospital, simbolizado con las palabras del Evangelio *Quia vidisteme, Thoma, credidiste*. En las enjutas aparece el año en que se terminó la portada, y á los lados del escudo citado, los timbres heráldicos de los Enríquez y Rivera. Remata esta portada, de mármol blanco, un frontispicio triangular con jarrones. Una vez franqueada la portada y el cancel que la cierra, llegamos á un patio rodeado de galerías; en el centro se alza la iglesia, cuya planta afecta la forma de una cruz griega, y su fachada presenta los tres órdenes, dórico, jónico y corintio, teniendo en el centro la portada, revestida de costosos mármoles. Sus dos cuerpos ofrecen columnas estriadas, en la clave del arco de medio punto aparece una leyenda análoga á la mencionada anteriormente, y sobre ésta, se ostentan medallones de mármol con *la Caridad, la Fe y la Esperanza*, por cierto, de bellísima ejecución.

El interior del templo presenta interesantes muestras del período en que se ejecutaron las obras, y del autor que las llevó á cabo; no sólo en su traza, proporciones y decoración, si que también en el costoso presbiterio greco-romano, y en las pinturas de los altares, ejecutadas por Roelas, Zurbarán, Márquez, Bernardo Germán y Jerónimo Ramírez. Las salas destinadas á hospital, corresponden á la grandiosidad de este edificio.

PARROQUIAS Y CONVENTOS

Sólo el estudio de las iglesias de Sevilla ocuparía varios volúmenes. Los antiguos templos bizantinos, convertidos luego en mezquitas, éstas transformadas en iglesias cuando la Reconquista, y un sin fin de edificios que alzó la piedad de los siglos pasados, constituyen un número tan crecido de conventos de religiosos, de iglesias abiertas al culto, que un día albergaron comunidades de casi todas las religiones, desde la de San Francisco hasta la de San Ignacio, y de tan respetable número de parroquias, que sería curioso averiguar la superficie cubierta por edificaciones religiosas en las postrimerías del siglo pasado.

La índole ligera de estos apuntes no nos permite hacer un detenido estudio de todas y cada una de las iglesias que lo merecen; indicaremos algo, sin embargo, sobre los edificios más importantes de carácter religioso.

Santa Ana.—En el barrio de Triana, calle de Vázquez de Leca, se alza la parroquia de

Santa Ana, atribuída á D. Alonso el Sabio. Las restauraciones y reparos que ha sufrido, desnaturalizaron, en parte, el carácter que tenía este antiquísimo templo; sin embargo, es interesante la puerta que da á la calle de Vázquez de Leca. Sus tres naves ojivales acusan el vigor de las construcciones de la época. El retablo del altar mayor, de gusto plateresco, está adornado con pinturas de Pedro de Campaña y de esculturas que se atribuyen á Pedro Delgado. En las capillas que rodean los muros de la iglesia, se conservan apreciables pinturas de Alejo Fernández, de Pedro de Campaña y de Ildefonso Vázquez; en la bautismal, la pila con una inscripción del siglo XV, y próximo á una de las puertas, curiosísima laude sepulcral.

San Andrés.—En la plaza de San Andrés, conservando aún restos de una antigua mezquita, así como algunos reparos y ornatos del siglo XIV, se levanta la parroquia de este nombre. En el altar mayor y capilla hay pinturas de la escuela sevillana, que se cree son de Valdés, contemporáneo de Murillo. La *Concepción* que se venera en el altar de esta advocación, suponen unos que es de Montañés, y otros, quizá con más fundamento, la atribuyen á Alonso Cano.

San Gil.—Esta parroquia es una de las más típicas de Sevilla, próxima á la puerta de la Macarena y en la plaza de San Gil. Los restos mudéjares que se observan, son indudables, así como los de obras que debieron ejecutarse en los siglos XIII y XIV. Desgraciadamente

apenas se perciben las huellas de los ilustres protectores, entre los cuales la crónica señala al rey Don Pedro, quien profesó muy particular devoción á este templo, realizado además por leyendas, consejas é historietas. En su interior, ni el altar mayor, de gusto deplorable, ni las capillas, ofrecen nada digno de mención, á no ser una efigie del Cristo de los Desamparados, y otra de la Virgen de la Esperanza, vulgarmente conocida por la *Macarrena*, atribuida á Hita, y de la cual hacemos particular mención en uno de los anteriores *Bocetos*.

Santa Marina.—En la plaza del mismo nombre existe esta parroquia, que fué mezquita, como bien claro lo atestigua la torre, con arcos angrelados, y los restos, de estilo mahometano, en el paramento exterior del muro de la derecha de la iglesia. La portada es en extremo interesante. Bajo su alero vense cabezas de leones, arcos ojivales, representaciones de personas, animales, vides y alegorías que alternan con primitivas esculturas, representando á Cristo, la Virgen y Santos que descansan sobre curiosas repisas. La parte interior está formada por tres naves de arquería ojival; algunas pinturas de los retablos pertenecen á la escuela sevillana, y en otros se conservan restos esculturales de Montañés, que proceden del destruido convento de las Dueñas. En el presbiterio está sepultado el célebre escritor Pedro de Mejía, cronista del emperador Carlos V, bajo una losa con un epitafio escrito por el famoso humanista Benito Arias Montano.

San Juan Bautista.—Es más conocida esta parroquia por San Juan de la Palma, cuyo templo también fué mezquita, erigida durante el poderío de los Almohades. Una de las portadas de este templo es de estilo románico, con agrupaciones ornamentales del arte ojival y vestigios mahometanos. Lo más importante que se ve en su interior es una pintura de Zurbarán, que representa á la Virgen imponiendo la investidura sacerdotal á San Ildefonso. Otros lienzos existen de Pedro de Campaña y de varios pintores sevillanos, en el presbiterio y en los muros de esta antigua mezquita, que edificó Abul-Casim.

San Pedro.—En la plaza del mismo nombre está la parroquia construída en el siglo XIV, sobre una mezquita, cuyos restos hoy aún percibimos. Al penetrar en el interior del templo, después de fijarnos en el techo de estilo mudéjar, vemos al lado del Evangelio varias tablas, cuyo autor ignoramos; en el de la Epístola, algunos pasajes del Evangelio, pintados por D. José Gutiérrez; en otros altares, tablas de Pedro de Campaña, una buena pintura de Roelas, que representa la liberación de San Pedro, y en el retablo del altar mayor, un bajo-relieve cuyas excelencias no podemos ponderar.

San Vicente.—Aunque se supone que en el mismo lugar que ocupa esta parroquia, en la calle de San Vicente, se alzó un templo cristiano, ante el cual, por gracia del Santo tutelar, se obró el milagro de *caer muerto* el vándalo Sunderico cuando se preparaba á profa-

narlo, lo que aparece más comprobado es que se erigió en el siglo XIV y ha ido restaurándose sucesivamente, con varia fortuna, en épocas posteriores. En su interior se guardan pinturas de Francisco Varela; un retablo, al lado de la Epístola, de Pedro Delgado, que representa el Descendimiento, con buenas figuras de tamaño natural; encima de la puerta, un lienzo atribuido á Roelas, que representa la Asunción de la Virgen, y en el altar de San Juan Nepomuceno un *Ecce Homo*, que no sabemos con qué fundamento se cree obra del divino Morales. En la sacristía hay cuadros de Villegas, Marmolejo y de otros autores. En el templo, también se ven varias pinturas que, en verdad, no nos llaman tanto la atención como algunos ejemplares de azulejos que revisten los zócalos de varias capillas.

Omnium Sanctorum.—Esta parroquia conserva preciosos restos mauritanos en su torre, ornada de atauriques axaracados, así como los balcones, que un día fueron ajimeces. Convertido el alminar en torre cristiana y la mezquita en iglesia, después de la conquista, se hicieron la portada y otras obras de alguna importancia en 1356. En la fachada principal, que da á la plaza de la Feria, se abre un arco abocinado, con esculturas y ornatos análogos á los ya descritos en los templos de esta misma época. Siguiendo las fachadas, se observa, á más de un antepecho almenado, algunos vestigios de carácter mahometano. En las tres naves del templo poco tiempo hemos de detenernos, pues solamente los cuadros que pintó

Francisco Varela merecen alguna atención.

San Román.—Esta parroquia existe en la plaza de su nombre, y se consagró al culto cristiano, próximamente en la misma época que la anterior, aunque su primitivo origen no sea, quizá, tan antiguo. Las esculturas de Montañés, una del Santo titular en el retablo de la capilla mayor, y otra que representa á la Virgen en una de las capillas del templo, son los únicos motivos de interés que aquí pudieran detenernos.

San Esteban.—Del mismo origen que las anteriores, se alza en la calle de San Esteban esta parroquia, cuyas portadas son en extremo interesantes. La más curiosa, que sirve de ingreso á la nave central, está formada por imposta que sustenta la archivolta de arcos ojivos, coronada por un friso con columnillas y arquitos angrelados, que es á su vez coronado por otro friso de cabezas de leones, sostenes del alero, con que se acostumbraba á rematar semejantes decoraciones en los siglos XIII y XIV. En el interior hay dos cuadros de Zurbarán, que representan á San Pedro y á San Pablo; están en el retablo de la capilla mayor, y son dos obras por extremo interesantes. De las demás que existen en el resto del templo, sentimos no poder decir lo mismo.

La techumbre de la iglesia y de algunas dependencias son también notables.

San Marcos.—En la plaza del mismo nombre se levanta la torre de esta parroquia, precioso modelo de estilo almohade puro. Se dice que sirvió de modelo para el alminar que se

adosó á la gran aljama. La portada, así como las obras necesarias para convertir esta antigua mezquita en iglesia, se llevaron á cabo en el siglo XIV, á semejanza de las que hemos descrito de la misma época, sobre restos mauritanos, almohades y mudéjares, que hoy ofrecen interesantes muestras. En el interior, sólo en el altar de ánimas hay una pintura de Domingo Martínez, digna de mención.

San Martín.—Esta parroquia, en la plaza del mismo nombre, se construyó sobre una antigua mezquita, algunos años después que la anterior, y sirve de enterramiento al célebre analista Zúñiga. En el presbiterio hay cuadros de Herrera el Viejo; en el resto de la iglesia, una apreciable pintura que representa un *Ecce Homo*, otra firmada por Gúi Romano, algunas muestras de azulejos, una bellísima puerta mudéjar, y un notable retablo del Renacimiento que representa á Cristo entre los ladrones.

Santa Catalina.—En la plaza de este nombre existe esta parroquia, mezquita que fué como las anteriores. La torre, aunque en muy mal estado, conservó hasta no hace muchos años su primitivo carácter mauritano; pero las obras de recomposición ó restauración que ha *sufrido* recientemente, la han desnaturalizado en absoluto. Tanto las fachadas como la parte interior del templo, presentan el sello de la época en que se construyó—siglo XIV.—En el interior, mencionaremos la efigie de la Santa tutelar, obra de Bernardo de Gijón, una capilla de estilo mahometano, y en el Sagra-

rio, un cuadro firmado *Petrus Capaniensis*, que representa á Jesús atado á la columna.

San Lorenzo.—Parroquia como las anteriores, en la plaza del Santo tutelar, fué restaurada, ó mejor reedificada, á mediados del siglo XVII. Posteriormente ha sufrido también obras de consideración. Hoy, apenas restan curiosos vestigios de su primitivo origen. El altar mayor consta de dos cuerpos, rematados por airoso ático. En los intercolumnios se observan pasajes de la vida del Santo, en altos relieves, y en el centro, su efigie, coronada por un crucifijo que se atribuye á Montañés. En el resto del templo se ven tablas de Pacheco, una pintura mural bastante antigua y otra que representa á la venerada Virgen de Rocamadador. De Villegas Marmolejo, cuya sepultura está en esta iglesia, también hay algunas notables tablas; y en la capilla de la hermandad, las esculturas de Montañés, que representan á *Nuestro Padre Jesús del Gran Poder* y *María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso*.

San Julián.—Mezquita como las anteriores, y como las anteriores también parroquia, se alza en la plaza del mismo nombre, presentando su portada y muros los signos característicos y ornamentación análoga á la ya descrita, cuando hemos hablado de las iglesias habilitadas al culto cristiano después de la Reconquista. Bajo sus tres naves, observamos en la central el retablo mayor, de poco gusto; en la del Evangelio, el que pintó Alejo Fernández, con interesantes tablas hábilmente ejecutadas por este célebre artista del siglo XVI que tan-

to trabajó para la gran basilica, y en la de la Epístola, una antiquísima pintura mural de Juan Sánchez de Castro, que representa á San Cristóbal en gigantescas proporciones. De este mismo autor se ha descubierto, no há mucho, en una de las capillas del templo, una tabla que representa á la Virgen con el niño Jesús, acompañada de San Pedro y San Jerónimo, cuyo autor ha sido descubierto, gracias á las investigaciones del erudito Gestoso, cuyo celo y eficaces investigaciones nos complacemos en consignar.

San Isidoro.—Parroquia también, que como las anteriores está edificada sobre una antigua mezquita, en la plaza del Santo tutelar. Fué reconstruída en el siglo XVII. En su interior sólo nos detendremos brevemente á examinar su techo de alfarje mudéjar, y en el retablo mayor un hermoso lienzo de la escuela sevillana, pintado por el canónigo Juan de Roelas, que representa el *tránsito de San Isidoro*.

San Pablo.—En la plaza del mismo nombre se alza este templo, reconstruído en las postrimerías del siglo XVII, con el estilo y gusto peculiar á tan desdichados tiempos. Las capillas contienen pinturas de escaso interés y varias apreciables esculturas, aunque no de tan singular mérito como algunos suponen. Los adornos y ornatos de los altares son muestra del estilo que dominaba cuando se reedificó este antiguo convento de Dominicos.

Santa María de las Nieves.—Esta parroquia, llamada también de la Blanca, fué una de las mezquitas que Alonso X cedió á los hebreos

para su culto, que observaban además en las que después fueron iglesias de San Bartolomé y Santa Cruz. En tiempo del rey D. Pedro, sufrió algunos reparos, y en el siglo XVII, se hicieron en ella tales obras, que esta que fué sinagoga famosa, hoy es tan sólo uno de tantos monumentos del más *puro* gusto churrigueresco. Las pinturas de Murillo que decoraban este templo, constituían un pequeño museo, que las legiones de Napoleón tuvieron buen cuidado de apropiarse. Hoy encierran sus muros una tabla de Luis de Vargas, que representa á Nuestra Señora de las Angustias, con Jesús muerto, la Magdalena, y varias figuras bíblicas.

El Salvador.—En esta antigua mezquita, hoy parroquia, en la plaza del mismo nombre, cuenta la crónica, que morían todos los alfaquíes que subían al alminar, por suponerse que estaba construída con materiales que habían pertenecido á la primitiva basílica. Lo cierto es, que sufrió grandes desperfectos cuando el terremoto de 1396, y que en 1673 se procedió á su reedificación, después de las consiguientes demoliciones que exigía su ruinoso estado. La construcción del nuevo templo fué en extremo laboriosa y difícil; baste decir, que después de haberse sucedido varios arquitectos y maestros en la dirección de las obras, éstas no terminaron hasta 1792, en que Diego Díaz cerró la media naranja. La invencible aversión que sentimos por el estilo dominante en la citada época, nos impide enumerar prolijamente los primores churriguerescos que adornan re-

tablos y altares, los cuales harán seguramente las delicias de los aficionados al género. Entre varios lienzos y esculturas, sólo citaremos una de Montañés, que representa *El Cristo de la Pasión*.

Santa Clara.—En la calle de Govantes Bizzarrón existe este antiguo convento de religiosas, que fundó el conquistador, y fué muy atendido por sus sucesores, en particular por Sancho IV, quien donó á la comunidad las casas de su tío el infante D. Fadrique, de las que aún resta, por fortuna, la torre que lleva su nombre. Del tiempo del rey D. Pedro, tiene la leyenda mucho que narrar de este convento, pues entre otras particularidades, se cuenta que sirvió de refugio á las dos hermanas Doña Aldonza y Doña María Coronel, para evitar los galanteos del impetuoso monarca, á los cuales no supo, no pudo, ó no quiso resistir la primera; por el contrario, no pareciéndole á la segunda bastante guarda las paredes del convento, se abrasó el rostro con aceite hirviendo, para librarse del matador de su esposo D. Juan de la Cerda. Conservan los muros algunos vestigios de la antigua fábrica, así como la techumbre; en la nave del templo, vense varias pinturas apreciables, bastantes esculturas de Montañés, y grandes zócalos de azulejos en la iglesia y sacristía. La torre de D. Fadrique, antes mencionada, se conserva en la huerta del convento; su origen data del año 1252; es de planta rectangular, y en la archivolta del arco de entrada, en las saeteras, en las ventanas, y hasta en las almenas, se

advierte primorosos ornatos románicos y ojivales, de tan bello estilo, de tan acentuado carácter, que sin duda, puede considerarse esta atalaya como una interesante y gallarda muestra de las edificaciones del siglo XIII.

Santa Inés.—Ya que hemos hablado de Doña María Coronel, sigámosla al convento de Santa Inés, al cual se retiró desde el que acabamos de visitar, después de haber conseguido las necesarias licencias para fundar, en un solar de sus mayores, el convento é iglesia que tenemos ante la vista, en la plaza de la Santa titular. En él vivieron las hijas del estoico defensor de Aguilar, D. Alonso Fernández Coronel; al frente de la comunidad estuvo la fundadora Doña María; en él murió; y en el coro bajo de su iglesia, se conservan en olor de santidad sus incorruptos restos, los que, según datos dignos de crédito, aún tienen las manchas producidas por el doloroso cauterio, con el cual voluntariamente destrozó su peregrina hermosura. El viajero impresionable y soñador, sentirá surgir en este templo los recuerdos evocados por el sepulcro que tan cerca tenemos. Apesar de que la fábrica aún conserva inequívocas y galanas muestras de la época en que se edificó; apesar de que es uno de los más bellos é interesantes monumentos de Sevilla, ya que no de los más grandiosos; apesar de la escultura de Montañés, que en el altar mayor representa á la Santa titular, y de las tablas flamencas que llevan un curioso y bello retablo; apesar de todo, el espíritu sigue preocupado; la sombra de la fundadora se ex-

tiende por retablos, pinturas y naves, que se desvanecen ante la figura que llena el templo todo, y ante el recuerdo de Doña María Fernández Coronel, que inunda nuestro ánimo.

San Leandro.—Este convento de religiosas, situado en la plaza del mismo nombre, se fundó en las postrimerías del siglo XIII, y sufrió varias reparaciones en el XVII, así como á mediados del presente. En la nave de su iglesia se ven algunas buenas esculturas atribuidas á Alonso Cano y á Montañés.

San Clemente.—En la calle de Govantes Bizzarrón se alza este antiquísimo convento de religiosas. Es en extremo interesante, ya que no precisamente por los recuerdos que conserva de su fundador el Santo rey, pues las numerosas reformas que desde aquella época ha venido sufriendo han desnaturalizado su primitivo carácter, es interesante, decíamos, porque en el mismo lugar que ocupa, alzáronse aquellos que debieron ser bellos alcázares abbaditas denominados de Vab-Ragel. Algunas esculturas de discutible mérito, y las de Montañés, que lo tienen indudablemente, adornan los retablos de sus altares; galanas muestras de los alfahares de Triana revisten los zócalos de sus muros; y aquí se ve el modesto sepulcro que guarda los restos de la rival de Doña Leonor de Guzmán, y madre del famoso rey D. Pedro.

Cuenta Sevilla otras iglesias y conventos, cuya enumeración sería interminable; sólo consignaremos la portada é iglesia del siglo XVI del asilo de arrepentidas de *Santa Isabel*, en la

plaza del mismo nombre; la portada del siglo XIV de la extinguida parroquia de Santa Lucía, también en la plaza de su nombre; los techos de alfarje de los conventos de religiosas de *Santa María de Jesús*, en la calle de las Aguilas; de *Santa María del Socorro*, en la de Bustos Tavera, y de *Madre de Dios*, en la de San José. Este último contiene esculturas y tablas de alguna importancia; así como la reja del Renacimiento, que cierra una de las capillas.

Santa Paula.—Vamos á cerrar esta pequeña noticia de las parroquias y conventos de Sevilla, con una rápida ojeada al de Santa Paula, que existe en la calle del mismo nombre. Fundóla iglesia la marquesa de Montemayor, de las reales casas de Castilla y Braganza, y el convento D.^a Ana de Santillán, en el último tercio del siglo XV. La portada es de las más bellas muestras que se conservan de las edificaciones del tiempo de las Reyes Católicos. Las esbeltas ojivas de la archivolta, los ladrillos hábilmente combinados con gentiles ornatos, los esmaltados medallones, los revestimientos de admirables azulejos, y el águila de los Reyes Católicos con la corona y los cuarteles del escudo real en el tímpano, con otras infinitas bellezas que omitimos, forman esta portada en que lucieron, en dos estilos distintos, todas las galas de su arte é ingenio, el famoso Francisco Niculoso, y el no menos célebre Pedro Millán, el cual, quizá aún se ignorase que tomó parte en esta magnífica portada, á no ser por el diligente y entendido Sr. Gestoso. Los sepul-

ros que se ven en el lado del Evangelio, guardan, bajo buenas estatuas yacentes, los restos de la fundadora y de su marido el Condestable; y el del opuesto costado, que también ostenta yacente estatua de guerrero, sirve de enterramiento al hermano de la ilustre marquesa de Montemayor. El techo es obra de mérito, así como otros detalles de la nave, en cuyos muros se ven altares con varias esculturas, entre las que hay algunas, no muchas, de singular belleza.

UNIVERSIDAD LITERARIA

Esta magnífica obra del siglo XVI fué destinada en sus comienzos para casa profesa de la Compañía de Jesús; pero algunos años después de la expulsión de sus fundadores, por Carlos III, se acordó la traslación de la Universidad, que á la sazón existía en el antiguo colegio de Maese Rodrigo. Gracias al celo y especiales condiciones del que fué deán de la catedral, D. Manuel López Cepero, á este edificio se trasladaron importantes joyas de arte y preciados restos arquitectónicos, que después de las vicisitudes políticas por que atravesó Sevilla y España toda en el primer tercio del presente siglo, ¡sabe Dios dónde habrían ido á parar, á no ser por el salvador acuerdo del virtuoso, y nunca harto alabado, Sr. López Cepero!

La fundación de este templo, como ya hemos dicho anteriormente, se debió á los Padres de la Compañía de Jesús, así como su traza, pues

al jesuita Bartolomé Bustamante se le atribuye, por más que también se crea es de Herrera. Colocó la primera piedra el Obispo de Canarias D. Bartolomé Torres en 1565, y se terminó en 1579. La planta de la iglesia afecta la forma de cruz latina con una sola nave; cuatro medios arcos forman la media naranja, rematada por una linterna circular. El retablo, de orden corintio, es obra de Alonso Martín; en sus compartimientos hay cuadros de Roelas y de su discípulo Varela; representan los del primero, al Santo fundador de la *Compañía*, á San Jerónimo y una *Sagrada familia*, y los del segundo, la *Adoración* y *el Nacimiento*. También se ven aquí obras de Montañés: San Francisco de Borja y San Ignacio, de Alonso Cano; San Juan Bautista y San Juan Evangelista, de Pacheco. Después de considerar breves momentos el templo, libre de ornatos churriguerescos, gracias al Dr. López Cepero, vamos á admirar los sepulcros que por sus gestiones aquí se trasladaron.

En el lado del Evangelio están reproducidos en bronce, el proveedor general de la armada y ejército D. Francisco Duarte, armado con arnés de guerra, y su esposa D.^a Catalina de Alcocer. Este bajo-relieve es en extremo interesante por los trajes que visten ambas figuras, así como por su esmerada ejecución.

En los intercolumnios de los arcos que forman los brazos del crucero, existen dos retablos; el del lado del Evangelio ostenta tablas en extremo curiosas, dignas de detenido estudio. En este mismo brazo del crucero existe el

sepulcro del maestro de Santiago, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, cuya estatua yacente de mármol blanco, se cree es anterior á 1401. Aunque no puede citarse este sepulcro por su mérito artístico, es notable por su carácter de época, así como por los detalles simbólicos que ofrece, muy usuales en las postrimerías del siglo décimocuarto. En el opuesto muro hay un hermoso crucifijo de tamaño natural, obra admirable de Montañés. Guarda cierta simetría con el mausoleo del maestro D. Lorenzo Suárez de Figueroa, el que se ve en el otro lado del crucero y encierra los restos del célebre humanista Arias Montaña. El *doctor, teólogo, intérprete admirable por divino beneficio de los sagrados libros y atentísimo explicador del testimonio de Nuestro Señor*, murió en 1598, á la edad de 71 años, según reza el epitafio. El sepulcro que guarda los restos del Adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez de Rivera, es de mármol blanco, manifestando en sus ornatos bellezas del Renacimiento. Siguen varios enterramientos de las familias de Enríquez y Riveras, sobresaliendo entre todos una laude magnífica de bronce, procedente también de la Cartuja: forma un gran rectángulo que mide, metros 2'78 por 1'97, y ostenta grabada una figura vestida con arnés de guerra, pero sin morrión. En el dibujo de obra tan interesante desplegó el artista que lo llevó á cabo primores sin cuento. Tanto la cartela, que á los pies de la figura sostiene dos niños, como la orla que corre alrededor del armado caballero, nos dicen que bajo esta laude yace el *Excmo. Se-*

ñor D. Perafán de Rivera, Duque de Alcalá, Marqués de Tarifa, Conde de los Molares, adelantado mayor de Andalucía y Visorrey de Nápoles, quien falleció el 2 de Abril 1571 años, y después de mencionar los importantes puestos que desempeñó, añade que, mientras estuvo en Valencia, resplandeció como un lucero, mientras en Italia fué otro Hespero; injusto es llorar al que en una y otra parte vivió feliz; vivo entre los hombres, muerto para con Dios.

SAN TELMO

Saliendo por la puerta de Jerez se encuentra el antiguo seminario de San Telmo, propiedad, desde 1849, del Duque de Montpensier, quien ha convertido en grata residencia el edificio que en 1754 se alzó para colegio seminario de la Universidad de Mareantes. La portada churigueresca es de las menos malas que se conocen de este estilo, y ofrece, por cierto, algunas tendencias, detalles y manifestaciones no exentas en absoluto de belleza, pero ocultas ó desvanecidas por las estatuas, adornos, follajes, relieves, columnas, y toda clase de delirantes ornatos propios del género. La construyó Antonio Rodríguez en 1734. La planta del edificio es rectangular, de más altura que base, presentando, por lo tanto, prolongadas fachadas de poco fondo. Los jardines que rodean el palacio ofrecen la amenidad que es frecuente hallar en este delicioso clima y privilegiado suelo. Su actual propietario ha reunido en los salones una regular colección

de pinturas de buenos autores antiguos, y algunos modernos, que deben visitarse, sin que esto quiera decir que nos unimos al coro de alabanzas que suelen dedicarse á las maravillas y preciosidades del palacio de San Telmo, que si en efecto encierra algunos cuadros de sobresaliente mérito, y objetos más ó menos artísticos, como se ven en todos los palacios y en muchas casas de grandes y de acaudalados personajes, no es bastante esto para encarecer y ensalzar como de mérito excepcional lo que, en nuestro modesto entender, no tiene nada de extraordinario.

PASEO DE CRISTINA

Al abandonar el palacio de San Telmo, podemos dirigirnos al frontero paseo de Cristina, limitado por el mencionado palacio, el puente de Tagarete y la puerta de Jerez. Calles de plátanos, acacias y cipreses forman frondoso arbolado, que rodea el salón y paseo, en extremo ameno y agradable. Siguiendo por una alameda, que se extiende hasta la orilla del Guadalquivir, llegaremos á la glorieta del Abanico, donde comienza el paseo llamado de las Delicias. Si nos sentamos á la vera de las transparentes aguas, veremos surcar esbeltas embarcaciones, aunque nunca tanto como las sevillanas que cruzan por entre las calles del paseo; veremos también, sobre techumbres y terrazas, antiguos alminares, hoy coronados por cruces y espadañas. Envuelve á tan espléndida decoración, aromoso ambiente que la

brisa trae de los cercanos huertos, y la presta primoroso ornato y exuberante vida, bullidora multitud, parejas amorosas y grupos de retonzonas muchachas, que al salir de fábricas y talleres cruzan de *paso* por las Delicias, regocijan la vista y alegran el corazón del más taciturno paseante, que en aquel momento no dudará que está en *las Delicias*.

El río Guadalquivir es navegable desde el puente Nuevo hasta su desembocadura en Bónanza y Sanlúcar de Barrameda. El muelle, que hoy está á cargo de la Dirección de Obras Públicas, lo comenzó el cabildo eclesiástico, para poder desembarcar los sillares y materiales de construcción destinados á las obras de la catedral. En épocas posteriores se fundó la empresa del Guadalquivir, la cual tomó á su cargo las obras del puerto y las de defensa y limpia del río, que hoy, como ya hemos dicho, están bajo la inspección del Estado.

TORRE DEL ORO

Otro de los monumentos en extremo interesantes y curiosos es la torre del Oro, que ahora podemos visitar. Está situada en la margen del río; su origen se remonta al tiempo en que gobernadores africanos regían la ciudad en nombre de los califas del Magreb-al-Aska. En esta época debía estar unida con el alcázar; pero cuando cercó la ciudad el Santo rey, ya es seguro que existía un lienzo de muralla que facilitaba dicha comunicación. Desde la torre partía un trozo de muro ó estribo cimentado

en la margen del río, el cual estribo correspondía con otro levantado en la opuesta orilla, para cerrar el paso con fuertes cadenas. Esta defensa forzó al Almirante Bonifaz con sus galeras, cuando el famoso cerco, para evitar que la ciudad recibiera los mantenimientos y socorros que venían del Aljarafe y de tierra adentro. También defendía esta torre el paso de Tablada al Arenal. En tiempo del rey Don Pedro fué teatro de sus galanteos y venganzas; se supone que la habitó Doña Aldonza Coronel mientras duraron los extravíos de su veleidoso amante; en ella también se cree que Don Pedro guardaba sus tesoros, bajo la vigilancia del tesorero Simuel Levis; posteriormente, aquí se depositaron las remesas de oro y plata, en pasta, que las flotas de Nueva España desembarcaban en Sevilla. Estas últimas noticias sirven de fundamento al nombre de Torre del Oro; pero, según Caro, Amador de los Ríos y otros notables tratadistas, antiguos y modernos, de Sevilla, más bien se debe el origen de esta denominación á los reflejos metálicos que irradiaban del revestimiento de brillantes azulejos, que ornaba el segundo cuerpo. Hoy aloja dentro de su robusta fábrica las dependencias y oficinas de la Capitanía del puerto. La planta de esta antigua defensa es poligonal, con tres cuerpos; el primero, con fuertes sillares, que revisten sus doce ochavas, y con huecos que se abrieron, en el pasado siglo, para aumentar la escasa luz que penetraba por rasgadas saeteras. Corona, tanto á este primer cuerpo como al segundo, de análoga forma, almenado ante-

pecho, y bajo él, corre gracioso friso de ojivas, que ofrecen tan bello como singular efecto. El tercer cuerpo, posteriormente construido, sirvió de faro ó almenara; hoy está cubierto por el cupulino que corona esta esbelta y antigua torre, que aún podrán admirar muchas generaciones, á juzgar su construcción interior, tan robusta como bien entendida.

ALAMEDA DE HÉRCULES

Hacia el N. E. de la ciudad se extiende una espaciosa alameda, á cuya entrada se alzan dos fustes graníticos de extraordinaria magnitud. Los antiguos tratadistas de Sevilla suponían que los destinó Hércules para alguno de los templos gentílicos de Sevilla. No sabemos en qué podría fundarse la primera parte de tan aventurado aserto; mas la segunda es verosímil, dados los templos erigidos á varias divinidades. Lo que aparece indudable, es que el rey Don Pedro los hizo trasladar desde la iglesia de San Nicolás hasta el alcázar; pero habiéndose roto uno de los tres que trasladaban, hubo de desistir de su propósito, y quedaron junto al hospital de Santa Marta hasta 1574. En dicha época, el Conde de Barajas, Asistente de Sevilla, proyectó el actual paseo en que nos hallamos. Para su mayor adorno, hizo trasladar aquí las dos columnas que asentaron sobre pedestales; hizo también esculpir capiteles, y coronoles con las estatuas de Hércules, fundador de la ciudad, y de Julio César, que la *"cercó de muros y torres altas,"* según uno de

los versos de la tan conocida inscripción. Las que se leen en los pedestales, acreditan al fastuoso Asistente, su autor, como buen cortesano y práctico en achaques de adulación, en vista de las alusiones que dedica al monarca, á la sazón reinante, Felipe II y al Emperador su padre. Las figuras de Hércules y de Julio César se apoyan en las armas de Castilla. En 1764 se colocaron en el extremo opuesto del paseo otras dos columnas, pero menores y formadas por diferentes piezas. El poco acierto que presidió, tanto á la idea como á la ejecución de estas columnas, nos excusan hablar de los lemas y escudos que las coronan, muy en armonía, por cierto, con el resto de la construcción.

MUSEO DE LA MERCED

En el edificio que fué convento de la Merced, se instaló en 1838 el Museo de Pinturas, y posteriormente el arqueológico. De éste, sólo diremos que se encuentra en las galerías del ex-convento, gracias á las gestiones del Sr. Ríos, Vicepresidente de la comisión provincial de monumentos, y que posee ejemplares arquitectónicos visigóticos, aunque no muchos, restos de cerámica y algunas obras escultóricas de épocas posteriores. En cuanto á la nave de la iglesia, habilitada para sala de pinturas, tiene tan malas condiciones, que no comprendemos cómo se tolera ni permite que estén expuestos á las contingencias que pudieran ocasionar aquéllas, las preciadas joyas de

incalculable valor que se guardan en las bóvedas de la ex-iglesia de la Merced.

La mayor parte de los lienzos que hoy posee el Museo, proceden de la época de la exclaustración, y aunque son muchos y preciosos— ¡Dios sabe cuántos habrán desaparecido!—nos abstenemos de hacer elogio ni consideración alguna, pues ante las bellezas que atesoran admirables obras ya juzgadas, sería ridícula toda ponderación; sólo apuntaremos los asuntos.

De Murillo se admiran entre otros lienzos: Uno que representa á *San Leandro y San Buenaventura*, ambas figuras de tamaño natural.— Un *Nacimiento*, en el que aparecen el Niño-Dios, la Virgen, San José, y varias figuras más.—Un *San Félix de Catalicio*, de rodillas, ante la Virgen, que se le aparece sobre un trono de nubes, rodeada de ángeles; el Santo tiene en los brazos al Niño-Dios.—Un *Santo Tomás de Villanueva*, dando limosna á los pobres. Cuenta la crónica que Murillo profesó siempre particular predilección á este cuadro, que consideraba como su *obra maestra*.—Las *Santas Justa y Rufina*, patronas de Sevilla, están representadas con las palmas de la virginidad y del martirio, y sostienen en las manos la torre de la Catedral.—Una *Visión de San Antonio*. El Santo aparece arrodillado ante el Niño-Dios, que está sobre una peña. Forman una corona sobre la cabeza del Santo, un grupo de ángeles.—Una *Concepción*, sobre una nube que rodean ángeles, está recibiendo la corona del Padre Eterno.—Otra *Concepción*; este lienzo es algo más reducido que el anterior.—Una

Anunciación de la Virgen, que ha sido objeto de larga polémica, por suponer algunos que este cuadro era inferior como asunto, factura y expresión á otros del inmortal pintor; hasta hay quien ha llegado á indicar que no era original de Murillo.—Un *Desprendimiento de la Cruz*. Está representado Cristo desprendiéndose de la cruz para abrazar á San Francisco, que está á sus pies. Este cuadro se cree es de los mejores que pintó su divino autor.—Un *San Juan Bautista en el desierto*. La figura del Santo es de tamaño natural, y aparece de cuerpo entero.—Un *Nuevo Testamento*. Representa á Jesús muerto entre los brazos de su Madre. Varios ángeles rodean á María Santísima.—Un *San José*, con el Niño-Dios en los brazos. Las figuras están representadas de cuerpo entero, y son de tamaño natural.—Otras obras de Murillo existen en el Museo: entre ellas citaremos la *Virgen de Belén*, más conocida por la *Virgen de la Servilleta*, por suponerse que se pintó en un mantel ó servilleta, á instancia de un lego del convento de capuchinos, que deseaba una pintura del que á la sazón era huésped de su convento. Otra *Concepción*, un *San Félix*, un *San Antonio*, y dos cuadros representando á *San Agustín*.

De Francisco Zurbarán—nació en Fuente Cantos en 1598, murió en Madrid en 1662, y fué discípulo de Roelas,—hay entre otros: La *apoteosis de Santo Tomás de Aquino*. En la parte inferior del lienzo se representa al emperador Carlos V, cubierto con la dalmática y corona imperial, arrodillado ante una mesa,

sobre la que hay un libro, una bula y un bonete. Rodean á la cesárea majestad varios Obispos, frailes dominicos y gentiles hombres. En la parte superior aparece el Santo, rodeado de los cuatro doctores de la Iglesia. Este cuadro perteneció al botín de guerra de Napoleón; pero cuando se verificaron en París las restituciones, volvió, afortunadamente, á Sevilla. Está reputado como la obra maestra del insigne imitador de Caravaggio, el de este célebre maestro; hay además: la *Coronación de San José*, dos *frailes* de tamaño natural, dos *Cristos*, un *Padre Eterno*, *Nuestra Señora de las Cuevas* cobijando á los Cartujos bajo su manto, un *San Hugo*, un *Refectorio de Dominicos*, con ángeles sirviendo á los padres el refrigerio, un *Arzobispo* revestido de pontifical, un *Cardenal* y un *Supremo Pontífice Romano*.

Del Licenciado Juan de Roales—nació en Sevilla en 1558, murió en Olivares en 1625, y fué maestro de Zurbarán,—existe, como su obra más notable, el *Martirio de San Andrés* y una *Concepción*, que también se le atribuye.

De D. Juan de Valdés Leal—nació en Córdoba en 1630, y murió en Sevilla en 1691,—se conservan: un *Calvario*, dos *Frailes*, el *Bautismo de San Jerónimo*, cinco santos pintados en tabla, que representan á *San Antonio*, *Santa Catalina*, *San Andrés*, *San Antón* y *San Sebastián*; dos *pasajes de la vida de San Jerónimo*, una *Asunción*, una *Concepción* y una *Calle de la Amargura*.

De Francisco de Herrera, el viejo—nació en Sevilla en 1576, y murió en Madrid en

1656,—su cuadro más importante es la *Apoteosis de San Hermenegildo*, que pintó en la cárcel, donde permanecía bajo la acusación de monedero falso, hasta que Felipe IV, que á la sazón estaba en Sevilla, le puso en libertad, exclamando: "quien pinta cuadros como éste, no ha menester fabricar moneda para ser poderoso; su mejor moneda son sus pinceles." En este cuadro aparece el Santo rodeado de espíritus y serafines, con alegorías y símbolos de su glorioso martirio. En la parte inferior del lienzo, Leovigildo, Recaredo, San Isidoro y San Leandro están de rodillas en primer término, y varias figuras más en actitud de admiración y asombro. De este autor también es la *Apoteosis de San Basilio*.

De Pablo de Céspedes, poeta y pintor cordobés, se guarda un *Salvador*, al cual, los frailes que lo poseyeron no se les ocurrió, en su excesivo celo, cosa mejor que dorarle la túnica. Otra de las obras de Céspedes es una *Cena*, lienzo de grandes proporciones.

De Alonso Cano—nació en Granada en 1601, y murió en la misma ciudad en 1667,—sólo guarda el Museo un cuadro de *Ánimas*.

De Juan del Castillo, maestro del anterior—nació en Sevilla en 1584, murió en Cádiz en 1640,—vemos: una *Anunciación*, un *Nacimiento*, una *Adoración de los Reyes*, una *Visitación* y una *Coronación de Nuestra Señora*.

De Juan de Varela, discípulo de Roelas, es el famoso lienzo de la *Batalla de Clavijo*, en la que se representa al Santo Apóstol deshaciendo las huestes agarenas.

De Sebastián Gómez, más conocido por el *Mulato* de Murillo, al cual servía, posee el Museo: la *Visión de Santo Domingo* y un *San José*, que llaman del *Mulato*. Cuentan que reveló á su amo y maestro su instinto y genio pictórico, concluyendo la cabeza de una de las célebres Concepciones que aquél estaba pintando, en ocasión de hallarse Murillo ausente del taller; añade la cándida anécdota, que el estupor del maestro fué inmenso cuando al regresar se encontró con un trozo de lienzo ya lleno de color, que no estaba pintado por su mano, y que, sin embargo, se confundía con el resto de la obra. Hay que advertir que el *Mulato*, hasta aquel momento de inspiración, sólo había manejado los colores para... molerlos.

De la escuela italiana hay algunas tablas de *Francisco Frutet*; la de mayores dimensiones representa *El Calvario*; las otras, una *Calle de la Amargura*, un *Descendimiento*, una *Virgen de Belén* y un *San Bernardo*.

De la escuela flamenca existe el célebre *Juicio final* de Martín de Vos; y de los Polancos, Bernabé de Ayala, Andrés Pérez, Juan Simón Gutiérrez, Alonso Miguel de Tovar, Francisco Meneses y de otros pintores españoles y extranjeros, hay en el Museo cuadros, que no citaremos, pues pertenecen á la época decadente ó carecen de mérito alguno.

De obras escultóricas, mencionaremos: de Solís, cuatro esculturas, símbolos de la *Justicia*, *Prudencia*, *Fortaleza* y *Templanza*. De Juan Martínez Montañés, un *San Bruno* y un *Santo Domingo*, estatua de tamaño natu-

ral. Pero la obra de insigne mérito, la que admiró á Goya, la que llena por sí sola una galería, es el *San Jerónimo penitente*, de Torreggiano. Es de barro cocido y algo mayor que el natural. La expresión de la cabeza, la corrección del dibujo, el admirable modelado de las carnes, el singular conocimiento anatómico que evidencia, y el prodigioso conjunto que toda ella ofrece, sería bastante para que nos detuviésemos ante el genio que la creó, si la manera dramática como terminó su vida no nos hiciera referir la última desdicha que sufrió este coloso del arte. Torreggiano era florentino, y sus rivalidades con su amigo y maestro Miguel Angel, le habían decidido á instalarse en Sevilla, donde disfrutaba de los encantos de un país tan hermoso como el suyo. Había hecho para el convento de San Jerónimo de Buena Vista una Virgen de Belén, de singular belleza, de la cual quedó prendado el Duque de Alarcos, quien con grandes instancias encargóle otra igual. Hizola el pintor, y el magnate le entregó un pesado bolsón en pago de la obra; mas su despecho fué grande, cuando al llegar al taller y abrir la bolsa, vió que solo contenía treinta y cinco ducados en maravedises. Torreggiano echó en cara al Duque su falta y reclamó el precio de su trabajo; pero el de Alarcos, que sin duda pretendía hacer con Torreggiano lo que un Cardenal español quiso hacer en Roma con Benvenuto Cellini, en un trance análogo, desatendió las justas reclamaciones del escultor. Este, en un arranque propio de su indignación y de su genio, destruyó la efigie, reduciéndola á menu-

dos pedazos, y arrojó el vergonzoso precio al rostro del poderoso señor, el cual dió con el pobre artista en los calabozos del castillo de Triana, donde acusado de heregia por el Santo Oficio, sucumbió por no poder soportar tanto infortunio, ó quizá á manos de algún ejecutor secreto del *Santo Tribunal*.

FÁBRICA DE TABACOS

En la calle de San Fernando, ya fuera del casco de la población, se alza un inmenso edificio de planta cuadrangular, cuya área mide 27.195 metros cuadrados. Es la famosa Fábrica de Tabacos que se creó en las postrimerías del reinado de Felipe III, y trasladó á este edificio, construido expresamente para tal objeto, en 1757. Lo comenzó D. Juan Wandembourg; siguió las obras el arquitecto D. Vicente Ace-ro; terminólas D. Juan Catalán, y ascendió el coste total á treinta y siete millones de reales. Ni su portada, ni los pocos ornatos de sus frentes y del antepecho que corona todo el edificio, merecen excesiva atención; entremos, pues, no sólo para apreciar la robustez de su vigorosa fábrica, si que también para observar los típicos cuadros de género que ofrecen seis mil mujeres de la *tierra*, que trabajan en las espaciosas salas. Dice Amicis con su habitual talento descriptivo, en las impresiones de su viaje por España: "El edificio está enfrente de los jardines de Montpensier, y las operarias se hallan casi todas en tres salas grandísimas, dividida cada una por otras tantas filas de co-

lumnas. La primera impresión es soberbia; á un mismo tiempo aparecen á la vista ochocientas mujeres sentadas alrededor de las mesas de trabajo; las que están lejos, ya confusas, y las últimas, apenas visibles. Son todas jóvenes; pocas niñas: ochocientas cabelleras negrísimas y ochocientos rostros morenos de las varias provincias andaluzas, desde Jaén á Cádiz y desde Granada á Sevilla. Se oye un estrépito como el de una plaza llena de pueblo.

De la puerta de entrada á la puerta de salida, en las tres salas, están llenas las paredes de sayas, de mantillas, pañuelos y bandas; y cosa curiosísima: todo aquel conjunto de trapos, que bastaría para llenar cien tiendas de traperos, ofrece dos colores dominantes, ambos continuos, uno sobre otro, como los colores de una larguísima bandera: el negro de las mantillas encima, y el rojo de las sayas debajo. Parece ver una inmensa tienda de máscaras, ó una sala de baile en que las bailarinas hayan colgado á la pared, con objeto de estar más libres, todo lo que no es estrictamente necesario para salvar el pudor. Las muchachas vuelven á ponerse aquellos vestidos antes de salir; para trabajar visten una ropa más ordinaria, pero igualmente blanca ó colorada. Como el calor es insoportable, se aligeran todas lo más posible; por manera que entre aquellas cinco mil apenas habrá unas cincuenta de quienes el visitante no logre contemplar á su antojo el brazo y las espaldas: esto sin hacer cuenta de los casos extraordinarios que se ofrecen de improviso al pasar de una sala á otra, detrás de

las puertas y de las columnas, y en los rincones más lejanos. Hay caras lindísimas, y aun las que no lo son tienen algo que solicita las miradas y se imprime en la memoria: el color, los ojos, las cejas, la sonrisa. Muchas, especialmente las *gitanas*, son de un moreno oscuro como las mulatas, y tienen labios hinchados; otras, ojos tan grandes, que su retrato fiel parecería una exageración monstruosa; la mayor parte son pequeñas y bien formadas, y casi todas llevan una rosa ó un clavel, ó un ramo de flores en las trenzas. Se les paga en razón del trabajo que hacen: las más hábiles ganan hasta tres pesetas al día; las holgazanas duermen con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza echada sobre los brazos; las madres trabajan columpiando una pierna, á la cual está unida por una cuerda la cuna de sus hijos. De la sala de los *puros* se pasa á la de los *pitillos*; de la de los *pitillos* á la de la *pica-dura*; y por todas partes se ven sayas de color vivo, trenzas negras y ojazos inmensos. ¡Cuántas historias de amor, de celos, de abandono y miserias encierra cualquiera de aquellas salas! Al salir de la fábrica, parece ver por todas partes durante largo rato, pupilas negras que os miran con mil expresiones de curiosidad, de enojo, de simpatía, de alegría, de tristeza, de sueño.”

CARTUJA DE SANTA MARÍA

DE LAS CUEVAS

El Arzobispo D. Gonzalo de Mena ideó, en

las postrimerías del siglo décimotercero, la fundación de un monasterio que fuera digno albergue de los ermitaños y monjes que vivían en las cuevas y ermitas de la margen izquierda del Guadalquivir, al Norte del arrabal de Triana; pero la peste arrebató la vida á este insigne fundador el 21 de Abril de 1401, no sin que dejara en sus disposiciones testamentarias la enorme suma de 30.000 doblas de oro al cuidado del Canónigo D. Juan María de Victoria, el cual quedó encargado de llevar á cabo la indicada fundación. Bien conocía, en verdad, el ilustre prelado las condiciones de carácter de su ejecutor testamentario, y harto lo demostró éste, cuando, con heroísmo y valor estoico sufrió el tormento, antes que entregar el precioso legado al infante D. Fernando, tío de D. Juan II, que se lo exigía á título de préstamo para poder realizar sus empresas militares (1). Gracias á la entereza de este valeroso prebendado, se llevó á cabo tan famosa obra, á la que contribuyó también el Adelantado D. Perafán de Rivera, con grandes sumas, así como su descendiente el primer Marqués de Tarifa, quien mandó construir la iglesia nueva y los sepuleros que hemos mencionado al hablar de la Universidad. Las riquezas y poder que llegaron á alcanzar en el siglo XVI los afortunados monjes de la Cartuja, fueron tales, que prodigaban cuantiosos donativos, limosnas, dotes y socorros, á menestra-

(1) Ms. de la Acad. de la Historia.—Tomo III de papeles relacionados con Roma.—D—136.

les, labradores, doncellas pobres, caballeros menesterosos y religiosos necesitados. La decadencia de la monarquía, las vicisitudes que sufrieron las órdenes religiosas, y otras causas ajenas á este lugar, han trasformado aquella espléndida casa religiosa, que en el siglo XVI cercaban muros y espesos bosques, y guardaba en sus bien surtidos refectorios y suntuosas salas, joyas del arte pictórico y arquitectónico; la han trasformado, decíamos, en fábrica de productos cerámicos en el siglo XIX. En ella instaló en 1839 D. Carlos Pickman la afortunada fábrica de los citados productos. Apesar de las alteraciones que ha sufrido el edificio, aún se conservan en la portada azulejos de reflejos metálicos, así como varios vestigios de algún interés, en la capilla y muros, que todavía restan, de la que fué *Cartuja de Santa María de las Cuevas*.



ERRATAS VISTAS

Págs.	Dice	Léase
5	Visitas	Visita
11	corredores	comedores
11	Petesburgo	Petersburgo
16	morisco	trianero
21	percibe	se percibe
29	infructuosa	estéril
35	González	González Cuadrado
56	Besancón	Besançon
66	institución	la institución
128	pulma	pluma

ÍNDICE

BOCETOS DE SEMANA SANTA

	Págs
Desde la estación de Atocha al Hotel de Madrid	7
¡Viva Sevilla!	15
Desde la Giralda	25
Visita de Sagrarios.—Armados y nazarenos	39
La Plaza de San Francisco	49
Las Cofradías	61
Procesión de la Macarena	77
¡Aleluya!	83
Ejecución de bailes de la tierra	95
San Fernando y el Rey Don Pedro	108

GUÍA DE SEVILLA

La Giralda	117
Patio de los Naranjos	119
Biblioteca Colombina	121
Parroquia del Sagrario	125
La Catedral	126
Reales Alcázares	154
Casa de Contratación	166
Palacio Arzobispal	170
Casas Capitulares	171
Audiencia	175
Casa de Pilatos	176
Casa de los Pinelos ó de Abades	179
Las Dueñas	181
Hospital de la Caridad	183
Hospital de las Cinco Llagas	186
Parroquias y conventos	188
Universidad Literaria	202
San Telmo	205
Paseo de Cristina	206
Torre del Oro	207
Alameda de Hércules	209
Museo de la Merced	210
Fábrica de Tabacos	217
Cartuja de Santa María de las Cuevas	219

+

*Este libro se acabó de imprimir
en la villa y corte de Madrid,
en la imprenta de Infantería
de Marina, á doce días
andados del mes de
Marzo de mil
ochocientos
ochenta
y ocho
años*



